



**FACULTAD DE TEOLOGÍA
INSTITUTO DE ESPIRITUALIDAD**

TRABAJO FIN DE MÁSTER

**BAJO LA BANDERA DE CRISTO:
UNA VISIÓN DE LA PERFECCIÓN Y DE LA MISIÓN
DESDE LA MEDITACIÓN DE «DOS BANDERAS»**

Presentado por:
LÊ HOÀNG NAM

Dirigido por:
PROF. JOSÉ GIMÉNEZ MELIÁ

**MADRID
2022**



FACULTAD DE TEOLOGÍA
INSTITUTO DE ESPIRITUALIDAD

Visto Bueno del Director
PROF. JOSÉ GIMÉNEZ MELIÁ

Fdo.

Madrid
Junio 2022

ÍNDICE GENERAL

SIGLAS Y ABREVIATURAS	iii
INTRODUCCIÓN	1
CAPÍTULO 1: LA MEDITACIÓN DE «DOS BANDERAS» EN LA DINÁMICA DE LOS EJERCICIOS	4
<i>I. Un análisis textual.....</i>	4
1. La estructura, el contenido y la finalidad.....	4
2. Las imágenes y las fuentes de inspiración.....	7
<i>II. La relación con otros ejercicios de la segunda semana.....</i>	9
1. «Dos Banderas» y «el llamamiento del Rey Eternal»	10
2. «Dos Banderas» y la elección	11
3. «Dos Banderas» y el discernimiento.....	14
<i>III. La propia experiencia de san Ignacio y las «Dos Banderas».....</i>	16
1. El don de conocimiento y la experiencia de discernimiento.....	16
2. Seguir el camino de la humildad de Cristo	20
3. Una visión misionera	22
4. La intercesión de María	24
<i>Conclusión.....</i>	27
CAPÍTULO 2: LOS ELEMENTOS TEOLOGICOS DE LA MEDITACIÓN DE «DOS BANDERAS»	28
<i>I. Los aspectos antropológicos ignacianos en la meditación.....</i>	28
1. «El hombre» en la mente de Ignacio.....	28
2. El hombre amenazado por el mal.....	32
3. Los seres humanos bajo la mirada misericordiosa y salvadora de Dios	36
<i>II. El enfoque cristológico de la meditación.....</i>	39
1. La imagen de Cristo en la segunda semana	39
2. El camino salvador de Cristo	43
3. El Cristo como modelo de la elección	48
<i>III. La actualidad de la meditación</i>	51
1. El carácter de «misión» de la meditación	51
3. El Reino de Dios y la meditación de «Dos Banderas»	55
4. Desde un Cristo pobre al servicio a los pobres	59
<i>Conclusión.....</i>	61
CAPÍTULO 3: LA INSPIRACIÓN MISIONERA DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS	63
<i>I. Ignacio y la misión</i>	64
1. Observaciones Preliminares.....	64
2. El capítulo cuarto del Examen	67
3. En las Constituciones.....	72
4. Las instrucciones de misión en las cartas	81
<i>II. Preocupaciones por la misión en las seis últimas Congregaciones Generales.....</i>	88
1. La identidad del jesuita y su misión.....	89
2. El seguimiento de un Cristo pobre.....	92
3. La misión del «servicio de la fe y la promoción de la justicia».....	94
<i>Conclusión.....</i>	102
APÉNDICE	104

CONCLUSIÓN	106
BIBLIOGRAFÍA.....	109

SIGLAS Y ABREVIATURAS

<i>Au</i>	Autobiografía. Acta Patris Ignatii scripta a P. Lud. González da Câmara 1553 / 1555, FN I, Roma 1943, 354-507(MHSI 66).
<i>Co</i>	Constituciones de la Compañía de Jesús. Monumenta Constitutionum II, Roma 1936 (MHSI 64).
<i>Concordancia</i>	ECHARTE, I. (ed.), <i>Concordancia ignaciana</i> , Mensajero – Sal Terrae – The Institute of Jesuit Sources, Bilbao – Santander – St. Louis 1996.
<i>De</i>	Diario Espiritual. Monumenta Constitutionum I, Roma 1934 (MHSI 63)
<i>DEI</i>	GRUPO DE ESPIRITUALIDAD IGNACIANA (ed.), <i>Diccionario de espiritualidad ignaciana</i> [2 vols.], Mensajero – Sal Terrae, Bilbao – Santander 2007.
<i>DHCJ</i>	O'NEILL, CH. E. – DOMÍNGUEZ, J. MA. [dirs.], <i>Diccionario Histórico de la Compañía de Jesús</i> (4 vols.) (), IHSI – UPCo, Roma – Madrid 2001.
<i>DRAE</i>	Diccionario de la real Academia Española, España Calpe, Madrid, 1992.
<i>Ej</i> 100)	Ejercicios Espirituales. Exercitia Spirituality, Roma 1969 (MHSI 100)
<i>Epp</i>	Cartas. Sancti Ignatii de Loyola Societatis Iesu fundatoris epistolae et instrucciones (12 vols.), Madrid 1903-1911 [reimp. 1964-1968], (MHSI 22, 26, 28, 29, 31, 33, 34, 36, 37, 38, 40, 42).
<i>FD</i>	Fontes Documentales de S. Ignatio de Loyola, Roma 1977 (MHSI 115).
<i>FI</i>	Fórmula del Instituto (Exposcit Debitum, de Julio III, 1550).
<i>FN</i>	Fontes Narrativi de S. Ignatio de Loyola et de Societatis Iesu initiis (4 vols.), Roma 1943-1965 (MHSI 66, 73, 85, 93).
<i>MEx</i>	Exercitia Spirituality. Roma 1969 (MHSI 100).
<i>MHSI</i>	Monumenta Historica Societatis Iesu
<i>MNad</i>	Monumenta Natalis. Epistolae Hieronymi Nadal Societatis Iesu ab anno 1546 ad 1577 (et alia scripta) (5 vols.), Madrid - Roma 1898 - 1962 (MHSI 13, 15, 21, 27, 90).

- Obras* *Obras*, I. IGNACIO IPARRAGUIRRE - C. DE DALMASES Y M. RUIZ JURADO (ed.), BAC Maior, Madrid 2021.
- Orat. obs.* NADAL, J., *Orationis observationes*, (ed. Por Miguel Nicolau), Institutum Historicum Societatis Iesu, Roma 1964.

INTRODUCCIÓN

A lo largo de la historia de la Compañía, los *Ejercicios Espirituales (Ej)* - una herencia preciosa del Fundador, san Ignacio de Loyola (1491-1556) - han demostrado ser un buen instrumento espiritual para ayudar a las personas en su camino hacia Dios, y por eso, han sido conocidos y practicados muy frecuentemente por muchas personas en todo el mundo. Han jugado también un papel muy importante por su eficacia práctica en la formación, en la manera de proceder e incluso en las misiones de la Orden. Son verdaderamente un gran regalo de Dios a los Jesuitas en particular, a la Iglesia y también a los seres humanos en general.

El libro de los Ejercicios es un conjunto de enseñanzas, indicaciones o anotaciones para ayudar a una persona a hacer un retiro de treinta días con diversos ejercicios. Todos ellos tienen origen en la experiencia del Santo, especialmente durante el período, más o menos de un año, cuando vivía como un ermitaño en Manresa. Son muy especiales, no sólo por el hecho que el ejercitante medita o contempla la Palabra de Dios acompañado por un director (el que da los *Ejercicios*), sino también porque los hace siguiendo un proceso. Los ejercicios son diferentes cada día, pero tienen relación con los precedentes y posteriores. En otras palabras, forman como una cadena de manera que lo que sigue es una continuación de lo precedente, con la intención de orientar al ejercitante hacia a Dios a partir de su situación personal actual.

Normalmente, el ejercitante medita o contempla pasajes de la Biblia, especialmente de los Evangelios, con los puntos dados por el director. Pero, san Ignacio también añadió en los *Ejercicios* algunos ejercicios que no se basan estrictamente en la Sagrada Escritura. Uno de ellos es la meditación de «Dos Banderas» [*Ej* 136-148], un ejercicio ofrecido en el cuarto día de la segunda semana. Se le considera uno de los ejercicios claves en la dinámica de los *Ejercicios*. De hecho, mucha gente que estudia o hace los *Ejercicios* se siente atraída tanto por el contenido como por la forma de esta meditación, que ayuda al ejercitante no solo a «buscar y hallar la voluntad divina en la disposición de su vida para la salud del ánima» [*Ej* 1], sino también a comprender la espiritualidad ignaciana.

En efecto, a mi modo de ver, esta meditación contiene los elementos más esenciales de lo que llamamos «la espiritualidad ignaciana», por ejemplo: el discernimiento, la lucha espiritual, el camino de la humillación del Señor y de sus seguidores, el valor evangélico de la pobreza, la humildad, la mediación de la Virgen María y sobre todo el deseo de pertenecer al Señor, de estar con el Señor al servicio de la misión universal bajo el estandarte de la cruz con la confirmación de Dios. Esta meditación, que es muy rica en contenido y muy profunda en significado, también tiene una conexión muy estrecha en términos de contenido y lógica con otros ejercicios u otros temas importantes en los *Ejercicios*. Como dice Nadal, ciertamente lo que está escrito en esta meditación es fruto de las inspiraciones de Dios a Ignacio durante las gracias místicas en Manresa, haciéndole a Ignacio ver «todas las cosas nuevas»¹.

Mi primer contacto con esta meditación fue hace muchos años cuando era todavía un novicio en la Compañía de Jesús. La experiencia del mes de *Ejercicios Espirituales* dejó impresa en mí una profunda imagen de un Dios que se ha hecho hombre por mí, ha vivido una vida como yo y me ha invitado a cooperar con él en la construcción del Reino de Dios, predicando su sagrada doctrina, ayudando a otros a no caer en las trampas o engaños del enemigo. Efectivamente, gracias a la invitación del Capitán Cristo que quiere que todos estén debajo de su bandera [cf. *Ej* 136], tuve clara mi vocación de ser discípulo de Cristo. Desde entonces, el espíritu y contenido de esta meditación no han dejado de atraerme.

En este estudio, primero haré un análisis textual de esta meditación para comprender las palabras y las imágenes que usa Ignacio, su profundo contexto y la relación íntima entre este ejercicio y otros ejercicios importantes, así como su lugar central en toda la dinámica de los *Ejercicios Espirituales*. Veremos también cómo la propia experiencia de Ignacio se refleja en el contenido de esta meditación. Luego exploraremos el aspecto teológico, cristológico y antropológico de esta meditación. Y finalmente, relacionaremos este ejercicio con el espíritu de misión que Ignacio quiere para los jesuitas expresado en la *Fórmula del Instituto*, en las *Constituciones* y especialmente en algunas cartas pastorales donde él da criterios para la misión. Por último, no podemos

¹ «Aquí le comunicó Nuestro Señor los ejercicios guiándole desta manera para que todo se empleasse en el servitio suyo y salud de las almas; lo qual le mostró con devotión specialmente en dos exercicios, scilicet, del Rey y de las vanderas...» [FN I, 307; MNad V, 40.220-488.789-790]; cf. *Au* 30.

dejar de hablar de la actualidad de esta meditación en el contexto misionero del mundo de hoy expresada en los de las últimas congregaciones generales.

CAPÍTULO 1

LA MEDITACIÓN DE «DOS BANDERAS» EN LA DINÁMICA DE LOS EJERCICIOS

«Aquí le comunicó Nuestro Señor los ejercicios guiándole desta manera para que todo se empleasse en el servitio suyo y salud de las almas; lo qual le mostró con devoción specialmente en dos ejercicios, scilicet, del Rey y de las vanderas...»

[FN I, 307; MNad V, 40.220-488.789-790]

Como afirman los contemporáneos de Ignacio (Nadal, Polanco), la idea expresada en la meditación de las «Dos Banderas» (junto con el «llamamiento del Rey») proviene de la comunicación de Nuestro Señor². Comprender su significado y aplicarlo no es fácil tanto para el ejercitante como para el que da los *Ejercicios*. Aunque Ignacio ha expuesto claramente los pasos para realizar este ejercicio, pero si no encontramos la continuidad ideal entre ellos, será muy difícil lograr lo que se busca al final de una hora de oración con esta meditación en particular y al terminar el retiro en general.

Por tanto, antes de entrar en lo más fundamental de la bandera de Cristo, necesitamos acercarnos primero a este ejercicio a nivel lingüístico, descifrando las imágenes y palabras que utilizó Ignacio. Pasaremos desde la meditación en sí (su estructura, contenido y finalidad) a su relación con otros temas o ejercicios para ver su importancia irremplazable en el conjunto de los *Ejercicios*.

I. Un análisis textual

1. La estructura, el contenido y la finalidad

San Ignacio presenta en la meditación de las «Dos Banderas» -como ocurre con otros ejercicios- los pasos que debe seguir el ejercitante. Después de explicar de quién son las dos banderas³ (una de Cristo, otra de Lucifer), el ejercitante pide «gracia a Dios nuestro

² A la meditación de «Dos Banderas» (*Ej* 136 – 148), junto con el «llamamiento del Rey Eternal» (*Ej* 91 – 100) se le considera el núcleo originario de los *Ejercicios*. (cf. M. COSTA, «Banderas», en *DEI I*, Mensajero-Sal Terrae, Bilbao 2007, 211). Volveremos con posterioridad a este tema.

³ «Bandera» significa «lienzo, tafetán u otra tela de figura comúnmente cuadrada o cuadrilonga, que se asegura por uno de sus lados a un asta o una driza y que se emplea como insignia o señal. Sus colores o escudo que lleva indican la potencia o nación a que pertenece el castillo, la fortaleza, la embarcación, etc.,

Señor, para que todas sus intenciones, acciones y operaciones sean puramente ordenadas en servicio y alabanza de su divina majestad» (la oración preparatoria) [Ej 136]. A esto le siguen indicaciones relacionadas con el número «tres»: tres preámbulos, tres puntos relacionados con el caudillo de todos los enemigos, tres puntos relacionados con el summo y verdadero capitán (Christo) y el coloquio con tres personas (María, el Hijo y el Padre). Además, en el tercer punto para considerar los programas de Lucifer y de Cristo, Ignacio también presenta tres escalones: riqueza - honor - soberbia o pobreza - menosprecio - humildad. Probablemente el ejercitante ya está familiarizado con esta estructura de oración después de haber realizado muchos ejercicios anteriores.

Ignacio presenta la meditación en puntos para ayudar del ejercitante a orar. Comienza con la historia en la que se le invita a ver «cómo Christo llama y quiere a todos debajo de su bandera, y Lucifer, al contrario, debajo de la Suya» [Ej 137]. Cada líder tiene un campo, ambos llaman a sus subordinados y los envían a transmitir su mensaje para atraer gente a su bandera. Ignacio presenta primero la estrategia de Lucifer y luego la doctrina sagrada de Jesús. Estos dos caminos son opuestos. Lucifer intenta tentar a la gente, comenzando con la riqueza, luego con el honor y después con la soberbia, mientras que Cristo comienza con la pobreza, el menosprecio y luego la humildad. Los peligros del camino satánico no se limitan sólo a la soberbia, sino también a otros vicios [cf. Ej 142]; mientras que, la humildad de Jesús lleva a las personas a otras virtudes [cf. Ej 146].

En la nota al final de la oración [Ej 148], Ignacio dice que «se hará a media noche y después otra vez a la mañana, y se harán dos repeticiones del mismo a la hora de missa y a la hora de Vísperas, siempre acabando con los tres coloquios a nuestra Señora, al Hijo y al Padre». ¿Por qué esta meditación es tan importante de tal manera que Ignacio quiere que el ejercitante la haga cuatro veces en un día? ¿Cuál es la finalidad de esta oración? Como es uno entre otros muchos ejercicios de los *Ejercicios Espirituales*, su fin, por supuesto, también está dentro de su propósito general, que es «preparar y disponer el ánimo para quitar de sí todas las afecciones desordenadas y, después de quitadas, para buscar y hallar la voluntad divina en la disposición de su vida para la salud del ánimo» [Ej 1] o «vencer a sí mismo y ordenar su vida ‘sin determinarse por’ afección alguna que

en que está izada» (DRAE, «Bandera», España Calpe, Madrid 1992, 183). Jose García observa que hay tres rasgos interesantes presentes en el término «bandera»: identifica a un grupo; se refiere a un grupo armado; tal grupo está organizado militarmente» (cf. J. GARCÍA DE CASTRO, «Éranse una vez Dos Banderas. Observaciones lingüísticas al texto ignaciano (EE 136-147)», *Manresa* 67 (1995), 153-154).

desordenada sea» [Ej 21]. La pregunta es ¿cómo ayudará el ejercicio de la meditación de «Dos Banderas» al ejercitante a alcanzar la esta meta?

No debemos olvidar que esta meditación está en la dinámica de la segunda semana de los *Ejercicios* en el cual el principal punto de referencia es Cristo, el Verbo hecho hombre. En el ejercicio del «Rey Eternal», Ignacio invita al ejercitante a pedir gracia a nuestro Señor para que «no sea sordo a su llamamiento, mas presto y diligente para cumplir su sanctísima voluntad» [Ej 91], después hay que pedir la gracia del «conocimiento interno del Señor, que por mí se ha hecho hombre, para que más le ame y le siga» [Ej 104] y «más seguir e imitar al Señor nuestro, ansí nuevamente encarnado» [Ej 109].

Ahora, en la meditación de «Dos Banderas», Ignacio concretiza el «amar, seguir e imitar» a Jesús invitando al ejercitante a pedir la gracia del «conocimiento de los engaños del mal caudillo y ayuda para dellos me guardar, y conocimiento de la vida verdadera que muestra el summo y verdadero capitán» [Ej 139]. Además, el contenido del coloquio al final de la meditación también nos ayuda a conocer la intención de Ignacio: «que sea recibido debajo de su bandera, y primero en summa pobreza espiritual, y si su divina majestad fuere servido y me quisiere elegir y recibir, no menos en pobreza actual, en pasar oprobrios e injurias por más en ellas le imitar, sólo que las pueda pasar sin pecado de ninguna persona ni displacer de su divina majestad» [Ej 147].

Así pues, a través de la hábil presentación de Ignacio, reconocemos su intención mistagógica de llevar paulatinamente al ejercitante a través de los *Ejercicios* desde un concepto muy general de «seguir a Cristo», a un contexto muy concreto y real: un Cristo con una morada (Jerusalén), con sus compañeros (personas, apóstoles, discípulos, siervos, amigos...), tiene un plan y deseo (llama y quiere a todos debajo de su bandera) y una doctrina sagrada (pobreza, menosprecios y humildad). Ignacio sabe también que este camino de seguimiento de Jesús está siempre lleno de dificultades que vienen de los engaños de sus enemigos. Seguir a Jesús no es sólo «estar con él», sino también «ser enviado por él» (cf. Mc 3,14), es decir, no sólo es instalarse en un lugar seguro, sino también entablar batalla contra los falsos guías cuyo jefe es Lucifer, para llevar a cabo la misión con Jesús, ayudándole a «propagar su doctrina sagrada entre todos los estados y condiciones de personas» [Ej 145].

Con esta descripción general de la estructura, el contenido y la finalidad de esta meditación, echemos ahora un vistazo más de cerca a las imágenes que Ignacio utilizó para comprender el significado más profundo de esta meditación. Ignacio presenta su idea de la meditación usando muchas expresiones o imágenes ricas de significado. Es como una parábola que contiene enseñanzas⁴. La forma con que Ignacio presenta la meditación es un paralelo entre los dos mundos contrastantes. Al acercarnos a esta meditación, cabe preguntarse: ¿con qué materiales o inspiraciones la construyó Ignacio? ¿Qué significado tienen los términos que usa o la disposición de las imágenes?

2. Las imágenes y las fuentes de inspiración en la meditación

Ignacio nació en una familia con tradición militar. Además, el tiempo que pasó en Arévalo⁵, sin duda, también formó en él el carácter de caballero. Probablemente, Ignacio estaba muy familiarizado con las imágenes militares: capitán, bandera, fuego, humo ... o por las enconadas batallas de su propia experiencia castrense. Su rica imaginación le ayudó a convertir sus experiencias de guerra en una parábola de antagonismo entre dos facciones. Ambas quieren atraer a la gente bajo sus banderas con sus propias estrategias y métodos.

Para resaltar las diferencias entre los dos frentes, Ignacio describe primero dónde se sitúan los dos líderes. Nos encontramos con la tierra turbulenta de Lucifer, el «mortal enemigo de nuestra humana natura» [*Ej* 136], «el caudillo de los enemigos» o el «mal caudillo», que habitaba «en la región de Babilonia [*Ej* 138], en una gran Cátedra de fuego y humo, con figura horrible y espantosa» [*Ej* 140]. Estas imágenes nos recuerdan la meditación del infierno, donde Ignacio también menciona fuego, humo... [*Ej* 65-71]. Lo que Lucifer hace es llamar a «innumerables demonios y como los esparce a los unos en tal ciudad y a los otros en otra, y así por todo el mundo, no dexando provincias, lugares, estados, ni personas algunas en particular» [*Ej* 141], «los amonesta para echar redes y

⁴ Ignacio Errandonea escribe: «Aquí como allí, y esto es por demás importante, toma San Ignacio para el contraste una escena que no es real, no es histórica, es simbólica, tiene el valor de una parábola...» (cf. I. ERRANDONEA, «Sobre la meditación de «Dos Banderas», *Manresa* 14 (1928), 159).

⁵ Arévalo fue considerada el corazón de Castilla, una ciudad frecuentada por reyes, reinas y personajes importantes. También fue un activo lugar de comercio y tuvo una posición económica y política estratégicamente importante en la España del siglo XVI. Alrededor de 1506, Iñigo se mudó aquí, viviendo como paje de Juan Velázquez de Cuéllar, contador mayor del rey Fernando el Católico. Cuando este contador murió en 1517, Iñigo comenzó a servir a Antonio Manrique de Lara, duque de Nájera, virrey de Navarra. Este período en Arévalo fue el tiempo que tuvo enormes efectos psicológicos y educativos en Iñigo. (cf. Í. ARRANZ, «Arévalo», en DEI I, 192-195; R., GARCÍA MATEO, «La formación castellana de Ignacio de Loyola y su espiritualidad», *Manresa* 58 (1986), 375-383; *Obras*, LXV – LXVI).

cadenas» [Ej 142]. Al contrario, Cristo es descrito como «nuestro Señor», el «summo capitán general de los buenos» o el «summo y verdadero capitán», que el ejercitante quiere seguir e imitar⁶. Él habita en «un gran campo⁷ de aquella región de Jerusalén» [Ej 138], que es un «lugar humilde, hermoso y gracioso» [Ej 144]. Él «escoge tantas personas, apóstoles, discípulos... y los envía por todo el mundo, esparciendo su sagrada doctrina» [Ej 145]. Estas personas también son sus «siervos y amigos» [Ej 146]⁸.

Al presentar estos dos cuadros Ignacio muestra el contraste entre Cristo y Lucifer⁹. Hay otras cosas, aunque no expresadas explícitamente, que Ignacio parece estar tratando de comunicar al lector a través del uso de las palabras. Si se compara a Cristo con «el capitán de los buenos», entonces Lucifer es ciertamente el capitán de los malos. Si Cristo es «verdadero capitán», Lucifer es el falso. Lucifer es el «mortal enemigo de nuestra humana natura» que conduce a la muerte, Cristo es el que da vida a la humanidad, el que tiene «la vida verdadera» que el ejercitante pide la gracia de obtener. Puesto que Cristo es «el Señor de todo el mundo» [Ej 145], es su responsabilidad salvar «todo el mundo». Mientras que, Lucifer también extiende ferozmente su territorio al ordenar a sus subordinados que utilicen todos los medios más eficaces posibles como «echar redes y cadenas» y no pasan por alto ninguna provincia ni lugar ni estado, ni persona.

Los estudiosos de la espiritualidad Ignaciana piensan que, al escribir esta meditación, Ignacio, además de su experiencia militar, también se inspiró en dos libros que leyó durante la convalecencia en Loyola: la *Vita Christi* y el *Flos Sanctorum*. Sabemos que las historias heroicas de los santos influyeron tanto en Ignacio que

⁶ Pedro Trigo observa que «el sumo y verdadero capitán» no se debe entender «en el sentido de que posee el mayor rango en el ejército, sino en el de que es nuestra suprema cabeza (ya que en latín *cabeza* se dice *caput*, cuyo genitivo es *capitis*, de donde deriva *capitán*), el que está al frente de nosotros, el señor de nuestro corazón». Mientras que la imagen del «fuego» de la cátedra del mal caudillo es «el fuego de nuestras malas pasiones que oscurece nuestra mente con el humo de su propaganda». (cf. P. TRIGO, *El carisma Ignaciano ayer y hoy. Claves para una lectura actualizada*, Mensajero, Bilbao 2022, 129-130).

⁷ En la *Autobiografía*, Ignacio menciona «campo» dos veces. Ambos están relacionados con Cristo. La primera vez es en *Au* 41, cuando Ignacio fue a Padua para tomar cédula de sanidad. Otros hombres caminaban más rápido que él, «dejándose en un grande campo» y «le apareció Cristo de manera que le solía aparecer...». La segunda vez es cuando se marchaba a Ruán donde se dice que se conserva la vestidura de Nuestro Señor para visitar a un amigo suyo que está enfermo. Al pasar por un campo, recibió una gran consolación y alegría y habló con Dios... [*Au* 79]. Para la *Autobiografía*, siempre citaremos por: J. M., RAMBLA BLANCH, *El peregrino, Autobiografía de san Ignacio de Loyola*, Mensajero-Sal Terrae, 2015.

⁸ Es interesante notar que Ignacio describió a Lucifer con sus demonios, pero no describió a Dios con los ángeles, sino a Dios con los hombres (amigos, discípulos, apóstoles...).

⁹ Se puede encontrar muchas imágenes contrastantes en la Biblia, por ejemplo: el salmo 1 (el árbol plantado junto a arroyos de aguas y el tamo que arrebata el viento), Mt 7,24-27 (un hombre prudente que edificó su casa sobre la peña y un hombre insensato que edificó su casa sobre la arena)...

suscitaron en él el deseo de imitarlos estrictamente [cf. *Au* 7]. Quizás de esta fuente, tomó Ignacio la idea de dos ciudades con dos reyes de San Agustín en su gran obra *De Civitate Dei* escrita en *Flos Sanctorum*. También hay quien sugiere que Ignacio pudo haberse inspirado en otras fuentes como el Pseudo-Bernardo o Werner de San Blas u otras fuentes¹⁰. Pero, sobre todo, lo que se describe en la meditación de «Dos Banderas» proviene ciertamente de su propia experiencia. Recordemos que Ignacio en Montserrat durante la vigilia expresó su deseo de ser un soldado de Cristo [cf. *Au* 17], y en Manresa¹¹ pasó un combate espiritual muy grande, y durante su peregrinación a Jerusalén, todavía tuvo que luchar mucho contra la vanagloria¹². Todos estos materiales han sido cristalizados por Ignacio en una meditación con el fin de ayudar al ejercitante a conocer mejor a Cristo y su camino, así como los engaños del enemigo para poder elegir el camino correcto y ser perfecto en cualquier estado de vida que Dios disponga para él.

II. La relación con otros ejercicios de la segunda semana

Para comprender el significado y la importancia de esta meditación, también es esencial que examinemos su relación con otros ejercicios en el conjunto de los *Ejercicios*. De un vistazo, podemos ver fácilmente alguna correlación entre esta meditación y el ejercicio del llamamiento del Rey Eternal [*Ej* 91-98], tanto que se consideran que los dos «pertenecen al núcleo originario de los *Ejercicios*»¹³. Además, el hecho de que San Ignacio interrumpiese las contemplaciones de los misterios de la vida de Jesús con el «preámbulo para considerar estados» [*Ej* 135] y esta meditación el cuarto día de la segunda semana definitivamente significa algo.

La última frase del número 135 («así para alguna introducción dello, en el primer ejercicio siguiente veremos...») nos hace conectar el objetivo de la meditación de «Dos Banderas» con los ejercicios anteriores¹⁴, así como a la elección que se discutirá al final

¹⁰ Cf. S., ARZUBIALDE, *Ejercicios Espirituales de San Ignacio – Historia y Análisis*, Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander 2009, 318, nota 15.

¹¹ Es un pueblo ubicado en el centro de Cataluña. Después de algunos días en Montserrat, Ignacio pasó y vivió allí casi once meses (3.1522 – 2.1523). Hay varias teorías por la estancia de Ignacio en Manresa: (1) no quiso eludir a las personas que acompañaban el cortejo del nuevo Papa Adriano VI que aquel tiempo estaban en Barcelona; (2) el retraso para ir a Roma para pedir el permiso de viajar a la Tierra Santa; (3) por el consejo de su confesor en Montserrat. Véase también: J. MELLONI, «Manresa», en DEI II, 1192-1195.

¹² Cf. El prólogo de Cámara en la *Autobiografía*.

¹³ Cf. M.COSTA, *op.cit.*, 211.

¹⁴ La contemplación de la encarnación [*Ej* 100] hasta la contemplación del niño Jesús obediente a sus padres y cuando tiene doce años en el templo [*Ej* 134].

de la segunda semana [Ej 169-189]. Finalmente, la relación de esta meditación con los tres binarios y tres grados de humildes también es de interés, así como la aportación de esta meditación al discernimiento de espíritus. Exploraremos cada una de estas relaciones una por una.

1. «Dos Banderas» y «el llamamiento del Rey Eternal»

«El llamamiento del rey temporal ayuda a contemplar la vida del Rey Eternal» ha sido considerado tradicionalmente el nuevo «principio y fundamento» que sirve de puente o transición de la primera semana a la segunda semana en el camino de los *Ejercicios*. Es difícil determinar si se trata de una meditación o de una contemplación, porque San Ignacio no usó ninguna de estas palabras para describirla. No tiene la oración preparatoria. La oblación de mayor estima y momento en el número 98 es parte del tercer punto, y parece que funciona como la oración final en lugar del coloquio o el *Pater noster* como en otros ejercicios.

El título de este ejercicio nos revela la intención de Ignacio: contemplar la vida del Rey Eternal, y dado que el «Rey Eternal» puede ser aún desconocido para el ejercitante, necesita una imagen concreta e íntima para pasar de lo visible a lo invisible. El rey temporal descrito aquí es «a quien hacen reverencia y obedescen todos los príncipes y todos hombres cristianos» [Ej 92], que quiere «conquistar toda la tierra de infieles» y llama a sus súbditos, a venir con él, identificarse con él en todo, trabajar con él y participar con él en su gloria [Ej 93]¹⁵. Es un rey «tan liberal y tan humano» [Ej 94] que nadie puede no aceptar su invitación, de lo contrario, «sería digno de ser vituperado por todo el mundo y tenido por perverso caballero» [Ej 94].

Si un rey terreno es digno de eso, cuánto más puede ser el Rey Eternal que es Cristo. Por tanto, Ignacio asume que «todos los que tuvieren juicio y razón, ofrecerán todas sus personas al trabajo» [Ej 96]. En la primera semana, el ejercitante al darse cuenta de que fue salvado por Cristo Rey a través de su muerte en la cruz, ha decidido hacer algo por él. Ahora para no ser visto como ingrato y cobarde, pide gracia para que «no sea sordo a su llamamiento, mas presto y diligente para cumplir su santísima voluntad» [Ej 91]. Esa voluntad es «de conquistar todo el mundo y todos los enemigos, y así entrar en la

¹⁵ Esta idea es similar a la de San Pablo: «... ya que sufrimos con él para ser también con él glorificados». (Rm 8,17).

gloria de mi Padre» [Ej 95]. Para poder lograr esto, el ejercitante quiere y desea «imitar [a Cristo] en pasar todas las injurias y todo vituperio y toda pobreza, así actual como espiritual, queriéndome vuestra sanctísima majestad elegir y rescibir en tal vida y estado» [Ej 98].

Uno probablemente se sentirá sorprendido y confundido porque este ejercicio llega a un final muy abrupto. Inmediatamente después de este ejercicio, Ignacio invita al ejercitante a realizar una serie de contemplaciones cuyo contenido no tiene casi nada que ver con ésta (los misterios de la vida oculta de Jesús). Sólo hasta el cuarto día, que es cuando invita al ejercitante a la meditación de «Dos Banderas», volvemos a ver la imagen de Cristo Rey. Así, se puede decir que la meditación de «Dos Banderas» continúa y complementa lo que falta en el ejercicio del Rey Eternal para concretar la idea del «seguimiento de Cristo», es decir, nos dice que el «trabajar con el Rey Eternal» es «estar bajo su bandera, usando su «doctrina sagrada» para ganarse a todos, y que ésta es una lucha ardua porque sus enemigos también están activos para atraer a la gente a su lado.

Pero, ¿por qué Ignacio interpone otras contemplaciones entre «el llamamiento del Rey Eternal» y «la meditación de Dos Banderas»? Sabemos que «el llamamiento del Rey Eternal» actúa como guía para toda la segunda semana (incluso la tercera y cuarta semana), ayudando al ejercitante a contemplar la vida de Cristo. Esa contemplación se hace iniciando con la encarnación, luego con los otros acontecimientos en la vida de Jesús desde su niñez hasta la edad adulta. La meditación de «Dos Banderas» sirve como un hito que marca la transición de la vida oculta de Jesús a la vida pública. Repite una vez más la invitación mencionada del Rey Eternal, pero más detallada y concreta, llevando al ejercitante expresamente al camino misionero de proclamar la doctrina sagrada de Jesús. El énfasis de Ignacio en la idea de que Jesús deja «a su padre adoptivo y a su madre natural, para dedicarse completamente al servicio de su Padre eterno» [Ej 135] indica esta transición.

2. «Dos Banderas» y la elección

Si leemos atentamente el número 135 de los *Ejercicios*, también descubrimos otra intención de Ignacio al colocar aquí la meditación de «Dos Banderas»: «comenzaremos contemplando su vida, y al mismo tiempo a investigar y a pedir en qué vida o estado su divina majestad se quiere servir de nosotros y así para alguna introducción dello, en el primer ejercicio siguiente...». Sin duda, la meditación de «Dos Banderas» está

estrechamente relacionada con esta selección. Como Jesús dio el paso del «el primer estado, que es el cumplimiento de los mandamientos, siendo en obediencia a sus padres, y también para el segundo estado, que es de la perfección evangélica» [Ej 135], el ejercitante también, al contemplar a Jesús, están llamado a hacer lo mismo; es decir, están llamado a perfeccionarse en cualquier estado o vida que Dios le diere para elegir. Pero primero, él también tiene que «investigar y pedir». Este detalle muestra la combinación de gracia y naturaleza: hay que investigar, pero al mismo tiempo pedir a Dios que le muestre su voluntad.

Karl Rahner y varios otros autores¹⁶ sostienen que toda la dinámica de los *Ejercicios* está dirigida a la elección, y la meditación de «Dos Banderas» claramente presenta al ejercitante una elección decisiva¹⁷. En cuanto a la elección específica de estado de vida, Ignacio dará instrucciones al final de la segunda semana. Aquí, sólo da una instrucción general pero fundamental, sin la cual no se puede hacer la elección. Es bien sabido que la elección correcta es estar del lado de Cristo, pero esto no es fácil. Aunque muchas veces uno desea elegir a Cristo, no sabe cuál es Su camino entre muchas posibilidades. Rahner sostiene que «nunca podemos tomar nuestra decisión desde una posición neutral. Vivimos en un mundo herido por el pecado... De este modo, el campo de nuestras decisiones queda radicalmente marcado por la antítesis entre Lucifer y Cristo»¹⁸. La meditación de las «Dos Banderas» ayuda al ejercitante a obtener la primera condición para poder elegir: la gracia de tener el conocimiento para guardarse de los engaños de los enemigos y el conocimiento de la vida verdadera de Cristo.

Pero para tomar una decisión correcta, sólo el conocimiento no es suficiente. Muchos autores sostienen que también debería haber la voluntad y la afectividad a las que Ignacio se refiere implícitamente en la meditación de «Tres Binarios de hombres» y «Tres maneras de humildad»¹⁹. Estos tres ejercicios tienen una estrecha relación entre sí.

¹⁶ Por ejemplo: Grandmaison, Fessard, Hugo Rahner, Daniélou, Demoustier...

¹⁷ Dice Rahner: «La meditación de las dos banderas es la primera de las llamadas meditaciones de elección en sentido estricto» (K.RAHNER, *Meditaciones sobre los ejercicios de san Ignacio*, Herder, Barcelona 1971, 164) o «El factor determinante de los ejercicios ignacianos es la elección personal, que cabrá abordar de muy diversas maneras...» (*ibid.*, 17). También, Hugo Rahner dice en su libro que: «Si el fin de los Ejercicios no es decidir su vida por Dios (o profundizar en tal decisión, han perdido su objetivo, su dinamismo interno, su fuerza de penetración...» (H.RAHNER, *Génesis y teología del libro de los Ejercicios*, Apostolado de la Prensa, Madrid 1966, 9).

¹⁸ K.RAHNER, *op.cit.*, 165.

¹⁹ Aunque no es necesario hacer una distinción tan grande. (Cf. J., CORELLA, «Dos Banderas y maneras de humildad como experiencia unitaria de pobreza de espíritu», en GARCÍA LOMAS, J. M. (ed.), *Ejercicios espirituales y mundo de hoy*, Mensajero-Sal Terrae, Bilbao 1993, 156-157.

El corazón de los «Tres Binarios» es «quiere no tener afecto a tener la cosa adquirita o no la tener [la indiferencia], sino que quiere solamente quererla o no quererla, según que Dios nuestro Señor le pondrá en voluntad... no querer aquello ni otra cosa ninguna, si no sólo el servicio de Dios nuestro Señor, de manera que el deseo de mejor poder servir a Dios nuestro Señor le mueva a tomar la cosa o dexarla» [Ej 155]. Mientras tanto, las «Tres maneras de humildad» invita al ejercitante a ir más allá de la indiferencia del tercer binario de hombre para alcanzar al nivel de la identificación con Cristo: desear más pobreza con Christo pobre que riqueza, oprobrios con Christo lleno dellos que honores, y desear más de ser estimado por vano y loco por Christo que primero fue tenido por tal, que por sabio ni prudente en este mundo [Ej 167].

Hay también otra cosa que nos muestra la relación entre la meditación de «Dos Banderas» y las «Tres maneras de humildad». El contenido del sermón que Cristo da a sus «siervos y amigos» antes de enviarles a proclamar la sagrada doctrina tiene tres grados: pobreza espiritual (y si Dios quiere, pobreza actual), menosprecios y humildad (que induzcan a todas las otras virtudes). Pero, en el coloquio de la misma meditación vemos sólo la petición de los dos primeros grados (pobreza y menosprecios). ¿Por qué no hay la petición de humildad aquí, aunque ya aquí se trata de la identificación con Cristo? Hay dos respuestas posibles. La primera sería que cuando uno ya tiene la pobreza y los oprobrios, «de estas dos cosas se sigue la humildad» [Ej 146]. La segunda respuesta es que la petición de humildad vendrá al final de la meditación de «Tres maneras de humildad». Allí es donde el ejercitante pide al Señor esta gracia después de entender cuál es «la mejor manera de ser humilde» [Ej 168]. Esta es la razón por la que no se pueden separar la meditación de «Dos Banderas» de las «Tres maneras de humildad».

Es interesante notar que al final de la meditación de las «Tres maneras de la humildad» [Ej 168] Ignacio sugiere que el ejercitante haga el coloquio de la misma manera que en los «Tres binarios de hombres» [Ej 156] y las «Dos Banderas» [Ej 147]. Vale la pena señalar que en *Ej 156*, vemos que Ignacio se refiere al ejercicio de las «Dos Banderas» como contemplación más que como meditación. ¿Por qué este cambio? ¿Ignacio se equivocó en la redacción o quiso decir otra cosa? José García de Castro observa que, aunque este es un ejercicio meditativo, pero que Ignacio usa algunos verbos que son muy contemplativo-imaginativos: ver [ver un gran campo de toda aquella región de Jerusalén... *Ej 138*], imaginar [imaginar así como si se asentase... o imaginar del

summo y verdadero capitán... (Ej 140)]²⁰. El hecho de que Ignacio cambia de «meditación» al principio a «contemplación» al final se puede explicar porque quiere cambiar el enfoque en el ejercicio de «Dos Banderas» desde «considerar o meditar» en los textos o doctrina sagrada, a «contemplar» a una persona concreta que es Cristo mismo. Entonces, la perfección mencionada en el preámbulo para la elección [Ej 135] es vivir este tercer grado de humildad, es decir, vivir como Cristo identificándose con él.

Esta hipótesis se ve reforzada por la idea expresada al final del ejercicio de las «Tres maneras de humildad», cuando el ejercitante, después de una serie de consideraciones y deliberaciones y, por la gracia de Dios, ha *entendido* las trampas del enemigo, así como la vida verdadera de Cristo, habiendo adquirido entonces la *voluntad* de servir a Dios nuestro Señor, y desea ser como Cristo pobre, humillado y humilde bajo su bandera. Así, la doctrina sagrada ya no es una mera información o estrategia, sino que se hace viva en la persona de Cristo, el sumo capitán; suscita en el ejercitante el deseo de imitar a un Cristo y de ser como Él en todo: «contento de comer como yo, y así de beber y vestir, etc...; también ha de trabajar conmigo en el día y vigilar en la noche» [Ej 93], «pasar todas injurias y todo vituperio y toda pobreza, así actual como espiritual, queriéndome vuestra santísima majestad elegir y rescibir en tal vida y estado» [Ej 98]. Estas (el conocimiento, la voluntad y la afectividad) son las condiciones requeridas para comenzar el proceso de elección que el ejercitante realizará al final de la segunda semana.

3. «Dos Banderas» y el discernimiento

¿Existe alguna conexión entre la meditación de «Dos Banderas» y el discernimiento de espíritus? El discernimiento va con el ejercitante lo largo de todo el proceso de los *Ejercicios Espirituales*. San Ignacio, basado en su experiencia, escribió también las reglas de discernimiento de espíritus en las que especificó las maneras de actuar de los espíritus, las estrategias que usan, cómo reconocer los movimientos interiores que son los efectos de la acción de los espíritus, expresados bajo forma de «consolación espiritual» y «desolación espiritual» ... para que el ejercitante pueda dar una respuesta adecuada²¹.

²⁰ Cf. J. GARCIA DE CASTRO, *op.cit.*, 153, nota 8.

²¹ Las reglas de discernimiento que escribió san Ignacio [Ej 313-336] han sido un tema de estudio y de investigación de mucha gente. Según el nivel de madurez espiritual del sujeto, los espíritus tendrán diferentes efectos. O viceversa, según la forma como influyen los espíritus, se puede saber dónde está el sujeto en la vida espiritual. San Ignacio, basado en su experiencia, especificó las maneras de actuar de los espíritus para que podamos reconocerlos y elegir una respuesta adecuada. Gradualmente, se familiarizará con las cosas de Dios y no se engañará. Para un hombre de discernimiento es más fácil entender las llamadas de Dios, que constantemente le habla a través de mociones en su corazón. (Véase: M. J. BUCKLEY, «Discernimiento», en DEI I, 607-611; E. MERCIECA, «Discernimiento comunitario», en DEI I, 611-615).

Ignacio mismo tuvo que pasar muchas dificultades para tener una experiencia profunda sobre el discernimiento. Durante su convalecencia en Loyola, leyó *Vita Christi* y *Flos Sanctorum* y le iban apareciendo diversos pensamientos, pero él no les prestaba mucha atención [cf. *Au* 5-7]. Al cabo de un tiempo, Ignacio descubrió la diferencia entre ellos observando sus efectos, cuando «se le abrieron un poco los ojos y empezó a maravillarse desta diversidad» [*Au* 8]. Lo que sucedió entre él y el moro mostró de nuevo la inmadurez de Ignacio en su discernimiento, tanto que él admitió que era un «ánima que aún estaba ciega» [*Au* 14].

En Manresa, Ignacio comienza a prestar más atención a los complejos movimientos en su corazón, pero todavía con muchas confusiones interiores. Gradualmente, Ignacio se da cuenta de que «con esto quiso el Señor que despertase como de sueño» y «como ya tenía alguna experiencia de la diversidad de espíritus con las lecciones que Dios le había dado, empezó a observar los medios con que aquel espíritu era venido...» [*Au* 25].

Muchos autores están de acuerdo que la ilustración del Cardoner²² que Ignacio recibió en Manresa le cambió en una persona nueva, especialmente ayudándole a crecer en discernimiento. Por ejemplo, Laínez dice en la Carta a Polanco de 1547: «...[Ignacio] fue especialmente ayudado, informado e ilustrado interiormente de su divina Majestad, de manera que comenzó a ver con otros ojos todas las cosas, y a discernir y probar espíritu buenos y malos...»²³. Polanco también dice: «...se sentó cerca de un río y fue ilustrado por cierta luz repentina e insólita, de modo admirable, acerca de los divinos misterios. La misma luz se extendía también a la discreción en particular de los espíritus buenos y malos; de tal manera que le parecía que todo lo divino y lo humano lo veía con unos ojos nuevos de su alma. Y de ello el que es Padre de las misericordias y Dios de toda consolación difundía en su alma muy abundantemente una gran consolación espiritual con los tesoros de su divina bondad»²⁴.

²² Ignacio no habló mucho sobre este evento, sólo enfatizó que «se le empezaron abrir los ojos del entendimiento», que no es una visión, sino «entendiendo y conociendo muchas cosas», «recibió una grande claridad en el entendimiento», «esto fue en tanta manera de quedar con el entendimiento ilustrado, que le parecía como si fuese otro hombre y tuviese otro intelecto...» [*Au* 30].

²³ *FN* I, 80.

²⁴ *FN* II, 526; cf. J. A., POLANCO, *Vida de Ignacio de Loyola*, EDUARDO JAVIER ALONSO ROMO (ed.) Mensajero-Sal Terrae, Bilbao 2021, 65-66]. Polanco explica esta ilustración como una «luz» (quizás porque se trata de «ver», la luz ayuda a ver cosas mejor) y dice que es una «consolación», mientras Cámara y Laínez dicen de «entendimiento». José García de Castro afirma en su obra que esta ilustración no es una «consolación», sino sólo «una intelección» (cf. J. GARCIA DE CASTRO, *El Dios emergente. Sobre la consolación sin causa precedente*, Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander 2001, 315).

A quienes se encuentran en la segunda semana de los *Ejercicios*, Ignacio les aconseja que tengan mucho cuidado porque las formas que el enemigo usa para engañar se volverán más sutiles y difíciles de detectar, porque el ángel malo entra *sub angelo lucis* [Ej 332]. Por eso, Ignacio invita al ejercitante que está haciendo ahora la meditación de «Dos Banderas» a pedir la gracia del «conocimiento», y lo repite dos veces: conocimiento de los engaños del mal caudillo y ayuda para dellos me guardar, y conocimiento de la vida verdadera que muestra el summo y verdadero capitán [Ej 137]. No se trata de un conocimiento «afectivo» o «interior» sino una lucidez y claridad de la mente²⁵.

Pero en la meditación de «Dos Banderas», ¿dónde están los engaños del enemigo de los que el ejercitante debe tener cuidado para no caer en ellos? A primera vista, tenemos la impresión de que la distinción entre las tácticas de Cristo y Lucifer son bastante claras. Sin embargo, la trampa del enemigo es tan sutil que aparentemente no parece un «engaño». Pero, sin la guía de Ignacio, sería difícil para el ejercitante saber por qué la riqueza es el comienzo de tantas cosas malas (riqueza hace que la gente busque el honor y le lleva después a la soberbia y a todos los otros vicios), y por qué se debe elegir la pobreza (tanto espiritual como actual) y el menosprecio que para mucha gente no son cosas buenas de lograr.

Se trata de un proceso largo o de una cadena (lo uno lleva a lo otro) y el resultado sólo aparece al final. Sin un buen conocimiento, no se puede hacer discernimiento ni saber cuál es el camino de Cristo y cuál es de su enemigo. Por eso, se cae en los engaños del enemigo sin saberlo hasta que mucho tiempo después podemos reconocer su «cola serpentina y mal fin» [Ej 334].

III. La propia experiencia de san Ignacio y las «Dos Banderas»

1. El don de conocimiento y la experiencia de discernimiento

Iñigo vivió en la casa del contador mayor de Castilla, Juan Velásquez de Cuéllar, en Arévalo un mínimo de once años cuando tenía quince años. En este periodo, el joven Iñigo aprendió muchas cosas, y entre ellas, el comportamiento de un gentilhomme, y el dominio de las armas. No duda que los libros de caballería le dieron alas para soñar con enamorar de las mujeres hermosas, entusiasmarse con vencer en batallas tal como había

²⁵ J., GARCIA DE CASTRO, *op.cit.*, 153, nota 7.

leído. El propio Ignacio reconoce que «fue hombre dado a las vanidades del mundo y principalmente se deleitaba en ejercicio de armas con un grande y vano deseo de ganar honra» [Au 1].

El heroísmo de Ignacio se hizo patente en la batalla de Pamplona, donde, a pesar de encontrarse en una situación desesperada, todo el ejército se retiró, «siendo todos de parecer que se diesen, salvas las vidas» [Au 1], quedando solo un pequeño grupo de caballeros, Ignacio se negó a rendirse, trató de convencer a todos y al comandante de atrincherarse. Pero su plan fracasó cuando un cañón le rompió la pierna. En el tiempo de convalecencia en Loyola, su fuerte temperamento se manifestó claramente a través de su insistencia en «martirizarse» muchas veces para poder caminar como una persona normal, evitando las deformidades causadas por las heridas. Si consideramos los aspectos subyacentes a la meditación de «Dos Banderas», podemos decir que, por muchos años, Ignacio ha vivido en los engaños del enemigo sin darse cuenta. Ha nutrido siempre la codicia de riqueza, buscando vanagloria u honra de este mundo. Y estas cosas le llevan a una crecida soberbia y otras virtudes.

El comienzo del cambio en la percepción de Ignacio comenzó a ocurrir cuando quiso leer novelas de caballería durante su convalecencia en Loyola, y como no las tenía en casa, tuvo que leer *Vita Christi* y *Flos Sanctorum* [Au 5-6]. Mientras leía, iban apareciendo diversos pensamientos: de cosas sagradas y de cosas mundanas [Au 6-7]. De hecho, estas dos líneas de pensamiento iban dando vueltas constantemente en la mente de Ignacio, pero él no les prestaba mucha atención, pero «le duró hartó tiempo, deteniéndose siempre en el pensamiento que tornaba ...» [Au 7]. Los libros atrajeron a Ignacio, haciéndole pensar en cosas santas, por ejemplo, en ir en peregrinación a Jerusalén, hacer disciplinas graves o vivir una vida ascética e incluso imitar a los santos.

Al cabo de un tiempo, Ignacio descubrió la diferencia entre ellos en base a sus efectos, cuando «se le abrieron un poco los ojos y empezó a maravillarse desta diversidad» [Au 8]. Apareció una luz espiritual: poco a poco se dio cuenta del sentimiento de vacío al pensar en su forma de vida anterior y la alegría persistente al pensar en seguir la vida de los santos [Au 8]²⁶, incluso el deseo de entrar en un monasterio pobre para que nadie le reconociera, para hacer penitencia y expresar libremente el odio hacia sí mismo [Au 9-12]. Dentro de Ignacio había un pequeño cambio: en lugar de buscar cosas

²⁶ Confirmó el padre Câmara: «Este fue el primero discurso que hizo en las cosas de Dios» [Au 8].

mundanas (fama, gratificaciones, mujeres ...), empezó a pensar en cosas espirituales (ayuno, mortificación, penitencia ...). Parece una señal positiva, pero ¿es realmente una verdadera conversión?

Al determinar de hacer lo que hicieron los santos, Ignacio fantasea con hacerse un santo en el futuro a través de una estrecha imitación. Cuando se recuperó completamente, Ignacio hizo lo que pretendía sin dudarlo, a pesar de las objeciones de su hermano [cf. *Au* 12]. Dedicó toda su energía a practicar lo que hacían los santos, e incluso querría hacer más, para agradar a Dios [*Au* 14] sin ninguna consideración madura.

Lo que sucedió entre él y el moro mostró otra vez la inmadurez de Ignacio en su discernimiento. Ante las dudas del moro sobre la virginidad de la Virgen, Ignacio quiso «darle de puñaladas por lo que había dicho», pero se quedó dudando, sin saber lo que debía hacer [*Au* 15]. Incapaz de tomar la decisión por sí mismo, al final, «cansado de examinar lo que sería bueno hacer, se determinó de dejar ir a la mula con la rienda suelta hasta al lugar donde se dividían los caminos» [*Au* 16]. Ignacio admitió en la *Au* 14 que era un «ánima que aún estaba ciega». Quería «imitar los santos, sin mirar otras circunstancias... con tantas disciplinas y tantas abstinencias» [*Au* 9]. Solamente más tarde hizo lo que hicieron los santos [*Au* 19] «con una igualdad grande de alegría sin tener ningún conocimiento de cosas interiores espirituales» [*Au* 20].

Durante su estancia en Manresa, Ignacio comienza a prestar más atención a los complejos movimientos que hay en su corazón, pero él todavía no tiene muy claro lo que debe pensar sobre ellos. Allí, trató de mantener disciplinas muy estrictas: mendigar y ayunar, castigarse, vivir en el hospital y trabajar allí, imitando a los santos ermitaños. No se cortó las uñas ni el cabello como antes, sino que los dejó crecer, iba a confesarse todos los domingos, asistía a las misas y rezaba siete horas al día [*Au* 19-23]. Pensaba que eran cosas santas, pero Ignacio estaba equivocado. Fue la experiencia de confusión y oscuridad en el corazón la que le enseñó a Ignacio una valiosa lección. Las preguntas retóricas que Ignacio usa para cuestionarse a sí mismo parecen mostrar la confusión interior y la lucha espiritual en el alma de Ignacio [cf. *Au* 20, 21].

Además de las dificultades relacionadas con la nueva vida que quiere perseguir, los escrúpulos sobre los pecados cometidos en el pasado le molestan mucho a Ignacio. Ignacio confesó que, aunque había hecho una confesión general al confesor en Montserrat y también había repetido muchas veces su confesión, la confusión no desapareció. Ignacio

conversa con las «personas espirituales» en busca de ayuda [Au 21], hace abstinencia para pedir la gracia de Dios siguiendo el ejemplo de un santo que conocía [Au 24], obedece lo que le enseña su confesor [Au 22, 25]... pero todo parece haberse realizado sin efecto. Todavía se siente «tan desabrido, que ni hallaba gusto en el rezar, ni en el oír la misa, ni en otra oración ninguna que hiciese» [Au 21], «vinieron unos desgustos de la vida que hacía, con algunos ímpetus de dejarla» [Au 25], incluso la «tentación con grande ímpetu para echarse de un agujero grande que aquella su cámara tenía» [Au 24]. Nada ni nadie pudo ayudarlo a salir de esta trágica situación. Cuanto más usaba la razón para practicar la virtud, más se encontraba Ignacio en tal crisis.

La «arrogancia espiritual» empujó a Ignacio hasta el final. Sin otra salida, Ignacio tuvo que mirar a Dios, admitiendo su debilidad: «Señor, sálvame... que no hallo ningún remedio en los hombres, ni en ninguna criatura; que si yo pensase de poderlo hallar, ningún trabajo me sería grande. Muéstrame tú, Señor, dónde lo halle; que aunque sea menester ir en pos de un perrillo para que me dé el remedio, yo lo haré.» [Au 23]. Es innegable que Ignacio se esforzó mucho en su determinación de cambiar su estilo de vida. No era perezoso ni tardío en sus deberes espirituales. Era muy disciplinado. Definitivamente renunció a su condición de noble, viviendo una vida austera y rigurosa. También era muy diligente en la oración, en recibir los sacramentos, abriendo su corazón a los confesores ... Pero todo esto no es la esencia de la vida espiritual. No tiene ningún valor en sí mismo, si no tiene la relación con Dios, es decir, una abnegación interior y dejar que Dios le guíe por Su gracia.

Finalmente, Ignacio admitió que «con esto quiso el Señor que despertó como de sueño» y «como ya tenía alguna experiencia de la diversidad de espíritu con las liciones que Dios le había dado, empezó a mirar por los medios con que aquel espíritu era venido...» [Au 25]. Entre todas las gracias que Ignacio recibió en Manresa, la ilustración de Cardoner sería más impresionante. Ignacio no habló mucho sobre este evento, sólo enfatizó que «se le empezaron abrir los ojos del entendimiento», que no es una visión, sino «entendiendo y conociendo muchas cosas», «recibió una grande claridad en el entendimiento», «esto fue en tanta manera de quedar con el entendimiento ilustrado, que le parecía como si fuese otro hombre y tuviese otro intelecto...» [Au 30]. Esta iluminación

ha marcado una transformación espectacular dentro de él, haciéndolo realmente «nuevo»²⁷.

Podríamos decir que después de la iluminación de Cardoner, Dios le dio a Ignacio «el conocimiento de los engaños del mal caudillo» y «el conocimiento de la vida verdadera de Cristo» [cf. *Ej* 139], porque ya podía reconocer con un claro conocimiento y con grande asenso de la voluntad que la cosa hermosa que había visto antes era el demonio [*Au* 31]. Desde entonces Ignacio crece en el discernimiento practicándolo a través de lo que le sucedió, las dificultades y confusiones que tuvo que discernir en toda su vida.

2. Seguir el camino de la humildad de Cristo

Claramente, la gracia que recibió Ignacio junto al río Cardoner lo cambia totalmente. No conocemos el «contenido» de esa iluminación, sólo sabemos que ha influido mucho en el pensamiento y la forma de vida de Ignacio desde entonces. Ahora, Dios le está hablando a Ignacio no a través de libros o del ejemplo de otra persona, sino de su propia experiencia personal con Dios, en los altibajos de su vida. Ahora, Ignacio aprende a escuchar y cumplir la voluntad de Dios en lugar de conformarse a la voluntad de los demás o incluso a la suya propia. Poco a poco, Ignacio aprendió a vivir su vida según el modelo de Jesús: pobre, menospreciado y humilde.

En primer lugar, Ignacio ya no imita a los santos en las mortificaciones de forma mecánica y rígida para emularlos como antes, sino lo hace de forma moderada. Y, en lugar de considerar el descanso y la comida como necesidades secundarias, san Ignacio ahora les da el respeto adecuado para tener un ritmo de vida armonioso [*Au* 26]. Ya no se extrema en su ayuno como para no tocar la carne y el vino o tampoco deja crecer la barba, el pelo y las uñas como antes, sino que siempre mantiene una apariencia edificante [*Au* 19].

Ignacio ya renunció a las posesiones materiales cuando decidió dejar Loyola para vivir una nueva vida²⁸. Pero ese comportamiento es simplemente una imitación de los

²⁷ Nadal dice que: «Cuando alguna vez se le preguntaba por cuestiones importantes o por el modo del instituto de la Compañía, o cuando debía decidir sobre algo, solía remitirse a aquella gracia y a aquella luz» [*FN* II, 240]. Véase también: J. MELLONI, «Cardoner», en *DEI* I, 279-286.

²⁸ Véase también en *Au* 18 donde nos cuenta que Ignacio dio sus vestidos a un pobre... y después «le saltaron las lágrimas de los ojos de compasión del pobre a quien había dado los vestidos porque [la gente] entendió que lo vejaban, pensando que los había hurtado».

santos, no una renuncia por amor a Cristo. Al final de su estancia en Manresa, que se considera su «iglesia primitiva»²⁹, Ignacio vive verdaderamente la pobreza evangélica cuya esencia es tener amor, fe y esperanza en Dios sólo [cf. *Au* 35] o no confiar en su propia fuerza sino confiar todo en manos de Dios y «querer que sólo Dios sea un refugio» [*Au* 35, 36, 45-48, 61-70]. Este es la razón por la que Ignacio quiere ahora peregrinar a Jerusalén³⁰.

La pobreza que Ignacio está tratando de perseguir se refleja en el estilo de vida libre de todo, especialmente del dinero. Ignacio no quiere tener alguien que lo acompañe [*Au* 35], deja en un banco junto a la playa cinco o seis blancas que tiene antes de embarcarse en Barcelona [*Au* 36], duerme en un establo [*Au* 38], mendiga por la ciudad buscando alimento [*Au* 39], da el dinero que tiene a los pobres [*Au* 40, 50], no va a casa del embajador del emperador ni hace diligencia especial para buscar con que pudiese pasar [*Au* 42]...

Junto con la pobreza evangélica, Ignacio desea también ser humillado como Cristo para identificarse con Él. Antes Ignacio solía esperar elogios de los demás, ahora sufría mucho si alguien le da complementos. Pretende de luchar contra la vana gloria, que está profundamente arraigada en él. La idea de que él era justo le hizo «sufrir tan intensamente que no pudo hacer nada más que apartarlo y combatirlo como si fuera un pecado» [*Au* 32]. Muchas veces Ignacio fue maltratado, pero se siente consolación del Señor [*Au* 48], o tiene una sensación de estar como Cristo [*Au* 51,52]. Ignacio puede reconocer fácilmente que es una tentación llamar al capitán señoría por temor de tormentos, y entonces no lo hace y el capitán le tiene por loco [*Au* 53]. Es justamente lo que Ignacio invita al ejercitante a elegir en la tercera humildad: «desear más de ser estimado por vano y loco por Cristo que por sabio ni prudente en este mundo» [*Ej* 167].

En las páginas de la *Autobiografía*, encontramos muchos rastros de una transformación interior que Ignacio va realizando poco a poco en su vida, asemejándole más a Cristo. No le faltan las dificultades, las pruebas, las enfermedades, pero siempre tiene una creciente y profunda confianza en Dios. Ignacio sigue siendo el temperamento de un caballero, pero en lugar de practicar artes marciales con todo su corazón para

²⁹ *FN* I, 59. 138-140; *FN* II, 40. 344.

³⁰ Antes, Ignacio quería viajar a Jerusalén por la devoción personal como se hacía aquel tiempo. Después de su estancia en Manresa, afirmó que quería ir a Jerusalén para tener tres virtudes: caridad y fe y esperanza [*Au* 35] y quería quedarse allí para ayudar a las almas [*Au* 45-48]. Se nota el cambio en su intención.

encontrar la fama terrenal y la vanidad espiritual, ahora se dedica a ejercitarse en el amor a Dios y para la salvación de humanidad. Ignacio ya no quiere imitar a ningún santo, sino imitar al mismo Señor, siguiendo los pasos del Cristo pobre, humilde y humillado.

3. Una visión misionera

El don de discernimiento y la transformación interior va con la visión misionera que muchas veces, Ignacio ha expresado con la frase: ayudar a las almas. De hecho, la idea de «ayudar a los demás» ya nació en la mente de Ignacio desde el tiempo de convalecencia en Loyola, pero tal vez fue solo un pensamiento fugaz, nada profundo [cf. *Au* 11], porque entonces solo quiere vivir en penitencia, entrar en la Cartuja de Sevilla. Su forma de vida al inicio en Manresa demuestra que Ignacio busca la perfección más que ir a todo el mundo para proclamar el Evangelio. Como queda dicho antes, parece que después de la gracia recibida junto al río de Cardoner, el deseo apostólico en él se hace intenso y claro, cambiándole no sólo al nivel personal, sino que también su deseo apostólico. Todo lo que hace desde entonces se dirige completamente a dar su vida para salvar almas. Los cambios de su apariencia y comportamiento ya no son aleatorios ni temporales, sino que son el resultado de un espíritu iluminado que no se basa en las normas espirituales un tanto extravagantes de la época, sino que se realiza con fines apostólicos.

Y en Manresa, Ignacio «se dedicaba a las obras de caridad con los pobres y enfermos, su principal apostolado era el de la conversación, con el que se cautivó la simpatía de los manresanos» [*Au* 26]³¹. Es el celo apostólico lo que hace a Ignacio salir de Manresa, así como también elimina de su mente el deseo de vivir en un monasterio cerrado que había tenido anteriormente. Todavía quiere viajar a Jerusalén, pero ya no para expiar los pecados, sino a convertirse en un encuentro con Cristo en los lugares donde vivió y murió, y desde allí continuar su misión con el Divino Maestro, como afirma él: «visitar lugares santos y al mismo tiempo ayudar a las almas» [cf. *Au* 45-48]³².

Vemos por la *Autobiografía* que muchas veces Ignacio ha ayudado a los pobres con un poco de dinero que tiene [cf. *Au* 50], o a través de las conversaciones con otras personas para el bien de sus almas [cf. *Au* 42]. Durante el tiempo de estudios en París,

³¹ Cf. C. DALMASES, *El Padre Maestro Ignacio, Breve biografía ignaciana*, BAC, Madrid 2006, 48.

³² Nadal dice: «A partir de esta [ilustración de Cardoner] pasó a un deseo e inclinación insaciable de ayudar al prójimo, de modo que se esforzaba no sólo en aprovecharse él mismo, sino en hacer bien a los demás». [*FN* II, 6].

Ignacio mendiga para pagar sus estudios, el alojamiento, la comida y también para ayudar a otros hermanos que están en necesidades [cf. *Au* 76-77]. Ignacio camina una larga distancia descalzo, sin comer ni beber, para visitar a un amigo español enfermo que había vivido con él y le había robado dinero, para ayudarlo a dejar el mundo y entregarse al servicio de Dios [cf. *Au* 79]. Tampoco debe olvidarse lo que hace por su pueblo en su retorno desde París [cf. *Au* 88-89].

Después de muchas persecuciones en Alcalá y Salamanca, Ignacio decidió irse a estudiar a París por la razón de que después de estudiar, puede tener buena y legítima condición para ayudar mejor a las almas [Cf. *Au* 50, 56, 73]. Allí, reúne a amigos que más tarde forman una Orden que tiene en la «misión» su el punto central. Durante la estancia en Venecia esperando ir a Jerusalén, todos se dedicaron a diferentes apostolados [cf. *Au* 92]. Su plan fallido de ir a Jerusalén resulta ser la razón por la que se vuelven en una dirección inesperada. Dios quería que volvieran a Roma, poniéndose bajo el servicio del Papa. De aquí, con la confirmación de la visión de *La Storta*³³, y en una deliberación larga y discreta³⁴, nació la Compañía de Jesús³⁵, entregados por completo al servicio de Dios y al bien de los demás.

Se puede decir que Dios usó a San Ignacio como un instrumento para infundir nueva vida al apostolado de la Iglesia. En río de Cardoner, San Ignacio fue llevado por Dios al seno de la Trinidad, otorgándole una visión sobrenatural de todo y una invitación a cooperar con Cristo en la obra de la salvación de la humanidad. Gracias a eso, Ignacio siempre es consciente de un Dios que trabaja e invita a las personas a unirse para construir juntos su Reino. El espíritu generoso de un caballero terrenal que lucha contra la injusticia y ayuda a los débiles ahora tiene el fuego de la pasión de un caballero de Cristo, luchando bajo la bandera de la cruz.

³³ *La Storta* es el nombre de una pequeña capilla situada en *Via Cassia*, a unos 15 kilómetros de Roma.

³⁴ *Deliberatio primorum patrum 1539* (pp.1-7), o *De obedientiae voto faciendo* (p.8) o *Conclusiones septem sociorum* (p.9-14) [*Monumenta Ignatiana, Constitutiones Previae* I, 1-14]. Se trata de la deliberación de los primeros padres, que se celebró el 9 de abril y terminó el 24 de junio de 1539, sobre si deberían vincularse o no, y cómo, ante la situación de que cada uno sería enviado por al Santo Padre a misiones en diferentes lugares (cf. J. CONWELL, «Deliberación 1539», en DEI I, 549-553; L. GONZALES, «La deliberación de los primeros compañeros», *Manresa* 61 (1989), 131-148.

³⁵ Fue aprobada el 27 de septiembre de 1540 por el papa Pablo III con la bula *Regimini militantis ecclesiae*.

4. La intercesión de María

A lo largo de este camino espiritual de Ignacio, no se puede no mencionar el papel importante de Nuestra Señora María³⁶. En el coloquio de la meditación de «Dos Banderas», Ignacio invita al ejercitante a pedir a la Señora por su intercesión de la gracia de ser recibido debajo de la bandera de Cristo [cf. *Ej* 147]. Esta no es producto de la rica imaginación de Ignacio, sino es la experiencia real del Santo. Durante mucho tiempo, Ignacio quiere ser servidor del Hijo, estar con el Hijo, como afirma él que después de ordenarse sacerdote, no dice misa en un año, «preparándose y rogando a la Virgen que le quisiese poner con su Hijo» [*Au* 96]. Sabemos que desde su estancia en Manresa, ya Ignacio se identificó como «el nuevo soldado de Cristo» [*Au* 21]. Pero este es sólo su deseo, y aún no le ha sucedido la confirmación de Dios. Ignacio debe esperar quince años para recibir esta confirmación de Dios a este deseo en la visión de *La Storta*. Nos cuenta la *Au* 96 que cuando estaba haciendo oración, Ignacio «sintió tal mutación en su alma y vio tan claramente que Dios Padre le ponía con Cristo, su Hijo, que no tendría ánimo para dudar de esto, sino que Dios Padre le ponía con su Hijo»³⁷. Es cierto que el deseo de estar con el Hijo para servirle se cumple a través de la intercesión de María.

De hecho, al relatar la historia de su vida y su camino de conversión a Dios, Ignacio no menciona mucho a María, pero algunos pequeños detalles en sus textos bastarán para que nosotros podamos reconocer el puesto importante de María en su corazón. En Loyola, Ignacio leyó libros espirituales con diligencia, y después escribió las palabras de María cuidadosamente con tinta azul (las palabras de Cristo con tinta roja) [cf. *Au* 11]. El primer paso en su transformación espiritual estuvo marcado por las vigili-

³⁶ Más detalles: cf. M^a C., LUCCHETTI BINGEMER, «María», en DEI II, 1195-1200.

³⁷ *FN* I, 496-498; cf. C. DE DALMASES, *Le esortazioni del P. Lainez sul «examen constitutionum»* en *AHSI* 1966 (XXXV), 132-185, *FN* II, 132-133. En el *Diario Espiritual*, el día 23 de febrero 1544, Ignacio también menciona a esta visión [*De* 67] (cf. S. THIÓ DE POL, *La Intimidad del Peregrino*, Mensajero – Sal Terrae, Bilbao 2021, 111). Además, es interesante notar que Ignacio sólo pide a la «Madre que le coloque con su Hijo», pero lo que Ignacio recibe en la visión de *La Storta* es el Padre mismo quien le coloca con el Hijo. En palabras del padre Cámara, como Ignacio «no se acordaba tan detalladamente», le dijo Ignacio que le preguntara al padre Láinez. El padre Láinez, un año después de ser elegido como sucesor de Ignacio, durante la reunión de los jesuitas en Roma para discutir sobre el Examen General y las Constituciones de la Compañía de Jesús, dijo que en *La Storta*, le parecía [a Ignacio] que Dios Padre le imprimía en el corazón estas palabras: «*Ego ero vobis Romae propitius*». En sus exhortaciones, el padre Nadal repite a veces esta frase latina (*Exortaciones* de enero de 1557 en el Colegio Romano y en sus *Annotationes* in Examen Generale, también el mismo año), pero en otras ocasiones dice que el Dios Padre le dijo a Ignacio que «*ego vobiscum ero*» (en diversas *Exfortaciones*: 1554 en España, 1561 en Coimbra, 1567 en Colonia). En la *Vita S. Ignatii* de Ribadeneria, Pedro Canisio usó la fórmula «*ego vobiscum ero*». Quizás, Canisio utilizó la fuente de Fabro que es también testigo de esta visión de Ignacio. (cf. H. ALPHONGSO, «*La Storta*», en DEI II, 1091-1100).

nocturnas ante la imagen de María: de Aránzazu [cf. *Au* 13] y de Montserrat [cf. *Au* 17-18], con las actitudes de un caballero. La *Autobiografía* nos cuenta otro detalle interesante que después de haber recibido el dinero devuelto, Ignacio gasta una parte para el uso personal, y la otra parte para reparar y decorar la imagen de Nuestra Señora que estaba en mal estado [cf. *Au* 13].

La devoción de Ignacio por María también se muestra al discutir con un moro sobre su virginidad. Esta persona creía que la Virgen podía haber concebido sin un hombre, pero que era imposible permanecer virgen después de dar a luz un niño. Ignacio hace todo lo posible, utilizando sus conocimientos, para convencer al moro y para defender a María, pero fracasa. Está tan enojado que quiere matarlo porque ha ofendido a María. Ignacio no puede aceptar que alguien se atreva a ofender a Nuestra Señora. Con esta actitud de Ignacio muestra cuánto quería a Nuestra Señora [cf. *Au* 15].

No solo Ignacio tenía devoción a María, sino que María misma concedió también muchos favores a Ignacio, y sobre todo en las apariciones, dándole una gracia. Ignacio nos cuenta que «vio claramente una imagen de nuestra Señora con el santo Niño Jesús, con cuya vista por espacio notable recibió consolación muy excesiva, y quedó con tanto asco de toda la vida pasada, y especialmente de cosas de carne, que le parecían haberse quitado del ánimo todas las especies que antes tenía en ella pintadas» [*Au* 10]³⁸. Además, al relatar las visiones que recibió en Manresa, Ignacio menciona que al «hacer las horas de Nuestra Señora» vio a Nuestra Señora con un cuerpo blanco, ni muy grande ni muy pequeño, sin partes del cuerpo discernibles [cf. *Au* 29].

En los *Ejercicios*, Ignacio invita al ejercitante no sólo hacer coloquios a Nuestra Señora, el ejercitante también está invitado a rezarle a través de una serie de misterios tanto dentro como fuera de la Biblia. Aunque María no es el centro de los *Ejercicios*, no se puede menos mencionarla. En el primer día de la contemplación de la Encarnación, María es mencionada como una persona llamada por Dios a cooperar en su plan salvífico con una actitud de «humildad» (cf. *Ej* 108). María ya no es una persona extraña, sino que se ha convertido en «nuestra Madre», a quien estamos agradecidos por su «sí» para que Dios pueda actuar su plan de salvación. Además, como María es nuestra Madre, podemos confiar en Ella y compartir con Ella todas nuestras cosas (cf. *Ej* 109). El ejercitante

³⁸ García Hernán en su libro considera que esta visión «más bien parece que fue en Aránzazu...» (cf. E. GARCIA HERNÁN, *Ignacio de Loyola*, Taurus, Madrid 2013, 115).

también contempla a María (junto a San José) en la contemplación del nacimiento, para sentir sus dificultades durante el embarazo y nacimiento del Verbo Encarnado.

En particular, el ejercitante contempla también la «aparición de Jesús resucitado a la Virgen» al comienzo de la cuarta semana de los *Ejercicios*. Esta escena no está en la Biblia, pero según Ignacio, lo suponemos con razón [cf. *Ej* 299]. El ejercitante contemplará cómo se encontraron María y Jesús resucitado para que puedan «alegrarse y gozar intensamente de tanta gloria y gozo de Cristo nuestro Señor» [*Ej* 221]. María ha estado con su hijo toda su vida, especialmente en su pasión, por eso, así como ha sufrido con Jesús, ahora también es feliz con él en su gloria.

Ignacio quiere a María no de manera sentimental, sino con una actitud de devoción profunda en el corazón. Todos los acontecimientos importantes de Ignacio se llevan a cabo en la presencia de María³⁹. No olvidemos que el ejercitante hace la oblación de mayor estima y mayor momento ante al Rey Eternal para no ser considerado un «caballero cobarde, digno ser vituperado por todo el mundo» [cf. *Ej* 94] en la presencia de la «Madre gloriosa y de todos los santos y santas de la corte celestial» [cf. *Ej* 98]. Su presencia en el momento del juramento es a la vez un testigo, pero también una garantía de ayuda, y al mismo tiempo un ejemplo. El adjetivo «gloriosa» es mencionado específicamente en «Madre gloriosa», como si aludiera a que María luchó valientemente no menos que un verdadero caballero, venció y ahora es glorificada en el Reino de los cielos, como lo prometió Jesús: «conmigo en los trabajos y en la victoria» [*Ej* 93]⁴⁰.

Además, el *Diario Espiritual* nos muestra también la experiencia de Ignacio de la intercesión de María⁴¹. Desde su propia experiencia, Ignacio invita al ejercitante a acercarse a ella para rogarle que le ponga con su Hijo y que le proteja de todas las dificultades en el camino misionero. Cree firmemente que María es un gran apoyo porque

³⁹ Ignacio celebra la primera misa en la Basílica de Santa María Mayor (Roma). Sus amigos y él hacen los últimos votos el 22 de abril de 1541 ante la imagen de Nuestra Señora en una pequeña capilla en la Basílica de San Pablo Extramuros. Después de la fundación de la Compañía de Jesús, Ignacio vive en una casa cerca de la capilla donde estaba la imagen de *La Madonna della Strada* donde sus amigos y él solían venir a orar.

⁴⁰ A partir de este sentimiento, en la fórmula de hacer votos en la Compañía de Jesús, se dice «en la presencia de la Virgen María Madre de Dios». Toda la corte celestial, especialmente la Virgen María, parece estar presente en el momento cuando el jesuita hace los votos. Es como un caballero que está haciendo su juramento ante el Rey Eternal [cf. *Co* 527, 535, 540].

⁴¹ Por ejemplo, el martes de 5 de febrero de 1544: «... ver a la Madre y al Hijo propicios para interpelar al Padre...» [*De* 1]; el día de ocho de febrero de 1544: «... queriendo esto presentar al Padre por medio y ruegos de la madre y del Hijo, y primero haciendo oración a ella por que me ayudase con su Hijo y Padre y después orando al Hijo me ayudase con su Hijo y Padre y después orando al Hijo me ayudase con el Padre en compañía de la Madre...» [*De* 8]. Véase también: *De* 15, 23, 29, 30, 31, 46...

ella misma estaba «debajo a la cruz de Jesús» (Jn 19,25). María es el modelo perfecto del discípulo que carga con la cruz hasta el final, especialmente al momento de ver con sus propios ojos la escena de su amado hijo siendo maldecido, cruelmente golpeado, ejecutado y muerto humildemente en la cruz. Por eso, para Ignacio, el papel de Nuestra Señora como intercesora es importantísimo de manera que nada ni nadie puede ser reemplazarlo.

Conclusión

La meditación de «Dos Banderas» es un ejercicio que es fruto de una experiencia mística y brota de la profundidad de su relación con Cristo, no simplemente de su «creatividad» personal. Todos los *Ejercicios Espirituales* tienen sus raíces en la propia experiencia de Ignacio, pero esto lo podemos ver más claro en el contenido de esta meditación que cualquier otro lugar. Igual que en muchas otras oraciones de los *Ejercicios Espirituales*, en esta, Ignacio usa muchas imágenes para ayudar al ejercitante a entrar paulatinamente en el contexto y saber qué pedirle a Dios para el bien de su vida espiritual. En esta meditación hay una combinación muy buena del contenido y de la manera de presentar este contenido. Esa combinación se debe a la formación de Ignacio en Arévalo, a su experiencia práctica como militar, a la influencia de la sociedad y de la cultura medieval en él, junto con los movimientos espirituales que tiene en su corazón. Se puede decir que Ignacio ha usado de manera muy interesante lo mundano para describir lo sagrado y lo visible para transmitir lo invisible.

Pero sería muy superficial si en esta meditación viéramos sólo una batalla entre Cristo y el diablo, que cualquiera puede ver fácilmente desde su propia experiencia existencial. La imagen de la «bandera de Cristo», el contenido de la doctrina sagrada, y especialmente el mismo Cristo como capitán, tienen ciertamente un trasfondo bíblico y teológico muy profundo, y al mismo tiempo muestra la urgencia y necesidad de evangelización. Hasta cierto punto, esta meditación está relacionada con todas las demás oraciones y contiene los elementos esenciales de la espiritualidad ignaciana. En los siguientes capítulos estudiaremos estos mensajes al nivel antropológico, cristológico y misionero.

CAPÍTULO 2

LOS ELEMENTOS TEOLOGICOS DE LA MEDITACIÓN DE «DOS BANDERAS»

«...Hasta el presente, por la bondad de Dios, siempre hemos estado bien, experimentando más y más cada día la verdad de aquellas palabras: como quienes nada tienen y todo lo poseen: todas las cosas, digo, que el Señor prometió dar por añadidura a cuantos buscan primero el reino de Dios y su justicia...»

[Carta a Pedro Contarini (agosto 1537); Epp I, 123- 125].

El mismo San Ignacio escribe el contenido, la forma, los pasos de seguir en la hora la oración y la gracia de pedir de la meditación de «Dos Banderas» a partir de su propia experiencia personal con el deseo de que el ejercitante pueda recibir una experiencia espiritual con Jesús al orar con este ejercicio «para que mas le ame y le siga» [Ej 104].

Sin embargo, Ignacio no lo escribe al azar y sin antecedentes. Al contrario, esta meditación se basa en las ideas de la Biblia, y nos revela una visión antropológica y cristológica. También nos muestra la identidad fundamental de los cristianos, que es responder positivamente al llamado de Dios para construir el Reino de Dios en esta tierra con Él.

I. Los aspectos antropológicos ignacianos en la meditación

1. «El hombre» en la mente de Ignacio

En la perspectiva de Ignacio, el hombre es creado para «alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor, y mediante esto, salvar su ánima» [Ej 23]⁴². Cuando dice «el hombre» en general, San Ignacio se refiere a toda humanidad, no especifica a una persona concreta. El estado de «ser creado» del hombre nos recuerda que existe por Dios y no se

⁴² Puede verse: F. J. R., PÉREZ, «Hombre», en DEI II, 942-947. Aunque no se describe explícitamente, en la mente de Ignacio, los seres humanos son creados a imagen y semejanza de Dios, según el modelo de Cristo, del amor de la Trinidad, para heredar la vida eterna. (cf. J. R. B., SAÍZ, «La antropología teológica ignaciana», en R. M. PEÓN (Dir.), *El sujeto, reflexiones para una antropología ignaciana*, Mensajero, Bilbao 2019, 31-37). Los estudiosos también han cuestionado si hay una cristología en el Principio y Fundamento, o en otras palabras, podemos interpretar a «Dios nuestro Señor» como una alusión a Cristo. Se ha sugerido que esto podría entenderse ya que, en algunos lugares de los *Ejercicios*, Ignacio ha usado «nuestro Señor» para referirse a Cristo, por ejemplo, en Ej 232 o 234 (cf. L.M. ARMENDÁRIZ, «Juntamente contemplando su vida...» La cristología de los «Ejercicios Espirituales», *Manresa* 63 (1991), 126; M. RUIZ JURADO, «Dios 'Padre Eternal' en la espiritualidad de san Ignacio», *Manresa* 72 (2000), 366; V.CODINA, «Jesucristo», en DEI II, 1074).

existe desde siempre, como Dios. Por lo tanto, el hombre tiene una relación existencial con Él. El hombre, puesto que es creado por el Creador, debe depender siempre de Él, y es incapaz de existir separado de Él. El hecho de «ser creado para...» indica el carácter auto-trascendente del hombre que siempre se abre a Dios⁴³.

El hombre debe a Dios el don de la existencia y muchos otros dones, por eso, debe siempre acudir a Él a través de los tres actos más básicos de «alabar, hacer reverencia y servir a Dios» a través de los cuales se relaciona con Dios, no porque el Creador lo necesite, sino que la alabanza, la reverencia y el servicio de Dios le ayudarán al hombre a alcanzar la salvación, es decir, el goce de la vida plena de Dios. «Alabar, hacer reverencia y servir a Dios» son expresión de una vida humilde: el hombre debe ser consciente de la necesidad de Dios en su vida y dirigir toda alabanza y honra a Él (no a sí mismo). Al mismo tiempo, esta actitud hace que el hombre crezca existencialmente, porque cuanto más se vuelve hacia Dios, más «humano» es el hombre. «Alabar, hacer reverencia y servir a Dios» también le lleva a uno hacia los demás por la solidaridad a través de actos de amor y servicio...

A primera vista, esta primera frase del «principio y fundamento» suena como una «tiranía» de parte de Dios, queriendo que el hombre dependa de Él, obligándolo a servirle. Sin embargo, este «principio y fundamento» ayuda al hombre a recordar el fin de su vida: el hombre es creado para ser feliz con Dios que es la fuente de toda bondad y lo logrará sólo cuando reconozca profundamente que Dios es su fundamento, centro y destino.

Pero, coexistiendo en el mundo no están sólo los humanos, sino también «otras creaturas»: el mundo natural, la familia, los parientes, la fama, la carrera, el dinero ... Según San Ignacio, todos ellos también son «creados», y son creados «para el hombre». Tienen la función de ayudar a los hombres a llegar al fin que acabamos de mencionar. Esto supone una armonía entre los hombres y esas realidades, porque además de servir a la vida cotidiana del hombre, también ayudan a que la existencia humana sea más hermosa y significativa. En otras palabras, deben ayudar al hombre a «alabar, hacer reverencia y servir a Dios» y a que pueda alcanzar la salvación.

⁴³ Cf. J. A. G. RODRÍGUEZ, «El hombre es creado para...». Carácter vectorial y auto-trascendente del ser humano, *Manresa* 80 (2008), 5-17. Jon Sobrino dice que aquí se trata del origen divino del hombre más que de un Dios, y propone que el esquema básico de los *Ejercicios* no es Dios de Jesús-Jesús-Dios de Jesús, sino la divinidad-Jesús-Dios de Jesús. Cf. SOBRINO, J., *El Cristo de los Ejercicios de san Ignacio*, Aquí y Ahora, Sal -Terrae, Bilbao 1990, 24.

Cada realidad, cuando es creada, tiene un fin. El fin del hombre es Dios, mientras que el de las criaturas es ayudar al hombre a volverse hacia Dios. Diferentes personas llegarán al mismo destino de diferentes maneras. Por lo tanto, las criaturas deben ser muchas porque quizás algunas cosas ayuden a una persona, pero no a otra, ayuden una vez, pero no otra. De esta riqueza de criaturas han surgido muchos problemas.

Siendo creados por Dios, a su imagen y semejanza (cf. Gen 1,26), los seres humanos tienen libertad y por tanto pueden tomar decisiones. Según Ignacio, el criterio para usar las criaturas es considerar si nos ayudan a «alabar, hacer reverencia y servir a Dios» y a obtener la salvación o no. Los seres humanos deben utilizar las criaturas de manera correcta, en el momento adecuado, en el lugar adecuado, en las circunstancias adecuadas ... Las criaturas son «neutrales» por naturaleza, pueden ser útiles o dañinas, según el usuario y las circunstancias. Cuando algo no le ayuda al hombre a «alabar, hacer reverencia y servir a Dios», debe descartarlo con una actitud definitiva, incluso lo que en el pasado, le ayudó mucho. Lo descarta, no porque sean malo, sino simplemente porque le obstaculiza o no le ayuda en este momento.

Es interesante notar que en este número 23 de los *Ejercicios*, al hablar de la indiferencia, Ignacio cambia el «hombre» por «nosotros»: por lo cual es menester hacernos indiferentes⁴⁴ a todas las cosas creadas. Es claro que la intención de Ignacio aquí no se refiere a una humanidad genérica o a los seres humanos en general, sino a «nosotros», que existimos realmente en este mundo, cuya misión es «alabar, hacer reverencia y servir a Dios» y estamos «rodeados de muchas criaturas». La libertad y autodeterminación humana muestran sus límites. El hombre no es absoluto como Dios, no puede vivir sin otras criaturas, pero también debe saber cuándo abstenerse en relación con ellas. La indiferencia que menciona San Ignacio no es una manera de ser insensible a todo. El modo de obtener la indiferencia del corazón es obtener la sabiduría divina para desear y elegir lo que más nos ayuda al fin para el que somos creados. Ignacio llama a todos afectos los que no ayudan a los hombres «afectos desordenados». Son «desordenados» no necesariamente porque sean malos, sino simplemente porque no nos ayudan en nuestro camino hacia Dios ahora, en este momento⁴⁵.

⁴⁴ Puede verse: P. EMONET, «Indiferencia», en DEI II, 1015-1021.

⁴⁵ Véase: L. M^a GARCÍA DOMÍNGUEZ, *Las afecciones desordenadas. Influxo del subconsciente en la vida espiritual*, Mensajero-Sal Terrac-UPC, España 2015 y ÍD., «Afección desordenada», en DEI I, 91-95.

Así pues, antes de entrar en la primera semana de los Ejercicios, Ignacio propone un cuadro muy hermoso de la dignidad humana y ofrece un principio de vida que si los hombres lo siguen, obtendrán de Dios la vida eterna. Ignacio no lo presenta como una oración con los pasos secuenciales como de costumbre, sino simplemente como una declaración que el ejercitante debe aceptar para poder realizar los ejercicios. Su contenido puede resultar árido, como la repetición de una catequesis y no produce el efecto de suscitar sentimientos de «reverencia y humildad» [Ej 75] como se requiere. Sin embargo, juega un papel muy importante debido a que san Ignacio lo repite con frecuencia una y otra vez de manera simplificada en otras partes del libro [Ej 46, la oración preparatoria]. San Ignacio lo llama «principio y fundamento» sin ninguna explicación, como si sirviera como el principio y fundamento de todos los ejercicios, de modo que las oraciones o instrucciones escritas después continúan desarrollándolo. Además, si lo leemos por separado, es fácil darse cuenta de que está destinado a recordar al ejercitante que, para vivir plenamente, debe basar su vida en Dios que le ha creado y es su salvación.

Desafortunadamente, esto es solo un ideal. Toda la oscura situación causada por el pecado del hombre y descrita en la primera semana muestra que el hombre no vive según este «principio y fundamento». Esta situación se describe mejor tal vez en la meditación del infierno: «las almas como en cuerpos ígneos» [Ej 66], «llantos, alaridos, voces, blasfemias contra Christo nuestro Señor y contra todos sus santos» [Ej 67]... Incluso cuando ya ha entrado en la segunda semana de los *Ejercicios*, Ignacio continúa describiendo sus consecuencias con varias imágenes: la haz y redondez de la tierra con la inmensidad del mundo, llena de gente y la gente que va al infierno [Ej 102], un mundo vasto con innumerables pueblos diferentes, inmersos en la guerra, algunos llorando, otros riendo, algunos sanos, otros enfermos, unos naciendo, otros muriendo..., la gente en tanta ceguedad y cómo mueren y descienden al infierno [Ej 106], cómo juran y blasfeman [Ej 107],... cómo herir, matar, ir al infierno [Ej 108]⁴⁶.

⁴⁶ Encontramos también en la Biblia las descripciones de la caída de la condición humana causada por el pecado. Adán y Eva, cuando quieren ser como Dios, terminan siendo expulsados del paraíso y sufriendo (cf. Jn 3, 17-19). La relación rota con Dios conduce a otras muchas rupturas. Adán culpa a Eva por haberlo seducido, incluso a Dios que le había dado la mujer. Luego viene la muerte de Abel por su hermano Cain (cf. Gen 4, 8). Incluso la relación con el mundo natural se destruye. Ahora el hombre y su esposa tienen que trabajar duro para ganarse la vida y terminarán volviéndose al polvo (cf. Jn 3, 17-19). Pablo describe así la situación de sí mismo que lo que quiere hacer, no lo hace y lo que no quiere hacer, lo hace (cf. Rm 7,7-25; Gal 5,17). Él atribuye todos los males a «la desobediencia de un sólo hombre, Adán» (cf. Rm 5, 19).

Ignacio describe el campo del enemigo como un espectáculo espantoso [Ej 140], pero de hecho, normalmente, la tentación llega al hombre en manera muy suave. El terror que evoca es para describir las consecuencias del pecado, refiriéndose al caos que surge dentro del sujeto que escoge este camino. Los humanos, por un lado, tienen gran dignidad, pero por otro lado, están siempre amenazados por el mal. Ellos están siempre entre dos líneas de fuerza. Ignacio lo describe muy bien cuando invita al ejercitante a recordar la historia en la meditación de dos banderas.

2. El hombre amenazado por el mal

Ignacio presenta la meditación de «Dos Banderas» como una batalla entre dos mundos irreconciliables, considerando que los hombres están viviendo bajo el peligro del enemigo de la natura humana y por tanto necesitan la ayuda de Dios. Aunque la humanidad ya está salvada por Cristo, hay que tomar una decisión continuamente, y la elección de una bandera para pertenecer (la de Cristo o la de Lucifer) decide su destino tanto histórico como eterno⁴⁷.

Ignacio recuerda al ejercitante que en la segunda semana, el diablo lo tentará de una forma muy sutil, no tan burda y clara como antes. Esa sofisticación proviene del hecho de que el diablo se disfrazará de ángel de luz (*sub angelo lucis* – Ej 332). El mal tomará la apariencia de algo bueno que sorprende al ejercitante con la guardia baja, llevándolo a una confusión desastrosa. El engaño iniciará como algo aparentemente muy normal y razonable. También le da al sujeto una sensación de placer, felicidad y consolación falsa. Además, lo que nos dificulta reconocerlo fácilmente es que sus efectos nocivos no aparecerán de inmediato, sino que llegarán gradualmente, después de mucho tiempo. El sujeto que está tentado se hunde cada vez más en su propia destrucción sin darse cuenta. Esto es exactamente lo que Ignacio describe sobre las tácticas del ángel malo [cf. Ej 328-336] ¿Cuál es, entonces, la sofisticación del enemigo y su camino indicado en la meditación de «Dos Banderas»?

⁴⁷ Dios le ha dado al hombre la salvación, pero esa salvación no excluye su libre elección. En efecto, hay una lucha espiritual que subyace en la dinámica de los *Ejercicios* que se puede ver también en la Biblia (cf. Gen 3,15: la hostilidad entre ti [la serpiente, el diablo] y la mujer; Dt 28; Mt 10,34 dice Jesús: «No he venido a sembrar paz, sino espada»; Lc 12,53: la división entre miembros en la familia; Ap 17-21...). El documento de *Gaudium et spes* (Concilio Vaticano II), habla también de «muchos los elementos que se combaten en el propio interior del hombre» (n.10). De hecho, la elección del hombre se hace difícil por la intervención del Maligno. En esta lucha espiritual, el principio clave para conquistar el enemigo es «hacer contra» que Ignacio ha repetido muchas veces en los *Ejercicios*. [cf. Ej 13, 97, 350...]. Más detalles: J. ROVIRA, «Las dos banderas y los dos bandos», *Manresa* 16 (1928), 329-333.

Analicemos la estrategia del diablo: de la riqueza a la vana gloria y después a la soberbia y otros vicios. Comienza con la «riqueza», «como suele, *ut in pluribus*»⁴⁸. Es claro que la riqueza tiene una apariencia muy atractiva. Todo el mundo quiere ser rico. Este es un deseo muy normal y razonable. La abundancia de dinero (o de cosas materiales en general) aseguran a la gente una vida cómoda y próspera. Le da a la persona una sensación de seguridad y un cierto de placer o consolación. Los ricos son siempre respetados. Por tanto, la riqueza a los ojos del hombre es algo bueno. El Antiguo Testamento incluso veía la riqueza como una señal de la bendición de Dios, por ejemplo, Dios promete dar muchas riquezas a Abraham y a sus descendientes (cf. Gen 13,1; 15,4-6.14...). Después de la prueba Dios aumentó al doble todas las cosas que habían sido de Job (Job 42,10) ...

Los mensajes de los evangelios advierten a los creyentes de los peligros del dinero. Nos recuerda dos ejemplos. El primer es la historia de un joven rico que fue a ver a Jesús pidiéndole que le dijera qué debía hacer para poseer la vida eterna. Pero después de escuchar la respuesta de Jesús, se marchó entristecido porque tenía muchas posesiones y no podía renunciar a ellas. El peligro no está en el dinero, sino en su apego a él, lo que le hace perder la oportunidad de ser perfecto como desea (cf. Mc 10, 17-25). Jesús también contó otra parábola sobre un hombre rico que dice a su alma: «Alma mía, tienes muchos bienes almacenados para muchos años; repósate, ven, bebe, huélgate». Pero Jesús le reprendió llamándolo «necio», porque la muerte se lo llevará todo. El dinero o la riqueza no son garantía de la salvación del hombre. Quien acumula un tesoro para sí, y no es rico para con Dios obtendrá un resultado tan triste como él. (cf. Lc 12,16-21).

Sin embargo, antes de hablar de riqueza, Ignacio menciona otro factor, que es la codicia⁴⁹. Ignacio cree que el punto de partida de todos los males que apartan a una persona del camino de la vida es la codicia de riquezas⁵⁰. De hecho, la codicia de riquezas (y no solo la riqueza) es el germen de la vana gloria, de la soberbia y de una multitud de otros vicios y, por lo tanto, la causa de la depravación humana⁵¹. Ignacio se da cuenta de que lo más profundo que arruina a una persona va más allá de tener riqueza, y es querer

⁴⁸ Según Arzubialde, esta frase significa el modo como suele actuar el enemigo en la mayoría de los casos. Esta frase la añadió San Ignacio al margen de su puño y letra. (Cf. S., ARZUBIALDE, *op.cit.*, 376).

⁴⁹ La palabra «codicia» aparece sólo una vez en los *Ejercicios* (cf. *Concordancia*, 162).

⁵⁰ Véase más: J., ROVINA, «Cómo se entiende que la primera tentación es la de codicia de riqueza», *Manresa* 14 (1928), 120-132.

⁵¹ Pablo dice lo mismo: «La codicia es la raíz de todos los males» (1Tm 6,10).

tenerla. El deseo es una energía interna que impulsa a uno hacia algo. Es muy difícil de reconocerlo porque además de ser invisible, yace en el subconsciente, y también se esconde en muchos otros deseos muy difíciles de distinguir para el sujeto. Además, el deseo de ser rico es un instinto del hombre, por eso, siempre asume que no le hará ningún daño. Por eso resulta sutil.

Aquí se plantea otro problema ¿a qué riqueza se refiere? En el texto vemos que Ignacio se habla de la «pobreza espiritual» y la «pobreza verdadera», pero no hace distinción en cuanto a la riqueza. ¿Ignacio sólo se refería a la riqueza material o se refería a otros tipos de riqueza? Muchos están de acuerdo con la idea de que Ignacio está contra el estilo de vida lujosa de la mayoría del clero de su época, una época en la que los pastores, vicarios de Cristo pobre, poseían grandes bienes⁵². Además, la inclinación a tener renta fija con motivo de las necesidades apostólicas también hizo que Ignacio pasara mucho tiempo discerniendo y decidiendo a favor de un estilo de vida pobre en la Compañía de Jesús⁵³. No decimos que esta idea sea incorrecta. Sin embargo, al poner en relieve la «codicia», se ve que Ignacio afirma una vez más que el diablo ataca a todos, no sólo a los ricos que poseen mucho dinero, porque todos tienen en el corazón el deseo de poseer.

Además de la riqueza, que es muy atractiva, Ignacio también se refiere a menudo a «un puesto o algún tipo de privilegio» [Ej 16] como un tipo de riqueza que mucha gente busca. En la *Autobiografía*, encontramos que Ignacio también alude vagamente a otro tipo de riqueza, lo que le lleva a ser tan tentado por la vana gloria que tarda años en erradicar. Ignacio cuenta que durante una grave enfermedad en Manresa se le ocurrió la idea de que era justo. Este pensamiento le hizo sentir más cansado que la fiebre. Para vencer esta tentación pedía a las mujeres que venían a visitarle que gritaran a grandes voces que él era un pecador [Au 32]. Quizás esto sucedió después de pasar por muchas experiencias espirituales oscuras. Su «riqueza» actual no era el dinero, sino las experiencias de Dios que había experimentado.

⁵² En cuanto a las situaciones sociales y eclesiásticas de la época de Ignacio, se puede consultar: L. ANN HOMZA, «The religious milieu of the young Ignatius», en TH. WORCESTER (ed.), *The Cambridge companion to the Jesuits*, Cambridge University Press, Cambridge 2008, 14.

⁵³ Ignacio dedicó 40 días (desde 2 de febrero hasta 12 de marzo de 1544) para discernir sobre la pobreza de la Compañía de Jesús, es decir, si Compañía debía tener la renta fija o no. Cf. S. THIÓ DE POL, *op.cit.*, 29-36.

Así pues, al analizar el punto de partida de las tácticas del enemigo (la codicia de riqueza), Ignacio muestra su sutileza y el horizonte amplio de su actividad, como ha descrito en los *Ejercicios*: no dexando provincias, lugares, estados, ni personas algunas en particular [Ej 141]. Desde la codicia de riqueza, es conducido a poseer muchas cosas (tanto de cosas visibles – el dinero, las posesiones, como de cosas invisibles – la posición social, el conocimiento intelectual, incluso las experiencias divinas), y después de haber tenido todo esto, «más fácilmente venga a vano honor del mundo, y después a crecida soberbia y a todos los otros vicios» [Ej 142].

Así pues, según la lógica de Ignacio, la riqueza conduce a una persona a la «vana gloria». En los Evangelios, vemos que muchas veces Jesús critica muy fuerte a los escribas que les encanta «pasearse con amplio ropaje y que les hagan reverencias en las plazas, buscan los asientos de honor en las sinagogas y los primeros puestos en los banquetes ...» (Mc 12, 38-40) porque están buscando la vana gloria. En su experiencia, Ignacio no tuvo mucha dificultad para luchar contra la tentación del dinero, pero habló con el padre Cámara que la batalla contra la vana gloria le llevó dos años⁵⁴. Para Ignacio, sólo Dios merece la alabanza y la reverencia, es decir, la gloria [cf. Ej 23]. Sólo la gloria que viene de Dios es «verdadera», de lo contrario, es «vana»⁵⁵. La verdadera gloria va acompañada de la alegría y la resurrección [cf. Ej 78], que uno adquiere sólo después de trabajar con Cristo [cf. Ej 95], mientras que la vana gloria es la «gloria *prophana et mundana*» [Epp I, 81], «el vano honor del mundo» [Au 1] y no es nada.

El objetivo del enemigo después de muchos intentos de seducir a la persona es alejarle gradualmente de Dios, convertirle en una persona independiente de Dios, incapaz de hacer todo lo que quiera, incluso obtener la consolación [cf. Ej 322], mientras que, para Ignacio, todo viene de Dios [cf. Ej 234-237]. Este es el significado de la «soberbia». Gaston Fessard describe esta condición como una afirmación de «no-ser» del yo⁵⁶. La esencia del «ser» humano está en su relación con el Creador⁵⁷; salir de la relación existencial con Dios es perder la propia existencia. La independencia de Dios no lleva a la libertad, sino que destruye al sujeto, no sólo de los humanos sino también de todas las demás criaturas.

⁵⁴ Prólogo de Cámara de la *Autobiografía* de San Ignacio, 1.

⁵⁵ Cf. N. MARTÍNEZ-GAYOL, «Vanagloria», en DEI II, 1749-1754.

⁵⁶ Cf. G. FESSARD, *La dialéctica de los ejercicios espirituales de san Ignacio de Loyola*, Mensajero-Sal Terrae, Bilbao, 2010, 59-66.

⁵⁷ Hec 17,28: «Porqué en él, vivimos y nos movemos y somos».

Lo más difícil para descubrir el engaño del enemigo es que la riqueza, la vana gloria y la soberbia no aparecerán al exterior como son; a veces se disfrazan con imágenes muy diferentes que confunden al sujeto. Por ejemplo, la crecida soberbia puede disfrazarse con una apariencia exterior de humildad. Sin duda, tendrá consecuencias nocivas, pero no se sabe cuándo. Por eso Ignacio aconseja al ejercitante que observe constantemente el discurso de los pensamientos [cf. *Ej* 333], y cuando se hayan descubierto rastros del enemigo de natura humana, hay que «mirar luego en el discurso de los buenos pensamientos que le truxo, y el principio dellos, y cómo poco a poco procuró hacerla descender de la suavidad y gozo spiritual en que estaba, hasta traerla a su intención depravada; para que con la tal experiencia conocida y notada, se guarde para adelante de sus acostumbrados engaños» [*Ej* 334]. Ignacio señala que la estrategia del enemigo es atraer al sujeto lentamente desde lo que «parece muy razonable» hacia un final muy desastroso.

Ignacio continúa describiendo las sutilezas de la tentación del enemigo. La palabra «después» (en «después a crecida soberbia») es una palabra muy vaga porque no dice cuándo⁵⁸. Puede ser tarde o temprano, pero sucederá en un momento del futuro. Debido a que no se percata inmediatamente de su peligro, el sujeto suele perder la vigilancia y descuidar la precaución. Además, hay dos puntos que nos llaman la atención en cuanto a los «otros vicios» como consecuencia final de la táctica del enemigo [cf. *Ej* 142] que Ignacio menciona. En primer lugar, Ignacio usa el plural: no es un vicio, sino muchos. La segunda es que el término «otros» no especifica qué vicios son, sólo nos informa que había un vicio anterior (o muchos vicios anteriores) y ahora hay «otros» más. Tener muchas cosas malas y no nombrarlas correctamente pueden resultar confuso. Dejar la consecuencia sin concretar enfatiza aún más el peligro del enemigo hasta el punto de que nadie puede saber hasta dónde irá si cae en su trampa. Sabemos que no es un final feliz, pero no tenemos ninguna idea de cuánto daño causará.

3. Los seres humanos bajo la mirada misericordiosa y salvadora de Dios

Durante la primera semana, se invita al ejercitante a considerar el pecado [cf. *Ej* 45], comenzando con el pecado de los ángeles [cf. *Ej* 50], el pecado de Adán y Eva [cf. *Ej* 51], el pecado particular de cada uno [cf. *Ej* 52] y los pecados en sí mismo [cf. *Ej* 56]. Para

⁵⁸ Es interesante notar que en *Ej* 322, al dar las razones de la desolación espiritual, en la tercera razón, «gloria vana» parece tener el mismo sentido de «soberbia».

ayudar a esta consideración, Ignacio ha propuesto muchos métodos como «ver con la vista de la imaginación considerar mi ánima ser encarcerada en este cuerpo corruptible y todo el compósito en este valle como desterrado entre brutos animales» [Ej 47], o «advertir luego a lo que voy a contemplar en el primer ejercicio de la media noche, trayéndome en confusión de mis tantos pecados... » [Ej 74], o «voy atado como en cadenas a parecer delante del sumo Juez eterno, trayendo en exemplo cómo los encarcerados y encadenados...» [Ej 75]... Lo que Ignacio pretende es ayudar al ejercitante, a través de estas meditaciones, a sentir la maldad del pecado, para que, aborreciéndolo, se enmiende y se ordene, y aparte de sí las cosas mundanas y vanas [cf. Ej 63]. Pero lo más profundo es para experimentar el grande amor que Dios tiene por él, movido por las «comparaciones»⁵⁹ o mediante su coloquio delante de Cristo crucificado por él [cf. Ej 53], o por la meditación del infierno⁶⁰ [cf. Ej 71].

Pero Ignacio es muy práctico y sabio. Sabe que aunque el ejercitante ya ha empezado a ser curado por el amor de Dios al final de la primera semana, el mal todavía está allí sobre la faz de la tierra para atraerlo al pecado una y otra vez en el futuro. Además, todavía hay muchas otras personas en el mundo que viven engañadas por el enemigo. Por lo tanto, es necesario conocer la raíz del mal para prevenirlo, eliminarlo, y alcanzar la salvación de Dios. Mientras los hombres son incapaces de salvarse a sí mismos, Dios vuelve a mostrar su misericordia cuando decide: «Hagamos redención del género humano» [Ej 107]. Cristo Salvador es la fuente de la salvación para los hombres, porque Él es el Camino, la Verdad y la Vida (cf. Jn 14,6). Es él quien revela al hombre el camino de la salvación que Ignacio, desde su experiencia personal, expresó en la «doctrina sagrada» de las «Dos Banderas» para ayudar al hombre a reconocer los engaños del enemigo para evitarlos, y al mismo tiempo conocer la vida verdadera.

El nuevo «principio y fundamento» es presentado implícitamente en el ejercicio del «llamamiento» a través del significado profundo de «estar conmigo» del Rey eterno [cf. Ej 93-95], que es muy diferente del antiguo «principio y fundamento» [Ej 23] que no parece tener ninguna interacción viva de una relación mutua. En la segunda semana, Ignacio describe a Dios (los Tres Personas Divinas) mirando la tierra y tomando la

⁵⁹ Comparación de muchos pecados míos con solo uno de los Ángeles, de Adán y Eva o de otra persona [Ej 50-52], diferencias entre nosotros y Dios [Ej 59]...

⁶⁰ Véase: J. GIMÉNEZ MELIÁ, «Proponer la meditación del infierno [Ej 65-71]», *Manresa* 92 (2020), 87-90.

decisión de entrar en la historia humana, comenzando con el evento de la encarnación [cf. *Ej* 101-109]. A través de la contemplación de los acontecimientos de la vida del Verbo Encarnado, el ejercitante escuchará con mayor claridad su llamada. Contemplar estos misterios junto con el «sacar provecho» ciertamente proporcionará al ejercitante gracias que le ayudarán a mejorar sus vidas.

Pero la dinámica de la segunda semana no se para sólo en la perfección personal, sino que tiene como objetivo ayudar al ejercitante a generar un deseo de identificarse con Cristo, que se expresa en el tercer grado de humildad. Si el antiguo «principio y fundamento» [*Ej* 23] invita al ejercitante a la indiferencia (que no es fácil de lograr) para elegir sólo lo que le ayude a llegar al fin por el que es creado, aquí se le muestra el camino para llegar allí: ser pobre y humillado como Cristo. En otras palabras, identificarse con Cristo es lograr el fin de su existencia y esta es la mejor manera de alabar, hacer reverencia y servir a Dios. El «llamamiento del Rey Eternal» menciona el seguimiento de Cristo como la respuesta a la pregunta del ejercitante en el n° 53 de los Ejercicios «qué debo hacer por Cristo», la meditación de «Dos Banderas» explica más claramente cómo sigue uno a este Rey, como dice Jon Sobrino: «las dos banderas explican el contenido de ese seguimiento»⁶¹.

La meditación de «Dos Banderas» resume todo este contenido cuando describe la escena en la que Cristo envió a sus discípulos, apóstoles, amigos y siervos a todas partes para proclamar Su santa doctrina, para invitar a la gente a estar debajo de Su bandera. Sabemos que lo que ellos predicán es sin duda la Palabra de Dios. Así, el contenido de la «doctrina sagrada» de la que habla Ignacio no es más que un «compendio» de todo el contenido del Evangelio. En otras palabras, el camino de Cristo de pobreza-humillación-humildad es como un evangelio resumido desde la perspectiva de Ignacio. Sin embargo, la salvación no viene de una doctrina o de un método, aunque sea espiritual, sino que viene de Dios, a través de Cristo en el Espíritu Santo. Por tanto, predicar la santa doctrina para la salvación del hombre no es más que el anuncio de Cristo mismo y de su Reino que se manifiesta en la pobreza, la humillación, la humildad y todas las demás virtudes que se resumen en esa doctrina sagrada.

Ignacio invita al ejercitante a pedir a Nuestra Señora, al Hijo y al Padre que le den la gracia de ser recibido debajo de la bandera de su Hijo, primero en suma pobreza

⁶¹ J. SOBRINO, *op.cit.*, 12.

espiritual, y si Dios quiere, elegir y recibir, en pobreza actual y en pasar oprobios e injurias [Ej 147]. Vemos un cierto cambio en el contenido de la petición en el coloquio de la meditación. Al comienzo de este ejercicio, Ignacio enfatiza el don del conocimiento para guardarse de los engaños del enemigo y conocer la vida verdadera de Cristo para le imitar [cf. Ej 139]. Al final del ejercicio, la gracia sugerida por Ignacio se transforma en: ser recibido debajo de la bandera del Hijo y Señor [cf. Ej 147]. Por un lado, aclara el significado de la palabra «imitar a Cristo», no sólo siguiendo exteriormente⁶² lo que Cristo hizo (lo cual es imposible ya que Cristo y nosotros vivimos en dos épocas con contextos diferentes), sino que indica también en qué punto el ejercitante está llamado a imitar a Cristo «más»: en pasar «oprobios e injurias» [Ej 147: «por más en ellas le imitar»]. Pero más notable es que debajo de estas ideas subyacen un paso del «conocimiento» a «estar con Cristo», es decir, de la mente al corazón, desde el nivel racional al nivel afectivo. Estar bajo la bandera de Cristo es identificarse con Él, es la manera más perfecta de seguimiento e imitación.

Esto implica la adhesión con Cristo y el hecho que el ejercitante ya ha conocido y superado a los engaños del enemigo, enfatizando aún más la visión antropológica de Ignacio: el ser humano perfecto y completo se encuentra en la persona de Jesucristo⁶³. Aquí se está formado una nueva relación entre Dios y el hombre: el hombre no sólo es salvado por Dios, sino que también está llamado a cooperar con Él en su plan de salvación de toda humanidad (a «quien quisiere» [Ej 93]).

II. El enfoque cristológico de la meditación

1. La imagen de Cristo en la segunda semana

La imagen de Cristo que aparece por primera vez en los *Ejercicios Espirituales* es la de «Cristo nuestro Señor delante de nosotros y puesto en cruz». El ejercitante está llamado a ponerse ante esta imagen, reconociendo a Cristo como el «Creador» que se ha hecho hombre por mí, es decir, ha querido pasar «de vida eterna a muerte temporal y así a morir por mis pecados» [Ej 53]. El Dios de «la alabanza, la reverencia y gloria» del que se habla en el «fundamento y principio» [Ej 23] se identifica aquí con el Cristo que murió en la cruz humillante, por «amor a mí», un pecador. Por un lado, el ejercitante, a través de esa

⁶² Ignacio menciona la palabra «imitar» al comienzo de la *Au* (imitar a los santos en *Au* 9: «Y aquí se le ofrecían los deseos de imitar los santos»). La intención de Ignacio en aquel momento es imitar lo que han hecho los santos externamente: penitencia, ayuno... Entonces, el significado de la imitación es todavía muy superficial.

⁶³ Ef 4,13: «... a un hombre perfecto, a la medida de la edad de la plenitud de Cristo».

imaginación, experimenta los efectos dañinos de sus pecados, y por otro -y más importante- siente el gran amor de Dios por él, cuando en lugar de recibir la alabanza de que es digno como Creador, recibe desprecio y muerte. Al mirar a Cristo, el ejercitante se mira a sí mismo y se pregunta qué ha hecho por Cristo, qué hace por Cristo y qué debe hacer por Cristo. En las oraciones siguientes, especialmente en el coloquio, Cristo aparece como el dador o intercesor ante el Padre de la gracia necesaria al ejercitante [Ej 63]. Con todos estos detalles, se puede decir que en la primera semana Cristo aparece como el Salvador, protagonista del dogma cristológico y soteriológico.

Ignacio describe a Jesús como un Rey en el ejercicio del «llamamiento del Rey Eternal» que desempeña el papel y la función como la transición de la primera semana a la segunda semana. Este es, sin duda, fruto de la formación cortesana de Ignacio. Ignacio invita al ejercitante a contemplar a un rey en la tierra para poder contemplar fácilmente al Rey Eternal, Jesucristo, que es un Rey que lleva dentro de su corazón el deseo de «conquistar toda la tierra de infieles» [Ej 93] o «todo el mundo y todos los enemigos, y así entrar en la gloria de mi Padre» [Ej 95]. De ahí viene la invitación a quienes «quieran» a trabajar con él, porque siguiéndole en la pena, también le sigan en la gloria [Ej 95]. Ignacio invita al ejercitante a pedir la gracia «para que no sea sordo a su llamamiento, mas presto y diligente para cumplir su sanctísima voluntad» [Ej 91], para no «ser vituperado por todo el mundo y tenido por perverso caballero» [Ej 94]. Esta imagen del rey se repite en la meditación de «Dos Banderas», con un deseo similar: querer a todos debaxo de su bandera [Ej 137]. Y para ello, «escoge tantas personas, apóstoles, discípulos... y los envía por todo el mundo, esparciendo su sagrada doctrina por todos estados y condiciones de personas» [Ej 145]. Podríamos decir que en el conjunto de los *Ejercicios Espirituales* sólo aquí Ignacio habla explícitamente de la misión.

Esta misión tiene su raíz en la voluntad de la Trinidad que quiere salvar al mundo sumido en el pecado y la muerte⁶⁴ y desde su eternidad, decide que «la segunda persona se haga hombre para salvar el género humano» [Ej 102]⁶⁵. El ejercitante está llamado a contemplar la Encarnación, no apoyándose sobre las reflexiones teológicas, sino contemplando la mirada amorosa de la Trinidad hacia la humanidad en general y hacia él

⁶⁴ Ex 3,7-10: «Bien vista tengo la aflcción de mi pueblo en Egipto y he escuchado su clamor [...]. He bajado para liberarle [...] Ahora, pues, ve, yo te envío a Faraón para que saques a mi pueblo».

⁶⁵ Ga 4,4-5: «Al llegar plenitud de los tiempos, envío Dios a su Hijo, nacido de mujer».

mismo en particular. Esa mirada trinitaria «de arriba»⁶⁶ expresa plenamente su esencia, así como el propósito de la Palabra cuando viene a este mundo, perfectamente manifestado en el nombre que tomó para sí mismo: Jesús - Dios salva. Ignacio quiere que el ejercitante no mire el mundo con sus viejos ojos, sino que de la forma como Dios mira, con los ojos de Dios, y desde allí, tener los mismos «sentimientos del Señor» (cf. Fil 2,5).

Cabe señalar que en la segunda semana, Ignacio ayuda al ejercitante a formarse una imagen de Cristo a partir de los misterios históricos de su vida. Jon Sobrino observa que «para hacer viva la figura de Cristo en los *Ejercicios*, san Ignacio no comienza, como podría haber hecho, por los dogmas conciliares sobre Cristo. Tampoco se concentra en la cristología de Pablo o de Juan, por ejemplo, donde aparece una reflexión teológica y, por lo tanto, posterior a los mismos hechos de Jesús»⁶⁷. De hecho, Ignacio es fiel a lo que escribe en la anotación 2 de los *Ejercicios*, que el director «debe narrar fielmente la historia de la tal contemplación o meditación». Quizás Ignacio quiere que el ejercitante entre en contacto directo con el mismo Jesús histórico, no a través de una reflexión teológica. Ignacio busca la comunicación inmediata entre Dios y el hombre [cf. *Ej* 15], y para eso, nada es más útil que dejar que el ejercitante contemple, «tomando el fundamento verdadero de la historia, discurriendo y raciocinando por sí mismo y hallando alguna cosa que haga un poco más declarar o sentir la historia, quier por la raciocinación propia, quier sea en cuanto el entendimiento es iluminado por la virtud divina, es de más gusto y fruto spiritual» [*Ej* 2].

Busca al Jesús histórico -Dios hecho hombre y Rey- como punto de referencia para la dinámica de la segunda semana en particular y las semanas siguientes de los *Ejercicios Espirituales* en general, quizás para que el ejercitante tenga una imagen de

⁶⁶ La mirada de la Trinidad se expresa como la mirada «de arriba» que Ignacio menciona muchas veces. En efecto, al describir la manera en que Cristo habita en la Eucaristía, Ignacio habla de «algunos rayos de luz de arriba» que obtuvo a través del «ojo del corazón» [*Au* 29]. Esta experiencia «de arriba» también es enfatizada en otros lugares por Ignacio. Por ejemplo, en los *Ej* 184, al instruir cómo hacer elección, Ignacio recuerda a los ejercitantes de acordarse que «el amor que me mueve y me hace elegir algo debe venir de arriba, por amor a Dios Señor...» En el cuarto punto de «Contemplación par alcanzar amor» [*Ej* 237], San Ignacio invita también a los ejercitantes a «mirar cómo todos los bienes y dones descienden de arriba...» Esta consideración se sitúa en el contexto de la oración, una contemplación a través de la cual el ejercitante sentirá el amor de Dios para él. Además, en cuanto a distribuir limosnas, Ignacio también dice que «el amor que me mueve y me hace dar la limosna, descienda de arriba...» [*Ej* 338]. En particular, al escribir sobre cómo se conserva y aumenta la Orden [parte X de las *Constituciones*], Ignacio recordó a los jesuitas que «la Orden no se ha instituido con medios humanos... sino con la mano omnipotente de Cristo Dios...» [*Co* 812]. Con esto afirma que la Orden ha nacido «de arriba», no viene «de la tierra». (cf. H. ALPHONGSO, «Jesuit Constitutions: Aim and Recapitulation (Part X)», en S.ABRIL (ed.), *The Constitutions of the Society of Jesus, Incorporation of a Spirit*, Anand Press, India 1993, 388-389).

⁶⁷ Cf. J. SOBRINO, *op. cit.*, 11.

Jesús lo más auténtica posible sin irse demasiado lejos en sus sentimientos espirituales subjetivos cuando contempla la serie de misterios de Jesús presentados más tarde. Todos los métodos de oración, los materiales proporcionados, la estructura de la hora de oración, la composición de lugar... están orientados a tener un conocimiento interno de Jesús «que por mí se ha hecho hombre para que más le ame y le siga» [Ej 104] e «imitarlo» [Ej 109].

No debemos olvidar que el fin de los *Ejercicios* es «preparar y disponer el ánimo para quitar de sí todas las afecciones desordenadas y, después de quitadas, para buscar y hallar la voluntad divina en la disposición de su vida para la salud del ánimo» [Ej 1]. Y para poder hacer esto, el ejercitante necesita un modelo que es el mismo Jesucristo. A través de la contemplación de los misterios de su vida terrena, el ejercitante sabe qué es el apego desordenado, cómo deshacerse de ellos, cómo encontrar y hacer la voluntad de Dios en su vida. Así pues, cuanto más se sumerge uno en los misterios de la vida de Cristo, más se acerca a Él, ganando conocimiento para guardarse de los engaños del enemigo y vivir de acuerdo con lo que Dios quiere de él, es decir, llegar al fin para que es creado, por que «la vida de Jesús es la que puede y debe renovar la existencia cristiana»⁶⁸.

Además, el Jesús que el ejercitante está llamado a seguir es el Jesús con la misión de salvar al mundo. No lleva a cabo esta responsabilidad solo, sino que invita a la gente a cooperar con él. La culminación de Su obra salvadora está en su muerte y resurrección. Pero antes de llegar a ese punto, quiere enseñar a la gente su «doctrina sagrada», que es su Evangelio, a construir el Reino de Dios. Como queda dicho antes, desde su propia experiencia, Ignacio resume la doctrina de Jesús con el camino que lleva a la humildad y otras virtudes adquiridas a través de la humillación y la pobreza. Ignacio también esboza una imagen de Jesús que «predica en las sinagogas, villas y castillos» [Ej 91], que «trabaja en el día y vigilar en la noche» [Ej 93], que trabaja y sigue a Jesús en la pena [Ej 95]. El Jesús histórico aparece no sólo como un modelo de comportamiento (como un sabio que tiene pensamientos sabios sobre la vida), sino como Dios hecho hombre, por lo tanto, una relación íntima con Él («conmigo») en todas las circunstancias, especialmente en los momentos difíciles, y de esa manera, salvar su alma [Ej 23]. Jesús no es solamente un sabio que muestra a la gente el camino, sino que Él mismo es el Camino (cf. Ga 14,6).

⁶⁸ Cf. J. SOBRINO, *op. cit.*, 12.

2. El camino salvador de Cristo

Ignacio invita al ejercitante a considerar cómo «el Señor de todo el mundo escoge tantas personas, apóstoles, discípulos... y los envía por todo el mundo, esparciendo su sagrada doctrina por todos los estados y condiciones de personas» [Ej 145]. La similitud entre el campo de Cristo y el de Lucifer es que ambos tienen subordinados trabajando para ellos y el ámbito de actividad es «todo el mundo», sin excluir ningún lugar ni persona.

La diferencia radica en el contenido de la doctrina: si la estrategia de Lucifer es «la codicia de riqueza - vano honor - la soberbia y otros vicios», la de Cristo es «la pobreza - el deseo de menosprecios - la humildad y otras virtudes». De un vistazo, podemos ver fácilmente que esta doctrina de Cristo, más que una «teoría», es su forma de vida, es decir, no son unos valores de fuera que Jesús se aplica a sí mismo, sino que son los valores extraídos de él mismo.

a. El Cristo, Dios desprendido de sí mismo

Como queda dicho antes, a partir de la segunda semana, Ignacio invita al ejercitante a contemplar los misterios del Jesús histórico, desde su nacimiento hasta su entrada en la pasión (la tercera semana) y la resurrección (la cuarta semana). Sin embargo, la sucesión de esos misterios está marcada por la meditación de «Dos Banderas», con el «preámbulo para considerar estados» [Ej 135] y el proceso de elección al final de la segunda semana [Ej 169-189]. Así pues, la historia de la vida de Jesús en la segunda semana se puede dividir en dos períodos: el primer período va desde el momento de su nacimiento hasta su ida al templo a la edad de doce años (Lc 2,42.43b.46.48. 49b; Ej 272), es decir, su vida oculta; y la segunda etapa es Su vida pública.

En el primer período, los misterios sobre los que Ignacio invita al ejercitante a rezar tienen un hilo conductor que es la abnegación de Dios. A partir de la decisión trinitaria desde la eternidad de salvar al mundo, el Verbo se encarnó en el seno de «nuestra Señora humillándose y haciendo gracias a la divina Majestad» [Ej 108]. Aunque ha estado en Jerusalén y ha visto allí con sus propios ojos los lugares sagrados, Ignacio no describe el escenario como es en realidad, sino que deja que el ejercitante haga «la composición viendo el lugar» por sí mismo, con su imaginación: «considerando la longura, la anchura, y si llano o si por valles o cuevas sea el tal camino ... cuán grande, cuán pequeño, cuán bajo, cuán alto, cómo estaba aparejado» [Ej 112].

Ignacio usa muchas palabras e imágenes que muestran la abnegación de Dios, por ejemplo: el lugar o espelunca⁶⁹ del nacimiento [Ej 112], en particular, el Señor es nacido «en suma pobreza, y al cabo de tantos trabajos de hambre, de sed, de calor y de frío, de injurias y afrentas, para morir en cruz, y todo esto por mí» [Ej 116]. Otros misterios que Ignacio quiere que contemple el ejercitante (la presentación en el templo, la huida a Egipto como en destierro, el Niño Jesús era obediente a sus padres en Nazaret⁷⁰ y éstos le hallaron en el templo) también se refieren a la abnegación del Hijo de Dios hecho hombre.

Este abajamiento de Dios Ignacio lo expresa concreta y explícitamente en «el sermón que Cristo nuestro Señor hace a todos sus siervos y amigos» [Ej 146]. La imagen de «esta jornada de misión» nos recuerda muchos pasajes del Nuevo Testamento, por ejemplo, la escena del sermón en la montaña (cf. Mt 5) o el envío de los discípulos a evangelizar (cf. Mt 10), o el mandamiento antes de ascender al cielo de predicar el Evangelio en todo el mundo (cf. Mt 28, 16-20). En cuanto al contenido, vemos muy claramente que el énfasis del sermón está en la pobreza del que Ignacio se ha inspirado probablemente al contemplar a Jesús en el Evangelio. Según Ignacio, este es el punto de partida del camino de la salvación.

b. El contenido de la sagrada doctrina de Cristo

Los siervos y amigos enviados por Cristo deben esforzarse por ayudar a otros «primero a summa pobreza espiritual, y si su divina majestad fuere servida y los quisiere elegir, no menos a la pobreza actual» [Ej 146]. Ignacio distingue entre «pobreza espiritual» y «pobreza actual». La petición de la gracia para vivir «la pobreza actual» va con la condición «si su divina majestad fuere servida y los quisiere elegir» que Ignacio vuelve a enfatizar en el coloquio y agrega la palabra «recibir» [«me quisiere elegir y rescibir» - Ej 147]. Esta condición nos da la impresión de que la «pobreza real» es más valiosa y depende de si Dios la desea del ejercitante o no. «La pobreza actual» perfecciona la «pobreza espiritual» y la convierte en la pobreza verdadera. Ignacio invita al ejercitante a vivir la pobreza espiritual, y en cuanto a la pobreza actual la vive sólo cuando Dios quiere. Esto refuerza la idea de que Ignacio no se opone al dinero o a la riqueza material

⁶⁹ «Espelunca» significa «cueva, gruta, concavidad tenebrosa» (cf. REAL ACADEMICA ESPAÑOLA, *Diccionario de la lengua española*, Vigésima segunda edición, Spain 2021.) Ignacio tachó la palabra «diuersorio» y escribió al margen «el lugar o espelunca del nacimiento». (cf. S. ARZUBIALDE, *op.cit.*, 313).

⁷⁰ Las palabras de Nathanael «¿De Nazaret puede salir algo de bueno?» (Jn 1,46) muestra la pequeñez y humildad de Dios hecho hombre.

como si fuera algo malo, sino que la renuncia del dinero y la decisión de vivir la pobreza es en realidad una elección voluntariamente hecha en respuesta a la voluntad de Dios.

La segunda meta a la que los siervos y amigos del Señor ayudan a traer a la gente es el «deseo de oprobrios y menosprecios». Aquí hay algunas cosas que vale la pena señalar. Primero, aunque el «deseo de oprobrios y menosprecios» es clasificado como el segundo escalón contra el honor mundano, pero no se describe como una consecuencia necesaria de la pobreza, mientras que, en la táctica del enemigo, la codicia de riquezas es «más fácilmente vengan a vano honor del mundo», como si el vano honor fuera la consecuencia de la codicia de riquezas. En segundo lugar, se menciona la «codicia» (de riquezas) en la táctica del enemigo, mientras que, en el camino de Cristo se trata del «deseo» (de oprobrios y menosprecios). Este deseo proviene del ejercitante, es decir, es el ejercitante el que lo desea. No es la consecuencia de algo mencionado antes. Además, al decir que «porque destas dos cosas se sigue la humildad» y «destos tres escalones induzgan a todas las otras virtudes», san Ignacio sitúa la pobreza, el oprobio y la humildad como tres escalones, y su intención es mostrar el contraste entre las tácticas de Cristo y las de Satanás⁷¹.

Si Satanás lleva al hombre a la destrucción, el camino de nuestro Señor lo lleva a la vida consolidada por la humildad y todas las otras virtudes, cuya naturaleza es separarse por completo de los apegos al mundo material y fijarse sólo en Dios. Para Ignacio, la pobreza es el primer y fundamental paso para que una persona alcance la perfección, es decir, ser como Cristo, porque Jesús -Dios hecho hombre- al manifestarse, se muestra como un pobre. Ignacio invita al ejercitante a ser consciente de su propia pequeñez, porque «qué tienes que no hayas recibido?» (1Cor 4,7).

No es demasiado difícil comprender la importancia de la pobreza en la vida espiritual, pero es probable que el deseo de oprobrios o menosprecios plantee la pregunta de si se puede interpretar como una especie de desprecio por el cuerpo. Ignacio no niega la divina dignidad de la persona humana y es fundamental que la persona humana sea respetada⁷². El significado del «deseo de ser humillado y despreciado» sólo puede

⁷¹ La intención de Ignacio es muy similar a la del abad benedictino del monasterio de S.Blas en la Selva Negra que habla del «pobre, humilde y paciente» (cf. S. ARZUBIALDE, *op.cit.*, 315).

⁷² En las *Constituciones*, Ignacio da mucha importancia a la dignidad del jesuita, incluso cuando este jesuita comete una culpa grave: *Co* 270: en las correcciones, se sigue una orden y siempre deben hacerse con «amor», o *Co* 758, el oficio de Rector de Colegios y Universidades o superiores locales es de tres años, «con los que no se nostrasen idóneos, se gana en quitarlos sin nota...», o *Co* 785: cuando se

entenderse correctamente en el contexto del deseo de ser conforme a Cristo. De hecho, en el coloquio, Ignacio habla de «pasar oprobios e injurias» como una forma de «más imitar a Cristo» y «sólo que las pueda pasar sin pecado de ninguna persona ni displacer de su divina Majestad» [Ej 147]. Este deseo, por lo tanto, proviene de un impulso interior de querer ser como Cristo, que sufrió muchos insultos, especialmente durante su pasión. Jesús tampoco buscó activamente la humillación como si esto tuviera un valor en sí mismo, pero la aceptó voluntariamente como consecuencia de su amor por la humanidad. Lo mismo sucede al discípulo de Jesús.

En cuanto a la humildad, Ignacio redacta un ejercicio propio para el ejercitante, en el que menciona de tres grados de humildad, de los cuales el tercero se considera «mayor y mejor» [Ej 168]. Va más allá de la indiferencia del «Principio y Fundamento» [Ej 23] y del tercer binario [cf. Ej 155] que se limita a «no querer aquello ni otra cosa ninguna». Cuando la humildad está en su cumbre, el hombre se ve deseoso de hacerse semejante a Cristo, eligiendo los valores de Cristo: pobreza con Cristo, oprobios con Cristo y ser estimado por vano y loco por Cristo [cf. Ej 167]. Mientras estaba convaleciente en Loyola, Ignacio leyó el libro que cuenta la vida de los santos y «cuando se acordaba de alguna penitencia que hicieron los santos, se proponía hacer la misma y aún más... no mirando a cosa ninguna interior, ni sabiendo qué cosa era humildad...» [Au 14]. Estas palabras de Ignacio son como la confesión de su orgullo espiritual ya que quiere competir con los santos en la penitencia, lo cual no es humildad.

Cuando ya está avanzado en la vida espiritual, tampoco Ignacio nos propone ninguna definición de la humildad, sino que la pone al final de un largo camino. La humildad no es separada de otras cosas, sino es el resultado de la pobreza y la humillación como Cristo. Se trata más de un proceso que una cosa estática. Observa Jon Sobrino: «Le interesa mucho no tanto el fin del proceso de llegar a la humildad o a la soberbia, sino los pasos de ese proceso. Con esto supera toda concepción idealista del seguimiento, como si el estado de humildad se pudiese conseguir a base de actos intencionales de humildad; es decir, reacciona contra una espiritualidad de la «buena voluntad» o de la «pureza de intención», historizando y concretando el proceso que debe conducir a ese estado»⁷³.

determinare de deponerle [el Preósito General], aún se debe tratar con él secretamente que él mismo deponga su oficio, porque esto se pueda publicar y ocultar su pecado y deposición por él...

⁷³ J. SOBRINO, *op.cit.*, 19.

También se ve esta humildad al contemplar el lugar dónde se pone el Cristo nuestro Señor: un gran campo de aquella región de Hierusalén en lugar humilde, hermoso y gracioso [Ej 144]. Con este detalle, Ignacio muestra que el ejemplo perfecto de humildad es el mismo Cristo pobre y humillado, y al mismo tiempo, esto es muy deseable, porque es «hermoso y gracioso». Sin embargo, Ignacio también es consciente de que para alcanzar esa humildad hay que atravesar un largo camino de purificación en la pobreza y la humillación que asustan a mucha gente y no se atreven a elegir.

c. Jesús y las paradojas de su Evangelio

El camino «pobreza - oprobios - humildad» muestra claramente la paradoja del plan de salvación de Dios, que podemos ver con tanta claridad en la vida y enseñanzas de Jesús en el Evangelio. El camino de Dios es abajamiento como dice san Paolo: «Jesús, a pesar de su condición divina, no hizo alarde de su categoría de Dios, al contrario, se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho a semejanza de los hombres» (Fil 2,6-7). Además, las enseñanzas de Jesús son como una inversión de valores, aparentemente paradójicas, pero en realidad contienen verdades profundas.

¿Quién es el mayor de todos? Jesús responde que el mayor es el que se hace menor para servir a sus hermanos; la persona más grande es la que se humilla, haciéndose el más pequeño (cf. Lc 9,46-48; 22,26). Jesús mismo es el ejemplo cuando sirve a los discípulos como un esclavo abajándose a lavar sus pies en la última cena (cf. Jn 13)⁷⁴. ¿Cómo obtener la verdadera vida? Jesús responde que primero deben estar dispuestos a perderla por el bien del Evangelio, es decir, hacer sacrificios voluntariamente para dar testimonio de un valor mayor (cf. Mt 10,39). Los ricos no pueden entrar en el Reino de Dios, porque el Reino de los Cielos es para quienes se atreven a vender todo lo que tienen, dárselo a los pobres y luego seguir a Jesús. Porque cuando lo pierden, lo obtienen (cf. Mt 19,23-26). En la perspectiva de Jesús, el bienaventurado no es el que tiene mucho dinero, el que se ríe y se divierte, el que obtiene fama y fortuna, sino que son los pobres, los que lloran, los que sufren, los perseguidos por su nombre, porque es Dios quien los compensará por las pérdidas que están sufriendo habiendo puesto su confianza de Dios (cf. Mt 5,1-12; Lc 6,20-23). El último se hará primero y el primero será el último (cf. Lc 13,30) ...

⁷⁴ Vemos la «inversión» en la relación entre Dios y el hombre: en lugar de que el hombre tenga que alabar, honrar y servir a Dios [Ej 23] (y se niega a hacerlo cuando comete muchos pecados), ahora es Dios mismo quien sirve al hombre.

Jesús también narra muchas parábolas para revelar estas «paradojas». Dice que la piedra rechazada por el constructor se convierte en la piedra angular (cf. Mt 21,42). Lo que el mundo desprecia tiene valor a los ojos de Dios. Las dos monedillas de la viuda no son nada a los ojos de los hombres, pero valen mucho para Jesús (cf. Mt 21,1-4). Él compara el Reino de los Cielos con una pequeña semilla de mostaza, que todos desprecian, pero luego se convierte en un gran árbol donde las aves del cielo pueden venir y vivir (cf. Mt 13,31-32). La persona justa no es alguien que ora durante muchas horas, da mucho dinero a la iglesia y luego se cree santo ante Dios, sino es el que está detrás, en un rincón oscuro, llorando y golpeándose el pecho arrepentido, suplicando a Dios que le otorgue su misericordia (cf. Lc 18,9-14). La enseñanza de Jesús parece ser una inversión de las percepciones humanas: el sí se vuelve no, el no se vuelve sí, lo grande se vuelve pequeño, lo pequeño grande, el que está delante se queda atrás, el último el primero...

No es fácil entender los caminos de Dios, porque a veces sucede que hay cosas que aparentemente se ven como buenas, pero a los ojos de los hombres, y no lo son a los ojos de Dios, como en la experiencia de Pedro (cf. Mc 8, 33). Pablo también advierte a los corintios sobre la sabiduría de la cruz, que para mucha gente es un escándalo. Según Paolo, «la insensatez de Dios es más sabia que los hombres, y lo flaco de Dios es Más fuerte que los hombres» (1Cor 1,25). La sagrada doctrina de Cristo que Ignacio esboza en la meditación de «Dos Banderas» está inspirada en el estilo de vida y enseñanzas de Cristo. Su énfasis consiste en invitar a las personas a separarse de todas las posesiones del mundo, a renunciar a todo y a confiar sólo en Dios. Este es el verdadero significado de la «humildad y otras virtudes».

3. El Cristo como modelo de la elección

La elección es uno de los temas principales en la segunda semana de los *Ejercicios*. Además de las instrucciones muy claras que Ignacio propone al final de esta semana [*Ej* 170-188], también ofrece un preámbulo para considerar estados [*Ej* 135] y el preámbulo para hacer elección [*Ej* 169] como preparación para el proceso de elección. Ofrece también una pauta «para enmendar y reformar la propia vida y estado» [*Ej* 189], como una orientación para la renovación de la propia vida. En ella afirma que una persona «tanto se aprovechará en todas cosas espirituales, cuanto saliere de su propio amor, querer e interés» [*Ej* 189].

Pero para poder hacer una buena elección, el ejercitante no puede simplemente aplicar estas pautas una a la vez, por separado. Si fuera así, entonces los ejercicios que el ejercitante ha hecho desde el inicio hasta ahora (e incluso en la tercer y cuarta semana) serían inútiles. En el preámbulo [*Ej* 135], después de mostrar la transición de la vida de Jesús de «custodiar de los mandamientos» (la obediencia a sus padres) a la perfección evangélica o, dicho en otras palabras, al puro servicio del Padre eterno, Ignacio afirma que el ejercitante necesita «investigar y demandar» a Dios para saber «en qué vida o estado se quiere servir de nosotros su divina majestad», y el ejercitante lo hace contemplando la vida de Jesús. Así pues, para Ignacio, contemplar los misterios de la vida histórica de Jesús ayudará al ejercitante a conocer lo que Dios quiere sobre su vida o estado. Más concretamente, Ignacio invita al ejercitante a hacer la meditación de «Dos Banderas» para conocer «la intención de Cristo nuestro Señor y, por el contrario, del enemigo de natura humana». Así, podríamos decir que al mostrar los dos caminos (de Dios y de Satanás) y el proceso que conduce a las consecuencias de cada camino, Ignacio apunta a la raíz del problema, que el ejercitante tiene en cuenta para elegir.

En la mente de Ignacio, para poder hacer bien la elección y para que el ejercitante se acerque a la vera doctrina de Cristo, sería de gran ayuda considerar las tres maneras de humildad [*Ej* 164]. Esto significa que sin haber profundizado en el camino de abajamiento del Señor (expresado en términos de humildad) y sin tomarlo como un principio, es difícil o incluso imposible que la elección logre el resultado correcto y deseable. El Santo repite lo mismo recordando al ejercitante que tenga simplicidad de intención, «solamente mirando para lo que soy criado es a saber, para alabanza de Dios nuestro Señor y salvación de mi ánima» [*Ej* 169; cf. *Ej* 177, 179, 180, 183, 189]. Dicho esto, conocer y embeberse del camino de la «pobreza - menosprecios - humildad» de Cristo es sumamente importante para el proceso de elección del ejercitante, porque sabemos que Cristo mismo vivió estos valores para alabar, hacer reverencia y servir a Dios en la manera más perfecta. Cristo no escogió una vida de autodestrucción, sino que siempre ofreció todas las cosas al Padre y el Padre se complació siempre en él⁷⁵.

Muchos han usado las tentaciones de Jesús en el desierto como un ejemplo de la elección que Ignacio invita al ejercitante a contemplar el sexto día [*Ej* 161], usando el pasaje del Evangelio de Mateo [*Ej* 274]. Sin embargo, Javier Melloni sugiere que el orden

⁷⁵ Una voz de los cielos que decía: «Éste es mi Hijo amado, en el quien me complazco.» (Mt 3,17). Una voz de la nube que dijo: «Éste es mi Hijo amado, en quien me complazco» (Mt 17,5).

de las tres tentaciones en el Evangelio de Lucas [cf. Lc 4,13] correspondería mejor a los tres escalones en la meditación de «Dos Banderas», donde «la primera tentación es la de convertir las piedras en pan, es decir, la codicia de riquezas; la segunda, el dominio de todos los reinos del mundo, que corresponde al vano honor del mundo; y la tercera, la auto-glorificación que alude a la crecida soberbia»⁷⁶. Arzubialde está de acuerdo en que hay algunas similitudes entre las tácticas del diablo en la meditación de «Dos Banderas» y las tres tentaciones de Jesús en el desierto (por ejemplo, en ambas, se trata de elegir entre dos caminos que llevan al sujeto a dos fines diferentes) pero al mismo tiempo dice que «es preciso confesar que, si bien el intento sigue siendo válido en lo fundamental, no conviene proceder apresuradamente en esta interpretación, por tratarse de puntos de vista desemejantes»⁷⁷.

De todos modos, vemos en Jesús un buen ejemplo de la elección (en contraste con la elección de Adán y Eva). Jesús reconoce fácilmente y claramente las trampas de las tentaciones de Satanás y siempre sigue el camino correcto de Dios, renunciando a obtener beneficios materiales, rechazando la gloria mundana y adorando sólo a Dios. Ignacio no se refiere, en la meditación de «Dos Banderas», a un caso concreto, sino que nos da un principio, ya que aunque nuestros problemas sean diferentes, debido a las distintas circunstancias, a su propia situación y problemas particulares, la elección «sana y buena» debe ser siempre «como Jesús» o «con él» [cf. *Ej* 93]⁷⁸, que constantemente elige no buscar nada para sí mismo, ni el honor de este mundo, sino la gloria de Dios. Y además, en el caso de «igual alabanza y gloria de la divina majestad» [*Ej* 167], se recomienda encarecidamente la elección de ser como Cristo pobre, humillado y loco porque es la elección del amor que responde al Amor⁷⁹.

Al describir el camino de Cristo Rey, Ignacio enfatiza la conflictividad entre los tres escalones de Satanás y de Cristo («el primero, pobreza contra riqueza; el segundo, oprobrio o menosprecio contra el honor mundano; el tercero, humildad contra la soberbia»). Esto significa que el sujeto puede hacer una elección y esa elección excluye al mismo tiempo la otra⁸⁰. Dice Jon Sobrino: «Entre las dos banderas no existe, según

⁷⁶ J.MELLONI, *La Mistagogía de los ejercicios*, Mensajero-Sal Terrae, Bilbao 2020, 182.

⁷⁷ S. ARZUBIALDE, *op.cit.*, 395-396.

⁷⁸ Cf. J. SOBRINO, *op.cit.*, 16.

⁷⁹ Si comparamos los tres escalones en *Ej* 146 y *Ej* 167, resulta que «humildad y otras virtudes» no son otra cosa que «ser estimado por vano y loco por Christo» y no «sabio ni prudente en este mundo».

⁸⁰ Lc 16,13: «Ningún siervo puede servir a dos señores, porque, o aborrecerá al uno, y amará al otro, o se allegará al uno, y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios, y a las riquezas».

san Ignacio, una relación de complementariedad, como si se pudiesen usar elementos de ambos bandos. Tampoco existe una relación dialéctica, como si de la negación y superación de un elemento surgiese necesariamente, quedando recuperado y sublimado, el otro»⁸¹. Sin embargo, el problema es que muchas veces el sujeto no sabe distinguir entre el camino de Dios y el de Satanás porque a veces sus apariencias son muy similares. Por eso Ignacio invita al ejercitante a pedir la gracia del conocimiento.

Para reconocer la táctica del enemigo, el ejercitante pide el conocimiento para poder guardarse de sus engaños. Pero en relación a la táctica de Cristo, el ejercitante no solo pide conocimiento para conocer la vida verdadera, es decir, el camino de la humildad comenzando con la pobreza, sino también la gracia (la fuerza) para poder imitarle, es decir, vivir su vida de la misma manera que Cristo humilde [cf. *Ej* 139]. Recordemos que cuando todavía estaba en Loyola, Ignacio quería imitar a los santos; ahora se da cuenta de que no son los santos, sino Cristo a quien debemos imitar porque Él es nuestro modelo de vida y también de cada elección cotidiana.

III. La actualidad de la meditación

1. El carácter de «misión» de la meditación

Sería una omisión enorme si al reflexionar sobre los «Dos Banderas», no tratáramos del tema de la «misión», porque, si estamos de acuerdo en que la misión de Cristo de salvar al mundo consiste en construir el Reino de Dios en este mundo («venga a nosotros tu reino») y que invita a muchos a colaborar con Él para realizar este plan divino, entonces en ningún lugar de los *Ejercicios Espirituales* es más evidente esta intención que en la meditación de «Dos Banderas». Esta meditación sirve para coronar las contemplaciones de los misterios de la vida oculta de Jesús y abrir una nueva etapa en la que el ejercitante comienza a contemplar los misterios de su vida pública, cuyo foco es el anuncio del misterio del Reino.

Repasando las gracias que Ignacio invita al ejercitante a pedir durante las oraciones desde el inicio de la segunda semana hasta ahora, vemos que todas giran en torno a la persona y misión de Jesús. El enfoque de la petición en el «llamamiento del Rey Eterno» es cumplir su santísima voluntad [*Ej* 91] que es «de conquistar toda la tierra de infieles» [*Ej* 93], es decir, realizar la misión. La gracia principal de la segunda semana [cf. *Ej* 104] es el «conocimiento interno para que más le ame y le siga»; la palabra «siga»

⁸¹ J. SOBRINO, *op.cit.*, 17-18.

se refiere, por supuesto, a la vida y el camino de misión de Jesús. En el coloquio de la meditación de «Dos Banderas», Ignacio invita al ejercitante a pedir la «gracia de su hijo y Señor, para que sea recibido debaxo de su bandera» [Ej 147]; recordamos que el lugar «debaxo de bandera del Señor» es para los «apóstoles, discípulos, siervos y amigos ...», los que son enviados por el Cristo «por todo el mundo para predicar su sagrada doctrina a todos estados y condiciones de personas» [Ej 145, 146].

Así pues, a través de lo descrito, vemos que la escena de la meditación de «Dos Banderas» no es estática, sino movida, donde tanto Cristo como sus súbditos están muy preocupados por difundir el Evangelio. El discípulo está llamado no sólo a perfeccionarse en virtud (pobre, humillado, menosprecio...), sino también a identificarse totalmente con Jesús, es decir, asumiendo sobre sí mismo Sus preocupaciones, deseos y sentimientos por el mundo entero. En otras palabras, deben unirse a Él en la realización de la misión que el Padre le ha encomendado para construir el Reino, como observa Arzubialde: «Ignacio formula concisamente este contenido doctrinal no de modo teórico, sino práctico, proponiéndole al que se ejercita el sermón que el Señor dirige a todos sus siervos y amigos que a tal jornada envía: el contenido *kerygmático* de la misión»⁸².

Este carácter misionero ayuda a explicar toda la intención teológica mencionada anteriormente y la dinámica del resto de la segunda semana en particular y de todo el proceso de los *Ejercicios* en general. En efecto, se puede ver este ejercicio como una descripción de una lucha espiritual en la que el sujeto debe elegir entre dos caminos, o como una guía moral hacia una buena conducta, pero todo ello apunta a la perspectiva de que todos pertenecerán a Cristo, a «recapitular en Cristo todas las cosas del cielo y de la tierra» (Ef 1,10). Además, el contenido del coloquio también nos llama la atención. Pedir por parte del ejercitante estar bajo la bandera de Cristo demuestra que todavía no está allí y si algún día es aceptado bajo la bandera de Cristo pobre, humillado, esta admisión también vendrá con el hecho de que será enviado a atraer a la gente para Cristo. Ignacio, en su presentación de la doctrina de Cristo y de Satanás, destaca deliberadamente el contraste, pero no describe un enfrentamiento directo entre los dos. La tarea de los siervos de Cristo no es confrontar a los de Satanás, sino tratar de atraer a Cristo a la mayor cantidad posible de personas. Claramente, este «ser enviado» de Cristo constituye la esencia de la misión que Ignacio se inspira en el Evangelio.

⁸² S., ARZUBIALDE, *op.cit.*, 323.

2. El Reino de Dios

Generalmente, pensamos en el Reino de Dios como un paraíso con todas las bellezas imaginables, donde podemos vivir una vida tranquila sin dolor, preocupaciones ni lágrimas ... El Reino de Dios sería como un lugar o estado donde gozamos de una felicidad plena. En el Reino de Dios no hay conflictos ni guerras. La gente se comporta amigablemente y con amor. El Reino de Dios es un estado ideal en el que todos queremos entrar y quedarnos allí para siempre. Este Reino de Dios es fruto del esfuerzo de los seres humanos por llevar adelante una vida buena, libre y justa. El Reino de Dios es la esperanza de liberarnos de todo dolor y trabajo. Por desgracia, parece ser que este Reino de Dios todavía no es posible en este mundo donde estamos ahora.

A la luz del Antiguo Testamento concebimos la idea de «reino» o «reinado de Dios» (1Cró 28,5; 2Cró 13,8 y se refiere a Yahveh como un Rey (cf. Sal 22,29; 145,1-13; Dan 3,33; 1Cró 17,14 y 29,11). La idea del Reino de Dios podría provenir de los problemas de la monarquía política en Israel (1 Sam 8; 12) que menciona el Pentateuco en Éx 15,18 y Núm 23,21; o también puede provenir del deseo de ganar las constantes guerras contra los pueblos vecinos⁸³.

En la época de Jesús, los fariseos imaginaban el Reino de Dios como el cumplimiento de la Torá. Otros le atribuyeron un significado político, es decir, la liberación de la esclavitud romana: llegaría un rey con sus tropas y armas para expulsar a todos los soldados extranjeros y devolver a los judíos una tierra «abundante de miel y leche» como Dios le había prometido a Abrahán y a su posteridad. Para el nacionalismo judío, el Reino de Dios es la restauración del reino de David⁸⁴. Según la experiencia del pasado, la gente quiere que Dios sea su Rey. Los judíos esperaban una figura que viniera de Dios para establecer un nuevo país y un mundo en el que el poder del mal ya no existiera. Para ellos el Reino de Dios era como un mundo utópico.

Después de muchos años de la vida oculta Jesús comienza su misión pública con la predicación: «El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca, convertíos y creed en el Evangelio» (Mc 1,15). Afirma venir a anunciar la buena noticia del Reino de Dios y envía discípulos a las ciudades y aldeas para hacer el mismo anuncio (cf. Lc 4,43;

⁸³ Para más informaciones, véase: M-T, WACKER, «Reino de Dios», en P. EICHER (Dir.), *Diccionario de Conceptos Teológicos*, tomo II, Barcelona, Herder 1990, 346-348.

⁸⁴ Cf. G. DE ROSA, *Gesù di Nazaret, la Vita, il Messaggio, il Mistero*, Elledici, Torino 1996, 84.

Lc 8,1). No explica qué es el Reino de Dios ni cuándo viene, sino que en sus enseñanzas sólo revela cómo es el Reino de Dios a través de varias parábolas, porque no es un territorio geográfico ni una cosa concreta que se ve o se toca físicamente. Sin embargo, sabemos que el Reino de Dios tiene que ver con el Evangelio (lo que enseña con palabras) y los milagros (lo que hace con su poder divino)⁸⁵. Estas dos cosas van juntas y no deben separarse. Cuando Jesús predica el Reino, al mismo tiempo llama a otros a creer en el Evangelio y también hace milagros para curar «toda enfermedad y toda la dolencia en el pueblo» (Mt 4,23). El Reino de Dios, por tanto, es un reino en el que la buena noticia es reconocida y vivida en la liberación del poder del mal.

El Reino de Dios que anuncia Jesús es un Reino donde Dios es el Señor y el centro de nuestra vida. Dios lo gobierna con amor, no con la fuerza de las armas. «El Reino de Dios está cerca» significa que Dios está cerca⁸⁶ y que se expresan diciendo «los ciegos recobran la vista, los cojos andan, los leprosos se purifican, los sordos oyen, los muertos resucitan, la buena nueva se anuncia a los pobres» (Lc 7, 22). El Reino de Dios para Jesús es un reino en el que todos podemos llamar a Dios «Padre» y vivir en una familia con abundancia de gracia. De hecho, en Dt 32.6 y Sir 51.10, Dios es llamado «Padre», pero en el sentido de Creador que ha creado todo en el universo. La novedad más extraordinaria de la palabra «Padre» de Jesús es que Dios es mi *Abba* - expresión de profunda intimidad y de una absoluta confianza impensable en el ambiente religioso de la época⁸⁷. Dios es un Padre que siempre cuida a sus hijos. Por lo tanto, los niños no necesitan preocuparse por su vida, lo que comerán o beberán, porque el Padre Celestial sabe que lo necesitan y se lo dará (cf. Mt 6,31-33).

El Reino de Dios ya ha llegado, pero todavía no plenamente, como podemos ver en las revelaciones bíblicas. De hecho, los Evangelistas, especialmente Mateo, «mantiene en toda su tensión esa coexistencia del ‘ya’ y del ‘todavía no’ para la comunidad de los creyentes en Cristo»⁸⁸. Mientras los judíos esperaban la venida del Reino de Dios en el

⁸⁵ Cf. W. KASPER, *Gesù il Cristo*, Queriniana, Brescia 2013, 115. En su libro, Kasper argumenta que Jesús no solo predica sino que también hace. Quiere decir, primero, que Jesús no solo es un excelente predicador, y segundo, que, como la consecuencia de lo primero, lo que hace Jesús tiene que ver con lo que predica. Sus palabras y sus acciones (hacer milagros) están íntimamente y recíprocamente ligadas, es decir, su acción realiza su palabra. Según Kasper, los milagros que Jesús realiza tienen un gran significado, ayudándonos a comprender el mensaje de Jesús en su predicación: el Reino de Dios. Los milagros son manifestación de la venida del Reino de Dios.

⁸⁶ Cf. W. KASPER, *op.cit.*, 102.

⁸⁷ Cf. *op.cit.*, 90.

⁸⁸ M-T., WACKER, *op.cit.*, 351.

futuro, Jesús afirmó que el Reino de Dios ya había llegado «entre nosotros» (cf. Lc 17,20-21). En otra ocasión, cuando algunos no creyeron en el poder de Dios en Jesús, diciendo que él había usado el poder del diablo para echar fuera demonios, Jesús les dijo: «Si yo echo fuera demonios por el Espíritu de Dios, entonces el Reino de Dios ha llegado a vosotros» (Mt 12,28, Lc 11,20). Aquellos que ven a Jesús son bendecidos porque pueden experimentar lo que muchos profetas y reyes habían deseado experimentar, pero no habían podido. Jesús afirmaba que todo lo que decía la Escritura se realizaba en él (cf. Lc 4,21). Por eso, el Reino de Dios estaba escondido en Él, que es la salvación del hombre (cf. Lc 2, 30) y ya había llegado.

Sin embargo, en sus enseñanzas, Jesús a veces dice que el Reino de Dios está «cerca». Esta palabra suscita en nosotros el sentimiento de que el Reino de Dios aún no ha llegado. En Mt 16,28, Jesús dice que hay algunos entre los presentes que no morirán antes de haber visto al Hijo del Hombre venir en su Reino. Esta idea también da lugar a la idea de que el Reino de Dios vendrá al final de los tiempos. En la oración del «Padre Nuestro», Jesús nos enseña a orar para que el Reino del Padre venga a este mundo (cf. Mt 6,10). El Reino de Dios parece ser un señorío escatológico de Dios que vendrá al final de la historia⁸⁹, entonces, aún no ha llegado.

Entonces, el Reino de Dios ya ha llegado con la venida de Jesús, pero parece que ese Reino todavía no se realiza en su plenitud en este mundo. Con la decisión de «hagamos la redención del género humano» [Ej 107], Jesús vino y plantó una semilla del Reino en el mundo que está creciendo hacia su perfección. La semilla del Reino se mezcla con la mala hierba del «enemigo» (Mt 13,24-43). Para hacer crecer la semilla, Dios necesita que los hombres que «no sean sordos a su llamamiento, mas prestos y diligentes para cumplir su santísima voluntad» [Ej 91] para trabajar con Jesús esparciendo su sagrada doctrina.

3. El Reino de Dios y la meditación de «Dos Banderas»

Releyendo las revelaciones de Cristo sobre el Reino y el contenido de la meditación de «Dos Banderas», encontramos muchas similitudes. En primer lugar, ambas hablan de la coexistencia de dos fuerzas. El Reino «se parece a un hombre que sembró buena semilla en su campo, pero, mientras los sembradores dormían, un enemigo fue y sembró cizaña en medio del trigo y se marchó» (Mt 13,24). En este campo, las buenas semillas de Dios

⁸⁹ Cf. M. FRANZ, *Il Messaggio delle Parabole di Gesù*, Queriniana, Brescia 1971, 24.

están amenazadas con las cizañas del enemigo, y están continuamente amenazadas hasta la siega.

El campo humilde y gracioso de Cristo también nos recuerda la imagen del Reino de Dios como «un grano de mostaza que uno toma y siembra en su campo, aunque es la Más pequeña de las semillas, cuando crece es Más alta que las hortalizas» (Mt 13,31-32), o como «la levadura que una mujer amasa con tres medidas de harina, hasta que todo fermenta» (Mt 13,33). Estas imágenes se refieren a la humildad, siendo pequeñas, pero por dentro tienen un gran poder.

Hemos dicho que el camino del enemigo conduce a la independencia o autosuficiencia, a la separación de Dios, y al contrario, el camino de Cristo lleva al hombre a confiar sólo en Dios, obteniendo de Él una nueva vida. En efecto, Jesús también enseña que sólo se puede ver el Reino de Dios por la gracia del Espíritu Santo, naciendo de arriba (cf. Jn 3,3-5), no por las propias fuerzas. Porque «nadie ha subido al cielo sino el que bajó del cielo, el hijo del hombre» (Jn 3, 13), por tanto, nadie puede entrar en el Reino de Dios sino por Cristo. Del mismo modo, nadie puede llevar a cabo la misión del Reino por sí solo, sino que debe trabajar con Cristo. Se trata de una relación fundamental de uno con Cristo tanto en la vida como en el desempeño de la misión.

El Reino de Dios es como un banquete de boda (cf. Mt 22,2), pero la alegría de esta fiesta depende mucho de la actitud de los invitados. Esta imagen evoca la elección del sujeto mencionada en la meditación de «Dos Banderas». O disfrutará del banquete con «terneros y reses cebadas» si elige el camino correcto (la imagen de llevar el vestido de boda), o será atado de pies y manos y arrojado fuera, a las tinieblas, donde habrá llanto y el rechinar de dientes si rehúsa el camino de Dios. La dimensión escatológica del Reino está también aquí presente cuando se trata de la posibilidad del hombre de decir libremente «no» a la invitación de Dios y sus consecuencias. Como consecuencia de una elección incorrecta uno puede ser tirado como hace el pescador con los peces malos (cf. Mt 13,48), o ser llamado para ajustar cuentas con el dueño y ser «entregado a los verdugos hasta que pague toda la deuda» (Mt 18,23-34). Por tanto, hay que ser vigilantes como las vírgenes prudentes con las lámparas encendidas (cf. Lc 25,1).

El Reino de Dios es para el que hace la voluntad de Dios (cf. Mt 7,21), y su voluntad es que «no pierda nadie de los que me han sido dado [a Jesús], sino que los resucite en el último día» y «todo el que vea al Hijo y crea en él tenga vida eterna» (Jn

6,39-40). Esas palabras de Jesús nos recuerdan de lo que Ignacio expresa en el «llamamiento del Rey»: «Mi voluntad es de conquistar toda la tierra de infieles; por tanto, quien quisiere venir conmigo, ha de ser contento de comer como yo, y así de beber y vestir, etc.; asimismo ha de trabajar conmigo en el día y vigilar en la noche...; porque así después tenga parte conmigo en la victoria, como la ha tenido en los trabajos.» [Ej 93]. Esta voluntad salvadora está ciertamente expresada en el envío de Jesús a sus discípulos a predicar su sagrada doctrina para que la gente se salve creyendo en Jesús y en su camino.

Más clara es la afirmación de Jesús de que el Reino de Dios es de los pobres (cf. Mt 5,3), como queda dicho antes. Al enseñarlo, Jesús no promueve la pobreza social, sino que quiere que el hombre tenga un corazón libre, desprendiéndose de todas las cosas que no le ayudan a llegar a Dios. Los pobres son los que no tienen muchos en sus manos, por lo tanto, se sienten débiles y siempre miran a Dios, poniéndose en manos de su Providencia. Son humildes, pequeños como los niños a los que pertenece al Reino de Dios (cf. Mc 10,14-15). La riqueza es lo que quiere el hombre, pero a veces se convierte en un obstáculo. Por esta razón, Jesús pide a la gente que para entrar al Reino de Dios (cf. Mt 5,20) vivan mejor que los escribas hipócritas y los fariseos que son ricos de dinero y de poder.

Para poder vivir los valores del Evangelio o el camino humilde de Dios, hay que sacrificar muchas cosas. Este sacrificio va acompañado de la alegría cuando se encuentra el valor supremo del Reino de Dios como un «tesoro escondido en el campo» o como una «perla preciosa», por la cual uno está dispuesto a vender todas las posesiones para comprarlo (cf. Mt 13,44-46). Es ciertamente digno del Reino el que tiene la humildad y otras virtudes. Son las personas que pueden producir frutos del Reino de Dios (cf. Mt 21,43), que no escandalizan a nadie (cf. Mc 9,42-48), observan bien la ley (cf. Mt 5,19) sobre todo la ley de la caridad, es decir, amar y ayudar a los demás, especialmente a los más necesitados (cf. Mt 25,31-46). Son las personas que viven en la «justicia, paz y alegría en el Espíritu Santo» que es el Reino de Dios (Rm 14,17).

Ya hemos hablado de la correspondencia entre las tácticas del enemigo en la meditación de «Dos Banderas» y las tres tentaciones de Jesús en el desierto. Viendo en el contexto del relato de las tres tentaciones como una transición entre la confirmación de la Trinidad en el bautismo y la vida pública, muchos teólogos argumentan que en el relato de las tres tentaciones no se trata sólo de una elección moral, sino de una revelación de la

forma en que Jesús va a llevar a cabo su misión, es decir, del camino que Jesús elegirá para construir el Reino de Dios con las características que acabamos de mencionar. Por ejemplo, Víctor Codina afirma que «en las tentaciones de Jesús no se oponen directamente Dios y Satanás, sino dos mesianismos, dos estilos de misión»⁹⁰. Reflexionando sobre los dos caminos presentados en la meditación de «Dos Banderas», Jon Sobrino también expresa su opinión, que el camino de «pobreza-humillación-humildad» nos muestra la forma para la construcción del Reino, que se basa en el amor y sacrificio, y no en la riqueza y el poder⁹¹. Así, este camino del amor sacrificado no es meramente una virtud de la perfección personal, sino algo más, es también la clave principal para comprender todas las actividades de Cristo en el Evangelio, así como las contemplaciones que hará el ejercitante a partir de ahora.

El Reino de Amor de Dios se realiza mediante la muerte de Jesús en la cruz. Es Jesús quien la aceptó voluntariamente. En Cristo colgado en la cruz se contempla el rostro de Dios y se comprende mejor su amor por los hombres. La muerte de Jesús en la cruz cristalizó todas sus enseñanzas sobre el amor, mostrando que el amor más grande es dar la vida por los amigos (cf. Jn 15,13). Jesús murió mostrando una imagen del Reino de Dios, que se asemeja a un grano, que un hombre tomó y sembró en su campo y al morir produce mucho fruto (cf. Mt 13,31; Ga 12,24). En la cruz, el amor de Dios por los hombres se expresa en su cúspide y la realidad del Reino de Dios se revela en todo su esplendor. En la pasión y muerte de Jesús destacan la petición de perdón, el perdón y la promesa al ladrón a la derecha de Jesús, el acto de entrega total y de gran confianza en el Padre. Jesús se ofrece así mismo como un sacrificio perfecto para pedir a Dios Padre la gracia del perdón para toda la humanidad. Así pues, el gran amor de Dios expresado en aquel momento marca el final de la ley y de la muerte, y al mismo tiempo ayuda a los seres humanos a gustar ese amor y a entrar en el Reino de Dios. De hecho, la salvación se hace realidad cuando el hombre, sintiendo el amor y el perdón de Dios, no le tiene miedo ni se esconde como Adán y su esposa (cf. Gn 3,10), sino que se deja transformar por la misericordia de Dios.

Además, el Reino de Dios no es un Reino de muerte, sino de vida. Jesús, personificación del Reino de Dios, no concluye su misión con su terrible muerte en la cruz, sino que ha resucitado y continúa viviendo una vida totalmente diferente a la que

⁹⁰ V. CODINA, *op.cit.*, 7.

⁹¹ Cf. J. SOBRINO, *op.cit.*, 18.

tenía antes. Él es el primero que ha vencido a la muerte, dándonos con su resurrección una gran esperanza, porque nos ayuda a creer que ya ha llegado el Reino de la vida nueva. La humanidad, y Jesús es el primero que ha entrado en este Reino. En Jesús, el Reino de Dios, el Reino del amor, de la vida y de la victoria no está lejos, sino que ya ha llegado a este mundo. Este es «la vida verdadera», gracia que Ignacio invita pedir conocer al ejercitante a al inicio de la meditación [Ej 139].

4. Desde un Cristo pobre al servicio a los pobres

En su artículo, Jon Sobrino critica la absolutización de los *Ejercicios* de parte de mucha gente, afirmando que hay cosas que san Ignacio «no dice»⁹². Según el teólogo, en los *Ejercicios*, Ignacio trata el tema de la pobreza en relación con el Jesús pobre y humilde, pero «enfoca la pobreza más como un bien (una virtud central evangélica) que como un mal (la realidad social de los injustamente empobrecidos)»⁹³, y «parece que la prioridad recae más sobre el Jesús pobre que sobre los pobres reales»⁹⁴. El llamamiento del Rey Eternal a «conquistar toda la tierra de infieles» [Ej 93] parece concentrarse más en la transformación del individuo que de la sociedad donde hay muchos pobres⁹⁵. Es verdad que en la meditación de «Dos Banderas», Ignacio no alude a los pobres sociológicos. La preocupación de Ignacio por los pobres se muestra en otros lugares y no en los *Ejercicios*⁹⁶. Durante su estancia en Roma como el General de la Compañía de Jesús, Ignacio fundó casas para los pobres y él mismo se comprometió en muchas obras sociales para ellos. Sin embargo, observa Jon Sobrino que «su pobreza [la de Ignacio] no aparece como producto de la injusticia -en sí misma expresión de gravísimo pecado- y los pobres no parecen como producto de la opresión de los ricos»⁹⁷.

De hecho, la palabra «pobreza» o «los pobres» es muy compleja. Podría ser una pobreza económica, causada por muchas razones: la pereza para trabajar, la falta de trabajo, la injusticia... Podría ser la pobreza mental o psicológica (por falta de amor o de creatividad en la vida...). Podría ser la pobreza evangélica (no poner la confianza en las

⁹² Cf. J. SOBRINO, «El seguimiento de Jesús pobre y humilde. Cómo bajar de la cruz a los pueblos crucificados», en GARCÍA LOMAS, J. M., (ed.), *Ejercicios espirituales y mundo de hoy*, Mensajero – Sal Terrae, Bilbao 1993, 79.

⁹³ J. SOBRINO, *op.cit.*, 80.

⁹⁴ *Ibid.*

⁹⁵ J. SOBRINO, *op.cit.*, 82.

⁹⁶ Por ejemplo, en la Carta a los padres y hermanos de Padua (7 de agosto 1547), Ignacio escribe: «Son tan grandes los pobres en la presencia divina que principalmente para ellos fue enviado Jesucristo en la tierra... La amistad con los pobres nos hace amigos del Rey Eternal» (*Epp* I, 572-577).

⁹⁷ Cf. J. SOBRINO, *op.cit.*, 81.

cosas materiales, sino en Dios) que conlleva a la solidaridad con los pobres, y este tipo de pobreza es el que Ignacio menciona en «Dos Banderas» y que es el signo de la venida de Reino de Dios (cf. Lc 7,22).

La noción de «pobreza» cambia también mucho según la mentalidad de los autores de la Biblia desde Antiguo al Nuevo Testamento. En el Antiguo Testamento, la riqueza es vista como una bendición de Dios. Pero, leyendo los libros proféticos hacia el siglo VIII a.C. (Oseas, Amós, Isaías I, Miqueas) podemos ver que la injusticia social es muy grande en el reino de Israel (reino del Norte, durante el período de división en dos países después de la muerte del rey Salomón). Los profetas no dudan en condenar duramente la situación de explotación, causada por la disparidad entre los ricos y los pobres. La pobreza se ve como un mal, que no proviene de un castigo de Dios sino de la injusticia. Pasando el tiempo la pobreza se convierte en una actitud religiosa, es decir, ayuda a los pobres a dirigirse a Dios.

Durante el exilio en Babilonia, los israelitas son más conscientes que nunca de su propia pequeñez y pobreza. Debido a su deslealtad con Dios, pierden el hogar, la tierra y el templo. En tierra extranjera, solo son un pequeño pueblo, tratando de preservar su identidad guardando el día de Sabbat, practicando la circuncisión. El libro de Isaías II (capítulos 40-55) invita a la gente -los pobres- a tener confianza en el Señor, porque él es quien vendrá a consolar a su pueblo. Aquí vemos un cambio en el concepto de «pobreza». Si en el pasado la gente pensaba que Dios se preocupaba sólo por los ricos y les daba abundancia, ahora el objeto de la mirada de Dios son las personas que viven en el exilio, que han perdido todo, no tienen nada a mano. La pobreza lleva a las personas a Dios, manteniéndolos en relación con Dios. Dios se muestra como un buen rey que siempre cuida especialmente de sus pobres.

En el Nuevo Testamento, vemos la preocupación especial de Jesús por los pobres. Afirma que el Reino de Dios es para los pobres (cf. Mt 5,3; Lc 6,20), o incluso se identifica con los pobres (cf. Mt 25,34-40). Sin embargo, también dice que: «Los pobres siempre están con vosotros» (Jn 12,8). Esta afirmación nos da la impresión de que la pobreza es una condición permanente que no se puede evitar.

Los *Ejercicios* en general y la meditación de «Dos Banderas» en particular no tratan de todos los problemas, sino que proporciona un principio general. El propósito de «Dos Banderas» es invitar a todos a realizar la misión de Cristo, junto con Él. Esa misión

es «ser enviado a evangelizar a los pobres, a proclamar a los cautivos la libertad, ya los ciegos, la vista, a poner en libertad a los oprimidos, a proclamar el año de gracia del señor» (Lc 4,18-19), por eso, los pobres también se convierten en misión del discípulo de Cristo.

Ahora bien, releendo los relatos del Evangelio, «los pobres» no solo se refieren a los pobres materiales, sino que incluyen también muchas otras clases de personas (los enfermos, los leprosos, las viudas), incluso los ricos (por ejemplo, Zaqueo, Nicodemo ...). El mandato de Jesús antes de ascender al cielo fue «id y haced discípulos a todos los pueblos ...» (Mt 28,19), y no «sólo a los pobres». Así pues, más bien, el objeto de la evangelización es «todos», entre los que se da prioridad a los menos cuidados, de los cuales los pobres son solamente una parte. Si nos concentramos sólo en los pobres materiales, la evangelización se convertirá fácilmente en una especie de caridad social o en un tipo de lucha por la justicia social. Tengamos en cuenta que, en el Evangelio, Jesús no cura todas las enfermedades, ni multiplica el pan para alimentar a todo el mundo. Los milagros que realiza Jesús funcionan como señal de la venida del Reino de Dios: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan, y los pobres son evangelizados (cf. Mt 11,4-5)⁹⁸.

Finalmente, también debemos reconocer que en los *Ejercicios* no se habla sólo al sentir a nivel afectivo o racional, sino también a la acción expresada a través de las ideas como: qué debo hacer [*Ej* 53], trabajar [*Ej* 93], el amor se debe poner más en las obras que en las palabras [*Ej* 230]. La meditación de «Dos Banderas» apunta a la perspectiva de la Contemplación para alcanzar amor: contemplar a Dios que «habita en las criaturas» [*Ej* 235], y especialmente «trabaja y labora» por mi en todas las cosas criadas sobre la haz de la tierra [*Ej* 235]. Lo importante que Ignacio invita al ejercitante a pedir a Dios es la gracia del conocimiento o lucidez para saber que está trabajando para Dios, no para el enemigo.

Conclusión

La meditación de «Dos Banderas» no sólo tiene un contenido muy profundo y práctico junto con una forma de presentación muy atractiva, sino que en ella subyace también la visión antropológica, cristológica y misionera de san Ignacio. Estos tres enfoques, aunque distintos, están relacionados unos con otros, ayudando a comprender toda la dinámica de

⁹⁸ Cf. W. KASPER, *Jesus The Christ*, T & T Clark International, London 2011, 84.

los Ejercicios: el ejercitante, después de ser perdonado y liberado de sus pecados, es invitado a participar en la misión de Cristo para construir con Él el Reino de Dios. El «sí» de parte del ejercitante a esta invitación de Dios forma su verdadera identidad.

Además, a través del análisis anterior, también vemos similitudes entre las reflexiones de Ignacio y las revelaciones bíblicas: el Reino de Dios, las enseñanzas del Evangelio, el envío de Jesús a sus discípulos, la lucha espiritual, el discernimiento de espíritus, las tentaciones del enemigo... Esto demuestra que Ignacio no rompe con la tradición y la fe de la Iglesia, sino que la interpreta de forma concisa para ayudar al ejercitante a entrar más fácilmente en un encuentro personal con Cristo en su oración. Las ideas presentadas en esta meditación han sido una inspiración para muchas personas, ayudándolas a estar siempre en el camino de Dios, así como a encontrar su vocación en la vida. Y ciertamente, esta inspiración apostólica de Ignacio se encuentra muy claramente en la identidad y en las actividades de la Compañía de Jesús fundada por Ignacio y sus amigos que vamos a examinar en el próximo capítulo.

CAPÍTULO 3

LA INSPIRACIÓN MISIONERA DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

De la misma manera excitó Dios al P. Maestro Ignacio comunicándole una gracia y mediante él a nosotros, la cual seguimos, y nos regimos según ella; y éste es nuestro particular modo en que diferimos de los otros religiosos, y es menester que nosotros lo sintamos así y gustemos; pero los otros religiosos no es menester que lo sientan, porque tienen su modo particular, al cual es menester que sigan.

[MNad V, 37; FN II, 137]

En los dos capítulos anteriores hemos examinado el contenido de la meditación de «Dos Banderas» y su trasfondo antropológico y teológico, y hemos descubierto que esta meditación no sólo tiene valor para la perfección personal sino también una relevancia para la misión. El espíritu de esta meditación también se ha institucionalizado y convertido en la base de la existencia y las actividades de la Compañía de Jesús fundada por san Ignacio y sus compañeros. En efecto, en las primeras líneas de la *Fórmula Instituti*, redactada por todo el grupo para someterla al Santo Padre con el objetivo de pedir el permiso de la fundación de la Orden, vemos la descripción del jesuita como un soldado «bajo la bandera de la Cruz, para servir solo al Señor y a la Iglesia su Esposa bajo el Romano Pontífice Vicario de Cristo en la tierra...» [FI 1].

A la luz de la meditación de «Dos Banderas», podemos decir que la misión de los jesuitas, cuya identidad es la de ser «amigos, siervos, discípulos o apóstoles del Cristo», es ser enviados por Dios⁹⁹ a todas partes del mundo para proclamar la sagrada doctrina que ellos mismos han aprendido y vivido idealmente con el objetivo de conquistar todo el mundo y todos los enemigos en una batalla no menos dura contra el diablo y sus secuaces¹⁰⁰. En este capítulo, por lo tanto, consideraremos cómo Ignacio transfirió su

⁹⁹ A los ojos de Ignacio, el origen de la misión viene de la Trinidad que quiere salvar a toda la humanidad y envía al Hijo al mundo encarnándose con el nombre de Jesús [Ej 102]. Desde esta misión original, Jesús continúa enviando a los apóstoles a predicar el Evangelio (Jn 20,21; cf. De 15).

¹⁰⁰ El fin de la Orden se define claramente: «no solo atender a la salvación y perfección de las ánimas propias con la gracia divina, mas con la misma intensamente procurar de ayudar a la salvación y perfección de las de los prójimos» [Co 3], o «se pretende el servicio de Dios nuestro Señor en ayuda de sus ánimas» [Co 204] o «discurrir y hacer vida en cualquiera parte del mundo donde se espera más servicio di Dios y ayuda de las ánimas» [Co 304].

espíritu a la vida y las actividades de los jesuitas basándonos principalmente en las *Constituciones* y en algunas cartas consideradas como «el manual del misionero» y luego, veremos cómo los jesuitas viven hoy en día la misión de la defensa de la fe y la promoción de la justicia de partir de los decretos 2 y 4 de las Congregaciones Generales 32.

I. Ignacio y la misión

1. Observaciones Preliminares

El padre Nadal¹⁰¹ proclama repetidamente: «¡Nosotros no somos monjes!»¹⁰² o «el mundo es nuestra casa»¹⁰³. Nadal también refiere que *peregrinatio*¹⁰⁴ es a uno de nuestros tipos de *domus*. Se trata de las misiones o viajes pastorales que, a su modo de ver, son «las casas mejores de nosotros»¹⁰⁵. El estilo de vida de los jesuitas es como el de los apóstoles: «Los apóstoles no llevaban hábito monástico (...) No gastaban su tiempo (en el coro) cantando salmos e himnos»¹⁰⁶. Además, él muestra la diferencia entre un jesuita y un monje: el monje quiere «huir la compañía de otros seres humanos», mientras que, el jesuita busca su compañía «para ayudarles»¹⁰⁷. El mensaje de Nadal, aunque simple, es bastante nuevo para quienes vivieron en su época, que estaban influenciados por la mentalidad tradicional de la vida religiosa. Nadal también es consciente de eso, por lo tanto, a veces duda de que la gente entienda lo que quiere decir, incluso una persona influyente como Borja¹⁰⁸.

¹⁰¹ Jerónimo Nadal, SJ (1507-1580) es un confidente de Ignacio, encargado por Ignacio de viajar a los lugares donde los jesuitas estaban presentes para difundir el espíritu de la Compañía de Jesús. Ignacio dijo de Nadal que: «*qui mentem nostram omnino noverit, et nostra auctoritate fungitur*» (MNad I, 144), incluso mencionó a Nadal como alguien que podía dar las informaciones sobre su vida: «las otras cosas podrá contarlas el Mro. Nadal» [Au 98]. Polanco también reconoce que Nadal «tiene mucho conocimiento de N. P. Mtro. Ignacio, porque le ha tratado mucho, y parece tiene entendido su espíritu, y penetrando, quanto otro que yo sepa en la Compañía, el instituto della» [Epp V, 190].

¹⁰² MNad V, 413.608. El padre Kolvenbach dice lo mismo en una homilía al celebrar el aniversario de la aprobación de la Compañía de Jesús (el 27 de septiembre 2007): «Un monasterio estable no nos sirve, porque nosotros hemos recibido el mundo entero para hablarles de la buena noticia... no nos encerramos en un claustro, sino que permanecemos en el mundo entre la multitud de hombres y mujeres que el Señor ama, puesto que están en el mundo». (cf. *Acta Romana* 23 (2008) 1031, también cf. CG 35, d. 2, n. 23).

¹⁰³ «*et hac ultima totus mundus nostra fit habitatio*» [MNad V, 54. 364-365. 469-470. 773-774].

¹⁰⁴ Los primeros padres viajan tanto que se llaman a sí mismos «*preti pellegrini*» [MXav I, 69]; cf. J. BRODERICK, *The Origin of the Jesuits*, Loyola Press, Chicago 1997, 63.

¹⁰⁵ Cf. J. O'MALLEY, *op.cit.*, 92.

¹⁰⁶ NADAL, *Orat.obs.*, 379. 414. Véase también: MNad V, 125-127.

¹⁰⁷ Cf. J. O'MALLEY, *op.cit.*, 93.

¹⁰⁸ *Ibid.* Pero más tarde Francisco de Borja expresará la misma idea al hablar de imitar a Cristo pobre, «no pretiende la Compañía asiento sobre la tierra sino andar de ciudad en ciudad predicando el Evangelio y aprovechando a los próximos» (M. RUIZ JURADO, «Los fundamentos evangélicos de la Compañía de Jesús», AHSI 41 (1972), 185 (Meditación 3) (cf. M. RUIZ JURADO, *Jerónimo Nadal, El teólogo de la gracia de la vocación*, BAC, Madrid 2011, 150, nota 20).

Cuando Ignacio y sus compañeros no podían ir a Tierra Santa como habían planteado, según los votos en Montmartre, volvieron a Roma y se pusieron a la disposición del Sumo Pontífice para que él los enviara para la misión¹⁰⁹. Fue a través de esta decisión que nació la Compañía de Jesús y que el deseo de servir a las almas de cada uno en el grupo se realiza efectivamente, que Ignacio lo considera como «nuestro principio y principal fundamento»¹¹⁰. Pero también fue este factor el que les hizo preocuparse también por la «amistad» que tenían. La discusión famosa en la Cuaresma de 1539 dio como resultado que todos hicieran el voto de obediencia a una persona y fundaran una nueva orden religiosa. Con la bula *Regimini militantis ecclesiae*, la Compañía de Jesús fue aprobada el 27 de septiembre de 1540 por el papa Paulo III y Ignacio fue elegido por todos como superior.

Atendiendo al deseo de otros padres, Ignacio se encargó de redactar las *Constituciones* de la Orden recién fundada. Este no era un trabajo fácil para Ignacio, por su mala salud entre muchas otras cosas que hacer, pero quizás el mayor desafío era cómo retratar la imagen de un jesuita en medio de los muchos conflictos causados por la misión. Por ejemplo: ¿cómo vivir la vida comunitaria cuando cada uno tiene que realizar varias misiones en lugares diferentes? ¿Cuál es la forma de vivir los consejos evangélicos de acuerdo con los requisitos de la misión? ¿Qué comportamiento debe tener un jesuita para llevar a cabo la misión? ¿Cómo debe estructurarse la Orden, cuales son los requisitos de los candidatos que quieren incorporarse a la Orden, cómo formar a los novicios, de qué manera se debe actuar para ser más útil a la misión? ...

¹⁰⁹ Ignacio explica que «porque como fuésemos de diversos reinos y provincias, o sabiendo en qué regiones andar o parar entre fieles o infieles, por no errar *in via domini* [...] hicimos la tal promesa y voto para que Su Santidad hiciera nuestra división o misión a mayor gloria de Dios nuestra promesa e intención de discurrir por el mundo» [*MCo* I, 160; *Co* 605]. Fabro también explica que la razón por la que ellos quieren ponerse a la orden del Papa: «El Papa conoce mejor lo que conviene al universal cristianismo» [*Epp* I, 132]. El *Quinque capitula* no explica los motivos, pero la *Fórmula* 1540 propone tres motivos: (1) para una mayor humildad de nuestra Compañía, (2) la perfecta mortificación de cada uno, (3) abnegación de nuestras voluntades; y la *Fórmula* 1550 también habla de tres motivos: (1) por una mayor devoción a la obediencia de la Sede Apostólica, (2) mayor abnegación de nuestras voluntades y (3) por una más cierta dirección. Al criticar el fundamentalismo jesuítico, Philip Endean propone la teoría de que en el pasado, Ignacio había tenido muchos problemas con la autoridad eclesiástica. De ahí, la decisión de ponerse bajo a la disposición del Santo Padre ayudaría a la Compañía a recibir la justificación jurídica, a *missio canonica*, y así escapa al control de cualquier jerarquía que no fuese el Papa. (cf. P. ENDEAN, *Who do you say Ignatius is? Jesuit Fundamentalism and Beyond*, Studies in Spirituality of the Jesuits, St. Louis 1987, 34).

¹¹⁰ *MCo* I, 162; *MCo* II, 214. Véase también: D., MOLINA, «Nuestro principio y principal fundamento», *Manresa* 88 (2016), 213-288.

Hablando tanto de la estructura como del contenido, las *Constituciones* destacan el carácter misionero de la Compañía. Se puede decir que Ignacio ha institucionalizado el espíritu de misión mencionado en la meditación de «Dos Banderas». Las *Constituciones* contienen descripciones e instrucciones muy específicas que habilitan a los soldados de Cristo para entablar la batalla bajo su estandarte de pobreza, humillación y humildad, contra el enemigo para «conquistar toda la tierra de infieles» [Ej 93]. De hecho, es la misión la que ha convertido a sus miembros en pioneros de viajes misioneros hacia las tierras lejanas, integrándose en diferentes culturas para evangelizar a los pueblos, por ejemplo, Francisco Javier en Asia, Nóbrega y Anchieta en Brasil, Mateo Ricci en China, De Nobili en India...

Este mismo elemento de «misión» ha influido fuertemente tanto en el espíritu como en la manera de proceder, la formación y el modo de gobierno de la Orden. De hecho, si echamos una mirada general a todo el contenido de las *Constituciones*, veremos que el objetivo de todo es la misión. ¿Cuáles son los criterios para aceptar candidatos? Se acepta únicamente a aquellos considerados capaces de convertirse en «operarios de la santa viña de Cristo nuestro Señor...» [Co 144]; e igualmente, se despide a los que «se hallaren no idóneos y útiles para llevar adelante esta obra» [Co 204]. El objetivo de la formación de «los que se retienen y aprueban» (los novicios) es orientarlos hacia el amor por la misión y prepararlos con medios útiles para que puedan realizar la misión en el futuro [Co 243]. El contenido de las *Constituciones* sobre los escolares (parte IV), la forma de hacer los votos de quienes están plenamente integrados en la Orden (partes V y VI) refuerza aún más este elemento de misión.

Además, para ayudar a realizar la misión, la estructura y forma de gobierno de la Compañía son muy diferentes. «Por ser tan esparcidos en diversas partes del mundo entre fieles y entre infieles» [Co 655], la Compañía promueve la comunicación constante con el superior para que se mantenga la unidad de corazón. Igualmente, por esta razón, la obediencia y la subordinación de los miembros son muy necesarias [Co 666]. También se debe a la prioridad de la misión el que «no parece en el Señor nuestro por ahora convenir que se haga la Congregación y Capítulo General en tiempos determinados ni muy a menudo», por lo que solo se organiza la Congregación General en casos necesarios [Co 677, 680]. Y sólo son llamados «los profesos y algunos coadjutores que cómodamente pueden venir»; aquellos que están en una misión pueden no venir [Co 682]. Además, Ignacio quiere que el Prepósito General sea por vida porque «así se fatigará y

distraerá menos en ayuntamientos universales la Compañía, normalmente ocupada en cosas de importancia en el divino servicio» [Co 719].

Tal visión general de todas las *Constituciones* nos ayuda a ver la posición central y dominante de la misión en la Compañía de Jesús. A continuación, sin embargo, nos centramos únicamente en el capítulo cuarto del Examen (una presentación general de la Compañía de Jesús a los candidatos) y las partes III (la formación inicial), VI (la imagen del jesuita formado) y VII (el jesuita enviado) para ver más claramente cómo Ignacio institucionalizó el espíritu de la meditación de «Dos Banderas» en un texto, digamos, legislativo.

2. El capítulo cuarto del Examen

El Examen General es un texto de ocho capítulos situado al comienzo de las *Constituciones*. Además de las preguntas para que el examinador conozca al candidato que quiere incorporarse en la Orden, también presenta de manera general, concisa y profunda el carisma de la Compañía de Jesús, para que el candidato, a su vez, conozca la Orden, y en base a este conocimiento mutuo de ambas partes se determine si el candidato es adecuado para la vocación jesuítica.

De estos ocho capítulos, el capítulo 4 [Co 53-103] es considerado como la presentación más destacada de la espiritualidad de la Orden. Representa de manera muy realista la imagen del soldado de Cristo. Releyendo este capítulo 4, vemos las huellas del camino de humillación presentado en la meditación de «Dos Banderas», de renunciar a lo que uno tiene y posee (los bienes materiales, relaciones), hasta renunciar a sí mismo para identificarse con Cristo.

a. La libertad del corazón y el desprendimiento de las riquezas y de las afecciones de familia

Para poder hacerse discípulo de todo corazón al servicio del Reino, Ignacio exigió de los jesuitas una gran libertad de corazón de las posesiones materiales y de las relaciones familiares. Como hemos comentado al hablar de la táctica del enemigo y del camino de Cristo en la meditación de «Dos Banderas», Ignacio advierte al ejercitante de la fortísima tentación del dinero o de los bienes materiales en general. Es una gran barrera en el camino de seguir al Señor. Por eso, Ignacio quiere que quien desea servir al Señor en la Orden, «reparta y renuncie a todos sus bienes presentes y determine el destino de los que podrá disfrutar después» [Co 53]. Puede usarlo para pagar deudas u obligaciones o ayudar

a los pobres como dijo Jesús: «Anda, vende tus bienes, da el dinero a los pobres y luego ven y sígueme» (Mt 19,21). Si esa persona es un clérigo, entonces «no puede tener beneficios algunos» [Co 59]. Si por alguna razón el candidato no puede renunciar a todos los bienes ahora, debe estar dispuesto a hacerlo después de un año, «cuandoquiera que por el superior le fuere ordenado, durante del tiempo de probación» [Co 54].

La renuncia a las posesiones no es solamente para tener un corazón libre, sino que tiene también un objetivo apostólico, es decir, ayudar a los demás. Si uno tiene dudas sobre si usar el dinero que tiene para ayudar a los pobres o a su familia, debe dejar el asunto a juicio de las personas sabias designadas por el superior para tomar la decisión correcta y con mayor perfección [Co 55]. Aquí vemos la intención de Ignacio de invitar al candidato a renunciar a su propia voluntad y juicio para poder buscar y hacer la voluntad de Dios expresada a través de su representante en la Orden.

Lo que nos llama la atención es la razón que da Ignacio para no repartir los bienes a los seres queridos: «dar mejor ejemplo a todos de desnudarse del amor desordenado de parientes y evitar el inconveniente de la distribución desordenada que procede del dicho amor, y para cerrar la puerta del recurso a padres y parientes y la memoria inútil de ellos» [Co 54]. Ignacio era muy consciente del peligro de que uno que ya ha renunciado a sus posesiones, puede todavía recuperarlas por la codicia de riquezas o por diversas razones, por lo que quería cerrar todas las posibilidades de este vicio. Claramente, Ignacio tomó muy en serio la renuncia a las cosas materiales y quiso que quienes desearan servir a Dios lo hicieran en el grado más pleno y perfecto.

Siguiendo el consejo del Evangelio, Ignacio quiere que los jesuitas también abandonen los apegos a las relaciones familiares. En consecuencia, los novicios no podrán contactar a la familia a menos que sea necesario y con el permiso del superior. Al escucharlo por primera vez, nos parece una regla muy inhumana. Sin embargo, en realidad contiene una intención muy profunda y espiritual que es «procurar perder toda la afición carnal con los deudos y convertirla en espiritual, amándolos solamente del amor que la caridad ordenada requiere» [Co 61]. Se trata de un nuevo comienzo de la vida en Cristo. Ahora están muertos al mundo y al amor propio y viven una vida nueva en la vocación que Cristo les dio. Sólo tienen a Cristo como único apoyo y pariente [*ibid.*]¹¹¹.

¹¹¹ Se puede leer la carta de Ignacio a su hermano Martín García de Oñaz (junio de 1532), en la que Ignacio explica por qué después de muchos años no ha escrito a su familia y cómo convierte el afecto familiar carnal en espiritual: «Viniendo a propósito, bien ha cinco o seis años que más frecuentemente os

b. Aceptar la corrección fraterna

En el número 63, Ignacio pide aceptar que cualquiera revele al superior todas sus faltas y errores para que pudiera ser ayudado a avanzar más en el camino espiritual en mayor bajeza y humildad propia. Encontramos aquí otra de las exigencias de Ignacio sobre la abnegación. Sabemos por la meditación de «Dos Banderas» que el buen resultado del camino de Cristo es la humildad y otras virtudes. Estas cosas no se obtienen fácilmente, sino que son el fruto de un largo proceso de despojarse de falsos apegos y de corregir en uno mismo los que todavía no son buenos, imitando al modelo que es Cristo. Dejar que otra persona nos ayude a ver nuestros problemas, escuchando las opiniones de los demás y admitiéndolo con franqueza, es la mejor manera de eliminar la arrogancia y el orgullo.

Normalmente, a nadie le gusta ser corregido por los demás. Cada vez que escuchamos una crítica, a menudo nos sentimos como si nos hubieran humillado. Aquí, Ignacio invita a los jesuitas a tener un espíritu constructivo y a ver en los consejos y correcciones de los hermanos y superiores una forma de ayudarse a ser más humildes. También nos recuerda que el camino a la perfección (humildad y otras virtudes) es todavía muy largo, y debemos esforzarnos constantemente para alcanzarla¹¹².

c. La humildad y la identificación con Cristo

Después de presentar el requisito de renunciar a las posesiones materiales para combatir la codicia de riqueza, y de aceptar las correcciones de los hermanos para ir contra la vanagloria, Ignacio pasa a presentar otros medios para ayudar a los jesuitas a alcanzar la humildad de Cristo. Los más destacados entre ellos son seis experiencias principales [Co 65-70]: hacer Ejercicios Espirituales por un mes poco más o menos, servir en hospitales, hacer peregrinación por un mes, ejercitarse en diversos oficios bajos y humildes, enseñar la doctrina cristiana a muchachos y a otras personas rudas, predicar o confesar.

Podemos ver fácilmente que todas estas seis pruebas provienen de la experiencia del Santo mismo y de sus primeros compañeros. Ellos más que nadie, sienten los beneficios de estas actividades espirituales. Todas están dirigidas a ayudar a los jesuitas a adquirir la experiencia fundamental de una relación íntima con Cristo en los *Ejercicios*

escribiera, si no me obstaran dos cosas: la una, impedimentos de estudios y muchas conversaciones, mas no temporales; la otra, en no tener probabilidad o conjeturas suficientes para pensar que mis cartas podrían causar algún servicio y alabanza a Dios N.S.». (*Obras*, 653 [Epp I, 79-83]).

¹¹² Se puede ver esta experiencia en las cartas a Nicolás Bobadilla (1543) (*Obras*, 702-706 [Epp I, 277-282]) y a Antonio Brandão (1551) (*Obras*, 805-809 [Epp III, 506-513]).

Espirituales, construyendo así un sentido apostólico en el servicio a los pequeños y a los abandonados en la sociedad. Lo importante no es sólo hacer estas cosas, sino demostrar el fruto que de ello se obtiene: «lo que siente de Dios» [Co 73], «el buen odor» [Co 74], «la devoción y sin querella alguna de nadie» [Co 75], «la edificación que diere a todos los de la misma casa» [Co 76], «una fe con sana doctrina y buenas costumbres, sin ofender a ninguno» [Co 77].

Luego, como señal del seguimiento de Cristo pobre, Ignacio exige a los jesuitas una vida sencilla como la de Cristo en «comer, beber, vestir, calzar y dormir». El objetivo es conseguir una «abnegación y provecho espiritual y una igualdad y medida entre necesidades». Los primeros padres se convirtieron en los modelos de este estilo de vida pobre, y en el espíritu del *magis*, Ignacio quiere que las generaciones venideras se esfuercen para no sólo alcanzar el nivel que ya había alcanzado, sino aun más [Cf. Co 81].

La renuncia del mundo y sus glorias para seguir el camino de humillación de Cristo y al mismo tiempo ir «al contrario del común sentir humano, en su divino servicio y alabanza» se muestra también en «pedir por las puertas por amor de Dios nuestro Señor», y una actitud de estar dispuesto para hacer lo que se les ha mandado ... sin demandar ni esperar premio alguno en esta presente y transitoria vida. Se trata de la obediencia, no sólo al superior, sino también al cocinero en la cocina [Co 85], y a los médicos cuando se está enfermo [Co 89]. De hecho, Ignacio enfatizó también que «el cocinero es mejor que no ruegue al que le ayuda que haga esto o aquello mas con modestia le mande o diga haced esto o aquello» [Co 85]. Sin duda, al describir el modo imperativo que un cocinero puede usar con un jesuita, Ignacio quiere que los jesuitas abandonen por completo su anhelo de respeto, honor y gloria, para buscar únicamente la humildad evangélica de Cristo.

Además, una de las señales de humildad y para no caer en las trampas del enemigo es que el súbdito debe revelar al superior las cosas de su corazón¹¹³. Ignacio quiere que «los superiores tengan entera inteligencia de los inferiores» [Co 91]. Este es el origen de una práctica muy concreta y controvertida: la cuenta de conciencia que hay que hacer muchas veces después de un determinado período¹¹⁴. Se trata de una manifestación que

¹¹³ *Ej* 326: El enemigo se hace como vano enamorado en querer ser secreto y no descubierto.

¹¹⁴ Cf. *Co* 93-99. Para más detalles, se puede hacer referencia a: J. L. SÁNCHEZ-GIRÓN, «Cuenta de conciencia», en DEI, 520-529. En la carta al Antonio Brandão (1 junio 1551), hay un párrafo donde

los jesuitas dan a sus superiores acerca sí mismos. Uno de múltiples propósitos de esta práctica es para ayudar al superior a «mejor regir y gobernar» [Co 91], y gracias a poder comprender las debilidades y fortalezas de sus súbditos, el superior puede enviar a cada jesuita a la misión adecuada que le beneficie tanto a sí mismo como a los demás [Co 92].

Finalmente, en ninguna parte de las Constituciones en general y en el Examen General en particular vemos el núcleo de la espiritualidad jesuítica más claramente que en el número 101, que nos recuerda el contenido de la meditación de «Dos Banderas». En este número, Ignacio presenta sus ideas de manera paralela a dos caminos opuestos, y al mismo tiempo enfatiza la radicalidad de abandonar de Satanás y seguir el camino de Dios: «en todo y no en parte». Ignacio muestra el contraste entre «lo que el mundo ama y abraza» y «lo que Cristo nuestro Señor ha amado y abrazado». Ignacio recuerda también los engaños de Satanás en los que cae mucha gente: honores, fama y estimación de mucho nombre en la tierra como el mundo les enseña. Y en contra está el camino del Espíritu: vestirse de la misma vestidura y librea de su Señor por su debido amor y reverencia.

Además, el tercer grado de humildad es mencionado también aquí por Ignacio con palabras muy fuertes y exigentes:

«...donde a la su divina Majestad no le fuese ofensa alguna, ni al prójimo imputado a pecado, desean pasar injurias, falsos testimonios, afrentas y ser tenidos y estimados por locos (no dando ellos ocasión alguna de ello) por desear parecer e imitar en alguna manera a nuestro Criador y Señor Jesucristo, vistiéndose de su vestidura y librea, pues la vistió él por nuestro mayor provecho espiritual, dándonos ejemplo, que en todas cosas a nosotros posibles, mediante su divina gracia, le queramos imitar y seguir, como sea la vía que lleva los hombres a la vida...» [Co 101].

Ignacio sabe muy bien que este es un ideal muy alto y que no todos pueden alcanzarlo rápidamente, especialmente los novicios. Por tanto, Ignacio exige al candidato, al menos, «algunos deseos de hallarse en ellos» [Co 102]. El signo de este deseo inicial es «hallarse determinado y aparejado para admitir y sufrir con paciencia, mediante la gracia divina, cuando quiera que las tales injurias, ilusiones y oprobrios incluso en la tal

Ignacio menciona el beneficio de que el superior conozca el problema del súbdito: «...nuestro Rdp. Padre cuánto importaba al superior estar al cabo de cada una de las cosas que por el súbdito pasan, porque a cada uno le provea según sus necesidades. Y al tentado de la carne, ignorando su mal, no le ponga cerca del fuego, como ocupándolo en oír confesiones de mujeres, ect.; y al inobediente en el gobierno... En todo y de todo se informe el superior, aun de las cosas pasadas, no interviniendo mala voluntad, mas guardada la caridad que con los próximos se debe tener...».

librea de Cristo nuestro Señor» [*ibíd.*], se le hagan, al mismo el tiempo siempre debe «buscar en el Señor nuestro su mayor abnegación y continua mortificación en todas cosas posibles» [Co 103].

3. En las Constituciones

a. Parte III: la formación inicial

Los novicios son aquellos «que llama Dios nuestro Señor para nuestro Instituto, dándoles para él talento conveniente». Se les admiten para ser ayudados a «perseverar en su vocación», y «ayudarlos para que de tal manera vayan adelante en la vía del divino servicio en espíritu y virtudes» [Co 243]. También son considerados parte de la Orden hablando «en un modo universalísimo» [Co 511]. El noviciado es la primera etapa de su vocación jesuítica. Ignacio dedicó la parte III de las *Constituciones* a dar instrucciones para esta formación a fin de que puedan llegar a ser buenos obreros en la viña del Señor, o en el lenguaje de la meditación de «Dos Banderas», hacerse discípulos de Cristo llevando consigo la misión de proclamar a todos la santa doctrina, en la lucha contra los engaños de Satanás. Entonces, ¿cómo ayuda la Parte III a lograr este ideal?

En general, estructuralmente, vemos que Ignacio apunta a un equilibrio entre las dimensiones física, mental y espiritual, de las cuales la última se ve como fundamental. Para que la formación de los novicios consiga el fin que se pretende, Ignacio insiste en un aislamiento o separación. Dice lo mismo en el Examen General sobre el apartarse de los miembros de la familia [cf. Co 60-62], aquí Ignacio apunta a un desprendimiento de las distracciones para que el novicio pueda encontrar a Dios en su corazón y discernir bien su vocación¹¹⁵. Ignacio describe también el ambiente ideal como ayuda exterior para esta formación interior¹¹⁶. Hay personas asignadas para acompañar a los novicios¹¹⁷, y ellos también están invitados a colaborar¹¹⁸.

¹¹⁵ Cf. Co 244-247. 249.

¹¹⁶ Cf. Co 251. 253. 266. 289. 291. 294. 296. 298. 299. 301...

¹¹⁷ El maestro [Co 263], el síndico de casa [Co 271], los más antiguos [Co 276], la persona que tenga superintendencia en lo que toca a la conservación de la salud [Co 303], el ministro de las cosas exteriores [Co 305] ...

¹¹⁸ La apertura y transparencia del corazón [Co 263], aceptar las correcciones con buena voluntad y verdadero deseo de su enmienda y aprovechamiento espiritual [Co 269], practicar lo que aprende [Co 277], la generosidad con Dios [Co 282], tener intención recta [Co 288] ...

En cuanto a la dinámica de esta formación inicial, vemos un proceso de abnegación siguiendo el modelo de Cristo. Los novicios están llamados a renunciar a los bienes materiales para vivir en pobreza¹¹⁹. También deben ajustar su comportamiento exterior para vivir de acuerdo con su identidad como discípulo del Señor [cf. *Co* 250]. No se trata de una apariencia exterior, sino de algo que brota de la transformación interna y del crecimiento en devoción. La renuncia alcanza un nivel superior cuando el novicio renuncia a la propia voluntad para mantener la unidad y la caridad fraternas [cf. *Co* 273], y en la obediencia, no sólo al superior [cf. *Co* 284] sino también a su representante, especialmente cuando está enfermo [cf. *Co* 272], porque la obediencia se funda en la obediencia a Cristo que está presente en quien manda y nos ayuda a alcanzar la humildad a través de la renuncia a la propia voluntad y juicio.

Además, hacer las cosas humildes con la disponibilidad, aunque difíciles y desagradables a los sentidos, ayuda también a los novicios a librarse por completo de la tentación de la vanagloria y a obtener la humildad del Señor [cf. *Co* 284]. Incluso en el vestir, los novicios están llamados a la «mortificación y abnegación de sí mismo y a poner debajo de los pies el mundo y sus vanidades» [*Co* 297]. Además, la abnegación se muestra también cuando no les queda nada en las manos. Cuando necesitan algo, deben pedirlo a la persona encargado después de una cuidadosa consideración y obedeciendo de buena gana su decisión, entregándose a la guía de Dios a través del superior.

En la formación espiritual vemos la recomendación de Ignacio sobre «guardarse de las ilusiones del demonio en sus devociones y defenderse de todas tentaciones» [*Co* 260]. Estas palabras nos recuerdan la gracia que hay que pedir en la meditación de «Dos Banderas»: «conocimiento de los engaños del mal caudillo y ayudar para de ellos me guardar y conocimiento de la vida verdadera que muestra el sumo y verdadero capitán, y gracia para le imitar» [*Ej* 139]. «Las ilusiones del demonio en sus devociones» es la tentación mencionada en las reglas «con mayor discreción de espíritus, y son más propias de la segunda semana»: el ángel malo que se forma *sub angelo lucis* [*Ej* 332], y son los engaños de los que hemos hablado al examinar la estrategia del diablo.

¹¹⁹ Lo que se presenta en *Co* 254. 287. 258 es muy parecido a los números 53. 54. 55 del *Examen General*.

La forma de vencer al demonio es hacer lo contrario. Enseña Ignacio que «cuando uno se entiende ser inclinado a soberbia, ejercitándole en cosas bajas que se piensa le ayudarán para humillarle, y así de otras inclinaciones siniestras» [Ej 265]. El padre Aldama describió esta batalla en dos dimensiones: defensiva y ofensiva¹²⁰. No basta con reconocer la tentación, es necesario también conocer los métodos para contraatacarla. Los novicios no sólo deben no caer en los engaños del enemigo, sino que también deben tomar medidas para vencerle a través de la práctica de las virtudes. Ignacio parece reafirmar una vez más el contraste entre el camino de Cristo y el de Satanás. Los novicios deben ser instruidos sobre esto, porque si no lo saben, serán víctimas de su propia devoción inmadura.

Además, la esencia de la espiritualidad ignaciana y jesuítica también se encuentra en esta tercera parte de las Constituciones, que es la llamada a ser liberal con Dios, porque cuanto «más uno se ligare con Dios nuestro Señor y más liberal se mostrare con la su divina Majestad, tanto le hallará más liberal consigo y él será más dispuesto para recibir in dies mayores gracias y dones espirituales» [Co 282]. La quinta anotación de los *Ejercicios* nos ayuda a comprender lo que significa la liberalidad con Dios que es «ofreciéndole todo su querer y libertad, para que se divina Majestad, así de su persona como de todo lo que tiene, se sirva conforme a su santísima voluntad» [Ej 5]. Dicho en otras palabras, la liberalidad no es más que abandonarse por completo permitiendo que Dios se sirva de él de acuerdo con Su voluntad. Sobre todo, para poder llevar a cabo bien su misión en medio de muchas tensiones, tanto para ayudarse a sí mismos como para ayudar a los demás, Ignacio exige a todos los miembros de la Compañía, ya desde su ingreso en la Orden, estar siempre «buscando a Dios nuestro Señor en todas las cosas»¹²¹, por esto, al referirse a Ignacio, el padre Nadal usa la frase «contemplativos en la acción»¹²².

¹²⁰ cf. A. ALDAMA, *An Introductory Commentary on the Constitutions*, The Institute of Jesuit Sources, St. Louis 1989, 121-122.

¹²¹ Co 288. En la carta al jesuita Antonio Brandão el 1 de junio 1551, Ignacio escribe: «Se pueden ejercitar en buscar la presencia de nuestro Señor en todas las cosas... es más fácil...».

¹²² *MNad* V, 162. También puede ver: Cf. A. ALDAMA, *op.cit.*, 132. Para Ignacio, Dios se ha encarnado verdaderamente en el mundo que está lleno de problemas y trabaja incansablemente para salvarlo [Ej 236]. Desde esta perspectiva es como Ignacio llega a la convicción de que en nuestra misión (acción) podemos unirnos completamente con Él y su valor no es inferior a la unión obtenida en la capilla. Esta es la mejor solución que se ha encontrado a lo largo de la historia de la espiritualidad para resolver la tensión entre «contemplación» y «acción». También ayuda a comprender la naturaleza y el modo de llevar a cabo la misión de los jesuitas: buscar siempre la unión con Dios en obediencia a su voluntad manifestada a través de su representante en cualquier misión. Este es el elemento clave que explica el estilo de vida jesuítica.

En resumen, se puede decir que, aunque todavía no son soldados formados para acudir al campo de batalla, los novicios disponen de los medios necesarios para formarse desde el principio de su vocación. A los novicios se le ayuda a reconocer las artimañas del enemigo y aprender a contrarrestarlas con el estilo de vida humilde de Cristo. Lo más importante es que deben esforzarse constantemente a practicar las virtudes para ir adelante en el servicio del Señor e identificarse con Él.

b. La parte VI: la imagen del jesuita formado

Las partes VI y VII de las Constituciones son un esbozo maravilloso de los que ya han transcurrido por un largo período de formación y ahora están oficialmente incorporados al cuerpo de la Compañía de Jesús, e idealmente, han logrado lo que Ignacio quiere. La diferencia entre las dos partes es que mientras la parte VI describe al jesuita como un religioso de tres votos, la parte VII ofrece las instrucciones para la misión.

Sin duda, el contenido principal de esta parte VI trata principalmente de los tres consejos evangélicos que los jesuitas, como religiosos, deben observar. Son esencialmente idénticos a los de las otras órdenes según el derecho canónico. Sin embargo, de acuerdo con las necesidades de la misión, Ignacio incorpora a estos tres votos algunas cosas nuevas y muy exigentes, pidiendo al jesuita una renuncia completa para buscar sólo la gloria de Dios en cada situación y en cada momento de la vida, incluso cuando se prepara para morir.

En cuanto al voto de castidad, Ignacio no dice mucho sino sólo una frase que hay que «imitar la pureza angélica con la limpieza del cuerpo y mente» [Co 547]. ¿Qué significa esto? Los comentaristas, no ignorando el significado tradicional de una entrega completa a Dios a través del celibato que excluye el vínculo del matrimonio y la satisfacción sexual, coinciden en que esta breve frase de Ignacio contiene un significado apostólico. De hecho, los ángeles son los que están siempre cerca de Dios, contemplando su gloria y disponibles para ser enviados por Dios¹²³. Para los jesuitas, la pureza angélica no sólo implica una perfección personal, sino que también apunta al servicio de Dios a

¹²³ Cf. A. ALDAMA, *op.cit.*, 218; cf. Lc 1,26.

través de actividades apostólicas, buscando solo la gloria de Dios y el bien de las almas (pureza o rectitud de intención)¹²⁴.

Después de afirmar que no se necesita mucha explicación sobre la castidad, Ignacio se dedica al tema de la obediencia. Sabemos que a Ignacio hablaba mucho de ella, no sólo en la parte VI, sino en muchos otros lugares de las Constituciones y en sus cartas¹²⁵. La obediencia, además de ayudar a mantener la unidad en la Orden [cf. *Co* 659] y ayudar a los religiosos a alcanzar la perfección [cf. *Co* 547], está también orientada a la misión. Ignacio utiliza imágenes poderosas como «un cuerpo muerto... o un bastón de hombre viejo...» [*ibid.*]. Estas imágenes tienen un sabor pascual, de muerte y resurrección (cuerpo muerto) y también un sabor pastoral (el bastón, que se podría equiparar al báculo del pastor). Ignacio también menciona tres niveles de obediencia: de ejecución, de voluntad y de entendimiento, entre los que quería que los jesuitas alcanzaran el tercer nivel de obediencia, la de entendimiento. Como hemos dicho muchas veces, el sentido profundo de la obediencia es desprenderse por completo de la propia voluntad para «dejarse llevar y regir por la divina Providencia por medio del superior» [*ibid.*]. Y para que el superior pueda guiarlo debidamente, debe respetarlo y amarlo como a un padre, y revelarle todo acerca de sí mismo [cf. *Co* 551].

Si en la Parte III, Ignacio quiere que los novicios se ejerciten a vivir la pobreza y a amarla como su madre [cf. *Co* 287], ahora, en la Parte VI, afirma la importancia insustituible de la pobreza llamándola «firme muro de la religión» [*Co* 553]. Quiere a toda costa que la Orden viva la pobreza del modo más radical, al punto de querer que «todos los que harán profesión en esta Compañía prometan de no ser en alterar lo que a la pobreza toca en las *Constituciones*, si no fueran en alguna manera, según las ocurrencias in Domino, para más estrecharla» [*ibid.*]¹²⁶. Los profesos deben vivir de

¹²⁴ Dice Nadal en una plática en Conolia el año 1567: «Esta virtud [la castidad] nos es necesaria para ayudar al prójimo, para tratar con la gente, tanto fuera de la confesión como en la confesión misma.» (cf. NADAL, J., *Las prácticas del P. Jerónimo Nadal. La globalización ignaciana*, M. L. Sebastià (ed.), Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander 2011, 319).

¹²⁵ Más conocidas son la carta a los jesuitas de las casas de Roma (24 agosto 1550) y la carta a los padres y hermanos de Portugal (de la obediencia) (26 marzo 1553).

¹²⁶ Los primeros padres decidieron desde el principio «siempre en estado de predicar en pobreza» [*Epp* I, 93]. Pero luego surgió un problema con respecto a los beneficios de la parroquia de Santa María de la Estrada. La gente se preguntaba si era posible recibir las rentas para la iglesia o no. Ignacio pasó 40 días de discernimiento del que vemos el progreso y las mociones internas en su diario espiritual. Al final, decidió que ni la comunidad, ni la iglesia ni los individuos debían tener rentas. (Cf. J. CORELLA, «¿Qué es la Fórmula del Instituto y cómo se hizo?» en *Constituciones de la Compañía de Jesús. Introducción y notas para su lectura*, Mensajero-Santander-Sal Terrae, Bilbao 1993, 20).

limosna y llevar una vida sencilla¹²⁷, y deben tener espíritu de gratuidad en sus servicios [cf. *Co* 565]. En particular, como hemos visto en la táctica del enemigo, el comienzo de todo mal no es la riqueza sino la codicia de riqueza. Aquí también Ignacio sugiere un medio para «evitar toda especie de avaricia» [*Co* 567]: a saber, que «no haya caja en la iglesia en que suelen poner sus limosnas los que vienen a los sermones o misas o confesiones...». No sólo viven la pobreza en la vida, sino también en el modo de llevar a cabo la misión¹²⁸. Lo más importante es la «bajeza, pobreza y edificación espiritual» [*Co* 580], lo cual está muy en consonancia con la meditación de «Dos Banderas».

Además, para poder servir de todo corazón en la misión, un discípulo del Señor debe tener libertad de corazón. No debe vincularse a ninguna personas o trabajos¹²⁹ y también deben limitar su participación en causas criminales, ni las civiles, tanto como sea posible [cf. *Co* 591]. Y puesto que la misión del jesuita no es más que intentar glorificar a Dios y ayudar a las almas, no es de extrañar que en las *Constituciones*, san Ignacio aconseje siempre a todos los miembros de la Orden que intenten vivir y comportarse en modo que no pierdan la oportunidad de buscar la gloria de Dios, incluso cuando están enfermos [cf. *Co* 272], desde el momento de su ingreso en la Orden, hasta los últimos momentos de la vida, a punto de morir¹³⁰.

Lo que distingue a los jesuitas de los religiosos de otras órdenes es que los jesuitas, al servicio de la misión, con el permiso de la Santa Sede, no están obligados a realizar las prácticas espirituales tradicionales, por ejemplo, no tienen coro de horas canónicas, ni dicen las misas y oficios cantados, ni hacen diferentes tipos de mortificación como vigiliias o penitencias¹³¹... Ignacio no quiso imponer ninguna regla a los que ya habían terminado la formación, pues suponía que habían alcanzado un cierto grado de madurez en el pensamiento y en la vida espiritual. Ahora solo tiene que obedecer la ley del Espíritu -la discreta caridad- con la aprobación de sus superiores [cf. *Co* 582]. Esta discreta caridad quizás no sea más que la gracia del «conocimiento» de los engaños del enemigo y del camino de Dios. Una persona espiritualmente madura, es decir, que tiene ya una gran intimidad con Dios, no necesita ninguna constitución exterior, fuera de «la ley interior de

¹²⁷ Cf. *Co* 557. 569. 570. 577. 580.

¹²⁸ Cf. *Co* 573-576.

¹²⁹ Cf. *Co* 588. 589.

¹³⁰ Cf. *Co* 250. 595.

¹³¹ Cf. *La Fórmula* 1551, 5; *Co* 582. 586.

la caridad y amor que el espíritu santo escribe e imprime en los corazones» [Co 134]. Con esto, los jesuitas están preparados para entrar en el campo de la misión de Dios.

c. La parte VII: Unirse con Cristo en la misión

Un verdadero jesuita es el hombre en misión. La misión se entiende como el envío de una persona a algún lugar para ayudar a las almas. Según la Parte VII de las *Constituciones*, vemos que en la Compañía este envío lo hace, esencialmente, el Papa, luego el Preposito General (u otros superiores) por la autoridad que le otorga el Papa, y en algunos casos particulares, es la persona que es enviada la que debe discernir dónde moverse dentro de los límites permitidos para realizar el apostolado, y finalmente la misión también se entiende como ayudar a las almas en el lugar donde residen los jesuitas.

Después de completar cuarenta días de discernimiento sobre la pobreza de la Orden, Ignacio dedicó inmediatamente tiempo a prepararse «y a mirar en primer lugar las *Constituciones* sobre las misiones»¹³², que son el primer capítulo (de las misiones de Su Santidad)¹³³ y el segundo capítulo (de las misiones del superior de la Compañía) de la séptima parte que tenemos hoy, que, sin duda, es el corazón de todas las *Constituciones*¹³⁴, que trata de enviar a la viña del Señor a los que ya fueron admitidos en el cuerpo de la Compañía. En el año 1547, por la necesidad de guiar a los misioneros en sus misiones específicas, Ignacio elaboró unas pautas para el discernimiento misionero [cf. Co 619-632]. Después se formaron gradualmente otros capítulos (del moverse por sí a una parte o a otra, y de las misiones en donde se reside)¹³⁵.

Las misiones del Santo Padre tienen sus raíces en la historia de la fundación de la Orden cuando los primeros padres, al no poder ir a Tierra Santa, fueron a Roma para ponerse bajo el Santo Padre. El Papa recibió al grupo «con gran afección»¹³⁶. Ponerse bajo las órdenes del Santo Padre es también el origen de lo que se llama «el cuarto voto»

¹³² MCo I, 9-14; De 161; cf. S. THIÓ DE POL, *op.cit.*, 185.

¹³³ Antes del año 1542, sólo el Santo Padre podía enviar a los Jesuitas. Desde 1542, el General puede enviar a los Jesuitas a las misiones en los países cristianos. El año 1549, el Papa concedió al Superior General la facultad de enviar a los jesuitas a los países no cristianos. (Cf. A. DE JAER, *Together for Mission, A Spiritual Commentary on The Constitutions of The Society of Jesus*, The Institute of Jesuit Sources, St. Luis 2001, 140-141.

¹³⁴ Cf. I. SALVAT, *Constituciones de la Compañía de Jesús*, Mensajero-Sal Terrae, Bilbao 1993, 247.

¹³⁵ Sobre la historia de la composición de las Constituciones de la Compañía de Jesús, se puede hacer referencia a: A. DE ALDAMA., «La composición de las Constituciones de la Compañía de Jesús», en AHSI, Vol. 42, Roma 1973, 201-245.

¹³⁶ MBob 16; el 18-23 de noviembre de 1538 [Epp I, 132].

en la Compañía. Este no es un voto para todos los miembros de la Orden, sino sólo para los que se llaman «los profesos» [Co 527], y el conjunto de estas personas forma el núcleo de la Orden, es la Compañía en «el propísimo modo de este nombre» [Co 511]. Entonces, aunque se llama «cuarto» voto, es el voto primordial, cuyo contenido principal es «*oboedientiam Summo Pontifici circa missiones*»¹³⁷. Es «la razón de ser de los tres primeros votos»¹³⁸.

Cabe señalar que el cuarto voto es sólo un medio para ayudar a la Orden a lograr su fin que es «atender principalmente a la defensa y propagación de la fe y al provecho de las almas en la vida y doctrina»¹³⁹. Este voto esencialmente no pretende apoyar una especie de «papalismo», ni proviene de un afecto especial del Papa, ni se debe a la debilidad del Papa que necesita a los jesuitas para que le ayuden en la misión. Tampoco pretende ignorar la obediencia que todos los cristianos deben tener al pastor supremo de la Iglesia. Ponerse a las órdenes del Papa se debe simplemente a que él es el vicario de Cristo en la tierra y comunicará al grupo lo que Dios quiere de ellos para servirle. El objeto de este voto es sólo «circa misiones»¹⁴⁰, es decir, para poder ser enviados por el Santo Padre «a cualquiera región a que nos quieran enviar» [FI 2] para la mayor gloria de Dios y el provecho de las almas [Co 603], como se menciona muchas veces en las *Constituciones*¹⁴¹.

El capítulo 4 de la parte VII enumera muchas cosas que los jesuitas pueden hacer para ayudar a los demás en su lugar de residencia: desde actividades espirituales hasta obras de misericordia corporales, o cosas intelectuales como escribir libros... Estos muestran la inmensa riqueza de la iniciativa apostólica de Ignacio, y al mismo tiempo

¹³⁷ «Obediencia al Sumo Pontífice para cualquier misión» [Co 527]. Esta intención se repite en las Fórmulas (el *Quinque capitula* 1539, 1540 y 1550), y cada vez se describe de forma más completa: FI 1 (1539) dice que: «...servir al solo Señor y a su Vicario en la Tierra...»; FI 1 (1540): «...servir al solo Señor y al Romano Pontífice se Vicario en la tierra...»; FI 1 (1550): «...servir al solo Señor y a la Iglesia su Esposa bajo el Romano Pontífice Vicario de Cristo en la tierra...».

¹³⁸ B. DE, MARGERIE, «El cuarto voto de la Compañía de Jesús, según Nadal», *Manresa* 42 (1970), 374.

¹³⁹ FI (1550), 1. En el *Quinque capitula* y la *Fórmula* 1540, no aparece la palabra «defensa», pero el contenido de los tres es casi el mismo.

¹⁴⁰ Aldama sostiene que el hecho de que Ignacio no menciona el cuarto voto en la parte VII (sobre los tres votos religiosos) sino en la parte VIII (sobre la misión) ya muestra su intención. (cf. A. ALDAMA, *op.cit.*, 247). Además, hay muchos lugares en las *Constituciones* que expresan claramente esta intención (Co 527. 529. 603. 605. 626).

¹⁴¹ Por ejemplo: 603. 605. 606. 609. 611. 612. 615. 616... donde el término «ser enviado o esparcido» o «mandar» se repite muchas veces.

revelan que el apostolado de los jesuitas no se limitó a ningún lugar o campo, sino hacer todo lo posible para mayor gloria de Dios y ayudar a las almas¹⁴².

¿Cuál es la actitud del jesuita ante una misión? Nos referimos a aquella actitud que, de alguna manera, refleja el espíritu de la meditación de «Dos Banderas». Para poder llevar a cabo bien la misión, Ignacio quiere que los jesuitas tengan una buena actitud. En primer lugar, la indiferencia, es decir, «no procurar ni tentar mediata o inmediatamente con el Papa o sus ministros para que haya de residir o ser enviado más a una parte que en otra» [Co 606], «sin entremeterse para ir o quedar en lugar más que otro, dejar total y muy libremente la disposición de sí mismo al superior» [Co 618], tampoco se permite «que alguno mueva algún príncipe o comunidad o persona de respeto para que escriba al superior» [Co 628]¹⁴³. Todo esto se corresponde al «ser puesto», en pasiva (algo muy diferente del activo «ponerse» propio de la meditación de «Dos Banderas» [cf. *Ej* 147]).

Los que son enviados, sin embargo, pueden «representar las mociones o pensamientos que le vienen en contrario» [Co 627]¹⁴⁴. Los diálogos deben tener lugar en atmósfera de oración y «sujetando todo su sentir y querer al superior suyo en el lugar de Cristo nuestro Señor» [Co 627]. Además, se aconseja a los enviados que mantengan un estrecho contacto con sus superiores por correspondencia para recibir orientaciones [Co 629]¹⁴⁵. Ignacio también exige que los jesuitas tengan la discreta caridad (incluso en la vida espiritual - Co 582) y el espíritu de *magis*, especialmente cuando se les envían a lugares lejanos y con muchas novedades [Co 633-635].

¹⁴² El modo de vivir de los jesuitas por la misión se considera como una ruptura con la vida monástica, porque en aquel tiempo, los monjes deben quedarse en sus celdas, como afirma *La imitación de Cristo*: «aquellos que viajan mucho raramente logran la santidad» [I, 23]. Mientras tanto los jesuitas son los hombres de viajar. (cf. J. O'MALLEY, *Los jesuitas y los papas. Cinco siglos de historia*, Mensajero, Bilbao 2017, 33).

¹⁴³ Incluso aquellos que tienen mala salud en algún lugar y necesitan ser trasladados a otro lugar, «no será de ninguno de los enfermos demandar la tal mutación ni mostrarse a ella inclinado, dejando este cuidado al superior» [Co 304]. La indiferencia y la obediencia van acompañadas de una actitud de disponibilidad que es expresada en la frase «sin subterfugio ni excusa alguna, inmediatamente, en cuanto de nosotros dependía» [FI 2] y en las cosas que no deben hacer para estar libres para la movilidad apostólica [Co 588, 589, 591].

¹⁴⁴ San Ignacio siempre aconseja el diálogo entre el superior y el súbdito para hallar la voluntad de Dios. [Co 292, 293, 543, 610, 661, 803, 817...]. Las Congregaciones Generales (CG) también mencionan a este tema, por ejemplo, CG 31, d.17, n.10; CG 32, d.11, n.55.

¹⁴⁵ En las cartas pastorales, Ignacio quiere que los jesuitas enviados escriban a Roma, ya pidiendo consejo, ya declarando el estado de las cosas. (Cf. La carta a los padres enviados a Alemania (24 septiembre 1549), (*Obras*, 784 [Epp XII, 239-242]), o la carta de Francisco Javier a Roma (18 de marzo 1541, *Epp Xav* I,80-81).

En toda la parte VII, lo que nos interesa quizás son las pautas de discernimiento apostólico de Ignacio en los números 622-624. El primer principio para cualquier discernimiento es siempre tener ante los ojos el mayor servicio divino y bien universal. El número 622 habla de lugares: donde más necesidad, más se fructificará, más abierta, mayor deuda, más universal y donde el enemigo de Cristo ha sembrado cizaña contra Dios y la Compañía. Esta nota de universalidad de la misión aparece también en la meditación de «Dos Banderas», tanto para el «caudillo de los enemigos» como para el «sumo capitán de los buenos» [Ej 141 y 145]. El número 633 y 634 proporciona criterios de discernimiento para seleccionar las personas apropiadas junto con la prioridad del trabajo que hay que realizar. Vemos en estas instrucciones de Ignacio la sabiduría de un hombre con talento de gobierno. Aunque estas orientaciones son bastante claras, requieren de los enviados una capacidad de discernir y adaptarse¹⁴⁶. Estas son sólo las instrucciones generales de Ignacio. También veremos su sabiduría pastoral en las instrucciones concretas caso por caso en sus cartas.

4. Las instrucciones de misión en las cartas

El legado que Ignacio dejó para la posteridad, además de las obras famosas como los *Ejercicios Espirituales*, las *Constituciones*, el *Diario espiritual* y la *Autobiografía*, también son unas 6815 cartas escritas por él mismo o por su secretario. Estas cartas son ricas en contenido sobre una variedad de temas y son una excelente fuente para nuestra comprensión del pensamiento de Ignacio y de su espiritualidad¹⁴⁷. La relectura de algunas de ellas nos permite ver la inspiración apostólica de Ignacio expresada en sus exhortaciones a servir constantemente a Dios o a través de sus muy sabios y específicos consejos en cada situación particular a los misioneros enviados a la misión. De hecho, en el gran campo de la misión, mientras los discípulos del Señor están tratando de construir el reino de Dios, los enemigos del Señor también están trabajando muy duro para destruir esta obra de Dios.

Como ya sabemos, desde su conversión, especialmente después de la Ilustración del Cardoner, Ignacio siempre busca la gloria de Dios. Esta es la naturaleza de la misión, porque no puede haber una misión si no es para la alabanza, la reverencia y el servicio de Dios. En casi todas las cartas de Ignacio, encontramos las palabras de Ignacio animando

¹⁴⁶ Cf. Co 414. 633. 635.

¹⁴⁷ Para más información: J. GARCÍA DE CASTRO, «Cartas», en DEI I, 294-306.

a otros a buscar incesantemente a Dios y Su gloria en todas las cosas. Por ejemplo, en una carta a Inés Pascual, Ignacio le advierte que «que miréis siempre de llevar adelante (huyendo siempre de los inconvenientes; que si vos bien los huís, la tentación no podrá tener fuerzas algunas contra vos) lo que siempre debéis hacer, anteponiendo la alabanza del Señor sobre todas las cosas»¹⁴⁸. En una carta a su hermano Martín García de Oñaz, Ignacio escribió que desea «mucho y más que mucho, si hablar se puede, que en vuestra persona, parientes y amigos cupiese intensamente ese tal y tan verdadero amor y fuerzas crecidas en servicio y alabanza de Dios N.S.»¹⁴⁹...

Sobre todo, quizás lo que más nos interese sean los consejos que da Ignacio, como superior de la Orden, a los padres en misión en diferentes áreas y regiones. La Compañía de Jesús nació en un contexto muy complejo tanto dentro como fuera de la Iglesia, por lo que las misiones que la Orden llevó a cabo también se enfrentaron con muchas dificultades. Los padres enviados a menudo se confunden con la misión que se les ha encomendado. En cada carta, san Ignacio (o a través de su secretario Polanco) ofrece una serie de instrucciones prudentes y prácticas para ayudarles a llevar a cabo su misión. Las instrucciones son muy específicas, claras, y suficientes. Contienen las normas prácticas de acuerdo con la jerarquía de su importancia; además, tratan también de otras cosas relacionadas. Los consejos de Ignacio muestran tanto el cuidado de un superior por sus subordinados, el talento de gobernar, como la sabiduría divina que Dios le ha dado para ayudarle a discernir, para no caer en los engaños del enemigo, y caminar siempre firmemente por el itinerario del Señor. Examinemos estos consejos en algunas cartas pastorales de Ignacio a la luz de la meditación de «Dos Banderas».

Paschase Broët¹⁵⁰ y Alfonso Salmerón¹⁵¹, que son dos de los primeros padres, son enviados a Irlanda para ayudar a la Iglesia local en la lucha contra el cisma en expansión provocado por el rey Enrique VIII. Ignacio ha compilado pautas para ayudarles a negociar y conversar con otros para que puedan dar buenos frutos¹⁵². En una situación

¹⁴⁸ La carta a Inés Pascual (06 diciembre de 1524 o 1525), (*Obras*, 651 [Epp I, 71-73]).

¹⁴⁹ La carta a Martín García de Oñaz (junio 1532), (*Obras*, 652 [Epp I, 79-83]).

¹⁵⁰ Broët (1500-1562), el francés. Estudió en Amiens y fue ordenado sacerdote el 12 de marzo de 1524. En 1532 o principios de 1533 fue a París. Allí conoció a Pedro Fabro, hizo los *Ejercicios* e hizo los votos en Montmartre el 15 de agosto de 1534. Trabajó en Siena (1537-1540) y después de su misión en Irlanda trabajó en Italia (1542-1551), fue nombrado Provincial de Francia (1552 -1556), murió en París por enfermedad de los pacientes que atendía.

¹⁵¹ Salmerón (1515-1585) nació en Toledo, España. En 1528 fue a Alcalá y conoció a Diego Laínez. Fue experto teológico del Papa en el Concilio de Trento (1546, 1551, 1562) y llegó a ser Provincial de Nápoles (1558-1576).

¹⁵² La carta a los padres Broët y Salmerón (septiembre de 1541) (*Obras*, 683 [Epp I, 179-181]).

tan complicada como en Irlanda que está muy agitada a causa de la división, las conversaciones son un medio importante para cerrar las desavenencias. Les aconseja en general «hablar poco y tarde, oír largo y con gusto». Ignacio aprecia la observación y el discernimiento para encontrar la forma y los contenidos adecuados al hablar.

Es interesante notar que, al dar instrucciones, Ignacio aconseja a los padres que usen las tácticas que usa el enemigo: entrar con el otro y salir consigo¹⁵³. La carta respira, pues, el ambiente «bélico» que caracteriza la meditación de «Dos Banderas». Ciertamente, la diferencia entre los dos es que mientras el enemigo arrastra las almas al mal, nosotros las llevamos al bien: «Nosotros podemos para el bien alabar o conformar con uno cerca alguna cosa particular buena, disimulando en las cosas que malas tiene y ganando su amor hacemos nuestras cosas mejor; y así, entrando con él, salimos con nosotros»¹⁵⁴. Este método demuestra una sabiduría y al mismo tiempo supone un discernimiento muy bueno para saber ganar el amor del interlocutor, y de ahí poder llevarlo poco a poco a cosas mejores. Discernimiento implica dilucidar entre una opción y otra. Tal es el enfoque de la meditación de «Dos Banderas»: entre el «capitán de los buenos» y el «caudillo de los malos».

Además, Ignacio no se olvida de instruir a los padres que no ignoren a los que están tentados o tristes, sino que les lleven consuelo, paz y alegría para ayudarlos «ir al contrario de lo que sienten» porque la tentación y la tristeza ciertamente vienen del diablo¹⁵⁵. La tarea del apóstol es ayudarles a no caer en los engaños del enemigo sino a gustar el gozo en el Señor. Al final de la carta, Ignacio menciona el problema de dinero. Prefería que nadie tocara el dinero, pero que se distribuyera a la persona abonada. Una vez más, vemos la preocupación de Ignacio por la tentación de dinero. La veía como una barrera para lograr el éxito apostólico. Separarse del dinero (vivir la pobreza) es el primer paso indispensable para caminar firmemente en el seguimiento de Jesús.

También es muy ilustrativa la carta que Ignacio envió a Simão Rodríguez en 1542¹⁵⁶. En aquel momento, había conflictos entre el Rey Juan III de Portugal y el Papa

¹⁵³ Se habla de esta táctica en *Ej* 332: el enemigo engaña al hombre *sub angelo lucis*.

¹⁵⁴ *Obras*, 684.

¹⁵⁵ Cf. *Ej* 316.

¹⁵⁶ La carta al padre Simão Rogrigues (18 de marzo de 1542), (*Obras*, 685 [*Epp*, I 192-196]). Rodríguez (1510-1579), el portugués, fue uno de los primeros compañeros. Fue nombrado Provincial de Portugal (1546-1552). Rodríguez causó muchos problemas en la Orden. En 1553 fue llamado a Italia. En 1564 fue a España. En 1573 regresó a Portugal y murió en Lisboa el 15 de julio de 1579.

Pablo III. Como Rodríguez estaba en Portugal y ocupaba un lugar importante ante el rey Juan III, Ignacio le encomendó la tarea de reconciliar a los dos. En la carta, Ignacio ofrece una teología de la gratitud: la ingratitud es una de las cosas más dignas de ser abominada delante de nuestro Criador y Señor.

Ignacio menciona así las bendiciones que Dios ha dado a la Orden a través del Papa Pablo III (por la fundación de la Orden) y del Rey Juan III (por su ayuda para que la Compañía pudiese estar presente y trabajar en Portugal). Este sentimiento nos recuerda la imagen del caballero ante el rey «tan liberal y tan humano» [Ej 94], que le ha concedido tantas gracias; y se considera como «perverso caballero» si no responde positivamente a la voluntad del rey [ibid.]. Así pues, el caballero responde a aquellas gracias trabajando voluntariamente para el rey, día y noche para cumplir su santísima voluntad. La Compañía, porque debe favores a Dios y a muchos otros, no puede ignorar la división que el enemigo ha causado en la Iglesia, por lo que debemos ofrecer todas nuestras fuerzas a los trabajos espirituales y corporales para combatir contra las divisiones provocadas por los enemigos de la naturaleza humana.

Otra carta digna de mención es la carta de Ignacio a los padres del Concilio de Trento que se abrió el 13 de diciembre de 1545¹⁵⁷. Por mandato del Papa Pablo III, Ignacio nombra a Diego Laínez, Alfonso Salmerón y Pedro Fabro (fallecido antes de la apertura del concilio). Además, asistió también Claudio Jayo en representación del cardenal Otto Truchsess (Augsburgo). Estos padres fueron todos destacados teólogos. Pero Ignacio también les dio instrucciones muy concretas y específicas, para ayudarles a llevar a cabo las discusiones teológicas, y al mismo tiempo no descuidar otros apostolados que eran útiles para la gente sencilla.

Así mientras asisten a las reuniones, deben tener cuidado en la forma en que hablan (tardo en hablar), y escuchan más para poder entender «los entendimientos, afectos y voluntades de los que hablan para mejor responder o callar». Cuando hay desacuerdos entre las dos partes, es mejor ponerse en una posición intermedia, sin favorecer a ninguna de las partes. Además, para conversar y tratar en las materias adquiridas o infusas ... no mirar a nuestra comodidad, sino a la comodidad y condición de la persona con quien queremos tratar para moverle a mayor gloria de Dios.

¹⁵⁷ La carta a los padres enviados a Trento (a principios de 1546), (*Obras*, 712 [Epp I, 386-389]).

En la línea de la meditación de «Dos Banderas» de favorecer el espíritu de pobreza, Ignacio también aconseja a los padres que, además del tiempo de participar en el concilio, deben dedicar tiempo a otros apostolados populares como la predicación, la confesión, la catequesis a los niños, la visita a los pobres en los hospitales... para ayudarles a ir adelante en la oración y devoción. El contenido en las conversaciones o predicación debe centrarse en las buenas costumbres y devociones en lugar de las diferencias entre católicos y protestantes. Y, en la línea de la petición de la meditación de «Dos Banderas», de adquirir lucidez sobre la vida verdadera y sobre los engaños del mal caudillo [cf. *Ej* 139], es necesario ayudar a la gente al pleno conocimiento de sí mismos, ya mayor conocimiento y amor de su Criador y Señor, así como inflamar las ánimas en amor de su Criador y Señor... Además, Ignacio también recuerda a los padres la práctica de comunicar entre sí cada día, ayudándose mutuamente a corregir errores a través del examen. Esto les ayuda a no buscar la vanagloria sino a buscar sólo la gloria de Dios en humildad. Todo esto no es más que predicar la sagrada doctrina de Cristo de la que hemos hablado en la meditación de «Dos Banderas».

Los consejos de Ignacio a los padres nos ayudan a ver el carácter de abnegación del discípulo de Dios. Ignacio no quiere que los jesuitas se ocupen sólo de las áreas académicas del pensamiento teológico, sino que también sepan comunicarlo a los más pequeños de la sociedad. De hecho, es un gran desafío explicar las verdades de la fe a aquellos que no tienen una buena educación. Requiere un conocimiento bastante adecuado, la pedagogía y, sobre todo, la paciencia y humildad. Las actividades apostólicas, como enseñar a los niños, visitar a los enfermos y ayudarlos espiritualmente en lo posible de la manera más sencilla, no es solo una ayuda a estos sujetos, sino también a los mismos jesuitas para tener sencillez espiritual.

En la colección de las cartas de San Ignacio, existen también las cartas particulares relacionadas con la universidad y la misión fuera de Roma. Hemos elegido aquí sólo dos cartas más conocidas para mostrar la prudencia pastoral de Ignacio: la carta a los padres enviados a Alemania (1549)¹⁵⁸ y a Jayo (1551)¹⁵⁹.

Ignacio siempre tuvo presente el principio: cuál es el fin que debemos lograr y cuáles son los medios útiles para llegar a ese fin. Lo expresó así: «... hará que sin cesar

¹⁵⁸ La carta a los padres enviados a Alemania (24 de septiembre 1549), (*Obras*, 784 [*Epp* 12, 239-242]).

¹⁵⁹ La carta a Jayo (8 de agosto de 1551), (*Obras*, 819 [*Epp* 3, 602-605]).

se acuerden y tengan ante los ojos el tal fin y lo encomienden a Dios en sus sacrificios y oraciones, y pongan con diligencia todos los otros medios que sean oportunos»¹⁶⁰ y «todo lo que aquí se siente de los medios para tal fin»¹⁶¹. A veces, las instrucciones son muy generales para dar espacio al discernimiento. En la carta a Jayo, Polanco escribe que presentará la idea principal y Jayo será el que representaría lo que de esto le pareciera a la majestad del Rey.

La carta a los padres enviados a ministerios fue escrita en latín por San Ignacio el 24 de septiembre de 1549 a Jayo, Salmerón y Canisio ayudándoles en sus misiones de restaurar la Universidad de Ingolstadt que en aquel tiempo estaba decayendo rápidamente después de la muerte de Juan Eck. Esta carta contiene tres partes: la primera parte son los medios comunes para ambos fines (15 puntos); la segunda son los medios más propios para el fin primario: la edificación de aquellas gentes en la fe, doctrina y vida cristiana (17 puntos); y la tercera son los medios para el fin secundario: promover la Compañía en Alemania (12 puntos).

Aunque es una carta pastoral, no faltan los sentimientos espirituales. Les anima a confiar con gran magnanimidad en Dios y a vivir una vida ejemplar con modestia, caridad y el ejercicio de todas las virtudes. Les anima a tener amistad espiritual (porque Alemania necesita mucho de estos ejemplos), a hacer obras que muestran el amor sin buscar sus propios intereses, sino los de Jesucristo. Además, les exhorta a enseñar buena doctrina, a celebrar la misa, a oír confesiones, etc.

Ignacio quiere que los padres tengan una buena observación y discreción en el comportamiento con diferentes personas. Por ejemplo, con las autoridades, hay que tener una sincera caridad para el bien común y conservar la amistad. Donde haya divisiones, hay que mantenerse en medio. A las personas que no les gusta la Compañía, es necesario ayudarles a entender correctamente sobre nosotros y tratan de hacerse amigos con ellos. En el comportarse con los herejes, es necesario afirmar y confirmar la verdad católica e impugnar los errores. Especialmente, con los estudiantes, es mejor no predicar lo que es muy difícil de entender, tener buen conocimiento del talento de los hombres para formarlos, para que después de los estudios, sean útiles operarios en la viña de Jesucristo. Además, hemos de promover también los intereses de la Compañía con la juventud.

¹⁶⁰ *Obras*, 785.

¹⁶¹ *Op.cit.*, 820.

El contexto de la carta a Jayo fue el hecho que el rey Fernando I, el rey de los Romanos, quería impulsar la reforma católica en su territorio. Escribió a Julio III y pidió a Jayo y a algunos jesuitas que fueran a Viena para restaurar la teología allí. Jayo fue allí para enseñar y logró mucho éxito. En julio, Jayo le escribió a Ignacio pidiéndole su opinión sobre el establecimiento de una facultad teológica y cómo hacerlo. La carta original fue escrita en italiano por Polanco por comisión de san Ignacio.

Ignacio ofreció primero dos opciones posibles, analizando los convenientes e inconvenientes. Finalmente, ofreció una tercera opción, que decía ser la mejor. A partir de esto, podemos ver su visión amplia y su comprensión profunda de los problemas y situaciones allí. Entre los medios que podemos usar, siempre elegimos los que sean más útiles. Además, podemos ver que Ignacio es una persona muy práctica y de gran visión. Para llevar a cabo un proyecto, junto con lo espiritual se requieren también talentos humanos y, en particular, Ignacio anticipa las dificultades que pueden poner los que se oponen a la Compañía. Hay que tener cuidado y discernir constantemente.

Es interesante descubrir que lo que está escrito en la carta a los padres que se envían a ministerios¹⁶² es muy similar a las instrucciones sobre la misión en la parte VII de los Constituciones. Ignacio dividió las reglas en tres partes: (1) primero, cuanto a sí mismo; (2) segundo, respecto al prójimo; (3) tercero, hacia la cabeza y cuerpo de la Compañía. En cuanto a sí mismo, Ignacio aconseja a cada uno saber «defenderse de todo mal y conseguir toda virtud posible», porque las virtudes ayudarán a llevar a los demás a Dios; al mismo tiempo, debe saber cómo mantener la salud y las fuerzas físicas. En cuanto a la Orden, Ignacio invita a los padres a dejarse guiar por los superiores en su misión, por tanto, hay que comunicarles las cosas necesarias y obedecerles; es muy necesario también prestar atención a promover la creación de colegios nuevos y la admisión de jóvenes para formar a los futuros apóstoles del Señor.

Lo más interesante, desde el punto de vista de la relación de esta carta con la meditación de «Dos Banderas», son las instrucciones en lo que concierne a los demás (parte 2), Ignacio propone estándares para ayudar a los padres enviados a dar preferencia en cuanto a quién deben contactar primero, en qué trabajo y qué instrumentos hay que usar. Por ejemplo, se debe mirar primero a las personas de las que se espera mayor fruto,

¹⁶² La carta a los padres que se envían a ministerios (8 de octubre 1552), (*Obras*, 834 [*Epp* 12, 251-253]).

o las más necesitadas, o las personas de gran autoridad, doctrina, bienes temporales, u personas idóneas que luego podrán ayudar a otras personas para gloria de Dios.

Cada uno debe dar más prioridad a su propia misión antes que a la de los demás, a las cosas espirituales más que a las cosas mundanas, a las urgentes más que a las no absolutamente necesarias, a las universales más que a las particulares, a las perpetuas y que duran más que a las temporales. También es recomendable utilizar medios espirituales como la oración, el buen ejemplo, la confesión, los ejercicios espirituales, la conversación espiritual, la catequesis, etc. Todos deben tener una actitud humilde, no arrogante. Hay que discernir siempre en cada situación para saber qué hacer. Nunca se ignore el examen diario para poder reconocer las mociones del Espíritu Santo...

Estas son solo algunas de las instrucciones de Ignacio con respecto a la misión. Hay muchas otras que no podemos completar aquí. Sin embargo, un vistazo a sus cartas es suficiente para percibir el celo apostólico de Ignacio, aunque él no desempeñó directamente esas misiones. Como queda dicho antes, vemos en estas instrucciones aparentemente pequeñas y sencillas un gran corazón y amplia visión. Como observa el padre Kolvenbach: «La mediocridad no tiene lugar en la visión del mundo de Ignacio»¹⁶³, Ignacio siempre sabe aprovechar las pequeñas cosas para conseguir las grandes. Este es el camino de Dios, el camino de la abnegación, del abajamiento, de hacerse pequeño, pero contiene el poder salvador de Dios. A los ojos de Ignacio, Jesús, el sumo capitán general, quiere «conquistar todo el mundo y todos los enemigos» [Ej 96], envía a sus discípulos «por todo en mundo para proclamar su sagrada doctrina a todos los estados y condiciones de personas» [Ej 145], sin embargo «se pone en un lugar humilde, hermoso y gracioso» [Ej 144]. Esta imagen simbólica reafirma una vez más el mensaje del valor salvífico del camino de humildad de Cristo, experimentado por Ignacio, y lo eligió como camino propio para él mismo y para los que quieren hacerse verdaderos discípulos de Dios.

II. Preocupaciones por la misión en las seis últimas Congregaciones Generales

La Congregación General¹⁶⁴ (CG) de la Compañía de Jesús se convoca normalmente para discutir los temas importantes relacionados con la vida y las actividades de la Orden. Al

¹⁶³ P-H., KOLVENBACH, «To friends and Colleagues of the Society of Jesus», AR 20 (1988-1993) 606.

¹⁶⁴ Por lo que respecta a la convocatoria de Congregaciones Generales, en la mente de Ignacio, «no parece en el Señor nuestro por ahora convenir que se haga en tiempos determinados ni muy a menudo,

dar instrucciones relacionadas con la misión, las CC.GG. toman muchas inspiraciones del ejercicio del «llamamiento del Rey Eternal» y la meditación de «Dos Banderas» en los *Ejercicios*¹⁶⁵. Además, uniéndose al nuevo viento que el Espíritu Santo ha soplado en la Iglesia a través del Concilio Vaticano II, las últimas Congregaciones provocan a la renovación personal en particular y a toda la Compañía en general en el camino de retorno a la fuente¹⁶⁶ para poder servir mejor el mundo de muchos cambios.

En esta parte, no profundizaremos en todos los temas que cubren las Congregaciones, sino que nos centraremos principalmente en algunas instrucciones relacionadas con la vida misionera que son relevantes con el espíritu de la meditación de «Dos Banderas». En particular, desarrollaremos tres puntos: la identidad del jesuita de hoy, el seguimiento de un Cristo pobre y la misión de la Orden a través del «servicio de la fe y la promoción de la justicia».

1. La identidad del jesuita y su misión

Las CC.GG. nos recuerdan que cada dimensión de la Orden está orientada a la misión¹⁶⁷. Pero, ¿quiénes somos para poder llevar a cabo la misión de Cristo? Al inicio, la gente llamaba a los jesuitas por diferentes nombres. En Italia, por ejemplo, a los jesuitas se les conocían como «sacerdotes reformados» o «santos sacerdotes romanos», en Portugal se les conocían como «apóstoles»¹⁶⁸. En otros lugares, se les llamaban «ignacianos», *ignistae* o *ignatiani*¹⁶⁹. La palabra «jesuita» apareció en el siglo XV para indicar un buen

porque el Prepósito General, con la comunicación que tiene con la Compañía toda, y con ayuda de los que con él se hallaren, excusará este trabajo» [Co 677], y también porque la reunión con frecuencia afectaría mucho al desempeño de la misión de los miembros. Sin embargo, en casos de necesidad, como la elección del General [cf. Co 677] o la discusión de asuntos perpetuas e importantes [cf. Co 680], es posible organizar una congregación general. Obsérvese que si bien los que asisten a la congregación general son los profesos y algunos coadjutores [cf. Co 682], no se trata de una reunión de estas personas, sino de toda la Compañía. Por lo tanto, lo que decide la congregación general no es decisión del grupo de los participantes, sino de la Compañía propia. (cf. Cf. A. ALDAMA, *op.cit.*, 276). Véase: J. MARTINEZ DE LA ESCALERA, «Congregaciones», en DEI I, 397-399.

¹⁶⁵ cf. CG 31, d.1, n. 4; cf. CG 32, d.12, n.265; CG 33, d.1, n. 33; CG 34, d.3, n.5, 66; CG 35, d.1, n. 4; d.3, n. 62; d.4, n. 89; CG 36, d.1, n. 21...

¹⁶⁶ Cf. *Perfectae Caritatis*, 2; CG 32, d.4, n.38: *Un resurgimiento apostólico*. Nos sentimos así remitidos a nuestra práctica de los *Ejercicios Espirituales*. Mediante ellos, podemos, a la vez, reavivar sin cesar nuestra fe y nuestra esperanza apostólica, renovado nuestra experiencia del amor de Dios en Jesús...

¹⁶⁷ La CG 32 dice que «no sólo nuestra vida comunitaria, también nuestros votos religiosos son apostólicos» [CG 32, d.2, n.20]. La formación en la Compañía «debe preparar testigos y ministros aptos de la fe que puedan ser enviados» [CG 32, d.6, n.6.] y «se debe entender y promover como un proceso de integración en el cuerpo apostólico de la Compañía» [CG 32, d.6, n.7], y «debe llevar a nuestros jóvenes a estar prontos a cumplir las misiones y a ejercitar los ministerios que les confie la Compañía» [CG 32, d.6, n.13]. La CG 35 escribe un decreto para tratar del «gobierno el servicio de la misión universal» [d.5] y la CG 36 continúa tratando de «un gobierno renovado para una misión renovada» [d.2].

¹⁶⁸ Cf. J. O'MALLEY, *Los primeros Jesuitas*, Mensajero – Sal Terrae, Bilbao 1993, 93.

¹⁶⁹ *Chron.* 1, 444; 6, 533; cf. J. O'MALLEY, *op.cit.*, 94.

cristiano (un seguidor de Jesús), pero más tarde en el siglo XVI tiene sentido peyorativo: un religioso hipócrita, y la gente lo aplica para referirse a los jesuitas¹⁷⁰. Nadal, al redefinir el significado de la «Compañía de Jesús», también afirmaba que los miembros de la Orden, que se llamaban «jesuitas», compañeros de Cristo Jesús, *socii Christi Jesu*¹⁷¹. La identidad del jesuita como «compañero de Jesús» ha sido oficialmente confirmada, pero es muy necesario que se haga realidad en la vida de cada miembro de la Orden.

Después del Concilio Vaticano II, muchas congregaciones religiosas en general y los jesuitas en particular entraron en crisis. Una vez más, los jesuitas quedaron desconcertados acerca de su identidad. ¿Cómo entendemos el significado profundo de un «compañero de Jesús»? A partir de la experiencia de los *Ejercicios*, la CG 32 dice que el jesuita, que es compañero de Jesús, «es pecador y, sin embargo, llamado ser compañero de Jesús, como lo fue San Ignacio»¹⁷². Esta definición evoca dos dimensiones de la identidad del jesuita: por un lado, es un pecador que no vive según los valores del Reino de Dios; por otro lado, él (después de haber sido perdonado) está llamado a ser el compañero de Jesús para construir del Reino con Él. Estas dos dimensiones se entrelazan en la persona del jesuita, como se ve en Ignacio y su experiencia de conversión. En efecto, para Ignacio, la verdadera conversión no se limita en la perfección personal, sino al compromiso con la misión de Cristo.

La meditación de «Dos Banderas» menciona «tantas personas, apóstoles, discípulos...» [Ej 145] y «sus siervos y amigos» [Ej 146]. Estos títulos también se utilizan para referirse a los jesuitas. Son apóstoles, discípulos, siervos y amigos de Jesús que están perdonados por la misericordia de Dios en la experiencia de la primera semana de los *Ejercicios* y ahora están enviados para difundir la sagrada doctrina de Cristo, en otras palabras, son personas de misión. La CG 32 confirma que «un jesuita es esencialmente un hombre con una misión: una misión que recibe directamente del Santo Padre y de sus

¹⁷⁰ En el libro *Vita Jesu Christi* de Ludolfo, se lee: «y en el cielo seremos llamados por Jesús mismo jesuitas (*jesuitae*), es decir, salvados por el Salvador». Cf. J. O'MALLEY, *op.cit.*, 94, nota 120.

¹⁷¹ *MNad* 4,650; cf. J. O'MALLEY, *op.cit.*, 95.

¹⁷² CG 32, d.2, n.1. Esta identidad jesuítica se repiten en la CG 33: «Sin embargo reconocemos que quienes hemos recibido esta misión también somos pecadores» [CG 33, d.1, n. 32], y en la CG 35: «De hecho, el paso de la primera a la segunda semana de los Ejercicios consiste en un cambio de perspectiva: el ejercitante experimenta que toda su vida ha sido abrazado por la misericordia y el perdón, y deja de mirarse para pasar a 'contemplar' a 'Cristo, Rey eterno, y delante de él todo el universo mundo al cual y a cada uno en particular llama.' Somos en verdad pecadores y, sin embargo, llamados a ser compañeros de Jesús, como lo fue San Ignacio.» [CG 35, d.1, n.4]. También en la CG 36: «Por ello, nos invade, no obstante, la alegría al reconocernos pecadores que, por la misericordia de Dios, somos llamados a ser compañeros de Jesús y colaboradores de Dios (1Cor 3,9)» [CG 35, d.1, n.3].

superiores religiosos, pero radicalmente del mismo Cristo, el Enviado del Padre. Precisamente por ser enviado, el jesuita se convierte en compañero de Jesús¹⁷³, y el jesuita se identifica con uno que es «enviado»¹⁷⁴. Además, el jesuita no realiza su misión solo, sino con otros compañeros que son «servidores de la misión de Cristo»¹⁷⁵, formando una comunidad, aunque «contemplativa pero no monástica»¹⁷⁶.

Por eso, la misión de la Compañía se realiza en todo el mundo y en todos los campos como mencionó Ignacio en la meditación de «Dos Banderas» con las imágenes: «todo el mundo» y «todos estados y condiciones de personas» [Ej 145]. Así pues, el límite de la misión jesuítica es no tener límite. Ante un mundo de muchos cambios y nuevos descubrimientos, los jesuitas siguen siendo llamados a alcanzar nuevas fronteras. La noción de «frontera» o «periferia» se repite muchas veces en las Congregaciones 35 y 36. Salir de sí para ir a los lugares lejos a servir a la gente es lo que Papa Francisco quiere que los jesuitas vivan: «yendo a las periferias donde otros no llegan»¹⁷⁷. No se trata de las fronteras solamente físicas o geográficas sino también espirituales «a los que otros no llegan o encuentran difícil hacerlo»¹⁷⁸ y «las fronteras de la cultura y de la religión»¹⁷⁹.

Finalmente, no se puede evitar mencionar la característica sumamente importante de la misión de los jesuitas: «ser enviados». Como hemos visto en la meditación de «Dos Banderas», los apóstoles no buscan su propia misión independientemente, sino que son enviados por el Sumo Capitán, es decir, están llamados a participar en la misión del Cristo. Lo mismo ocurre con los jesuitas. Ellos reciben la misión de Dios y la reciben a través de la Iglesia. Por tanto, la misión de los jesuitas debe realizarse siempre en obediencia al Santo Padre, el vicario del Cristo en la tierra. Esto ya se mencionó en la *Fórmula* y se repite muchas veces en todas CC.GG. El Decreto 4 de la CG 35 está dedicado a la obediencia del Santo Padre como fundamento de nuestra misión. La razón es que los jesuitas tienen una sola misión, la de Cristo, que se recibe a través de la Iglesia. Por lo tanto, el espíritu de la Compañía de *sentire cum ecclesia in missione* de la Compañía nunca debe pasarse por alto. La experiencia ha demostrado que las instrucciones dadas por los Papas para las CC.GG., a través de los discursos o las cartas,

¹⁷³ CG 32, d.2, n.14.

¹⁷⁴ cf. CG 33, d.1, n.28.

¹⁷⁵ CG 34, d.2, n.1.

¹⁷⁶ CG 32, d.2, n.15-16.

¹⁷⁷ Discurso del Santo Padre Francisco a los miembros de la 36ª CG de la Compañía de Jesús.

¹⁷⁸ CG 36, d.3, n.19.

¹⁷⁹ *Ibid.*, n.22.

han proporcionado muchas inspiraciones a los delegados, ayudándoles tanto a superar los bloqueos como a tener una dirección para buscar nuevos planes de misión.

2. El seguimiento de un Cristo pobre

La meditación de «Dos Banderas» menciona la pobreza, el deseo de menosprecios y la humildad que son los valores de Cristo [cf. *Ej* 146]. Como queda dicho antes, los enviados de Cristo no sólo enseñan las teorías de la doctrina sagrada, sino que proclaman al mismo Cristo encarnado, según lo enseña esta doctrina, porque de Él (y no de las teorías) emana la salvación para el mundo. Elegir el camino de la pobreza de Cristo es elegir ir contra los engaños del enemigo. Y para poder cumplir bien esta misión, los enviados deben primero estar imbuidos de estos valores de Cristo. En otras palabras, predicán el Evangelio a través de una vida pobre como Cristo pobre¹⁸⁰.

En efecto, no sólo en la meditación de «Dos Banderas», sino también a lo largo de los *Ejercicios*, el ejercitante va descubriendo poco a poco a un Dios pobre y humilde. Este es el Dios que los jesuitas quieren seguir. Así pues, imitar la pobreza de Cristo se vuelve tan esencial y fundamental de la vocación jesuítica que perderla es perder su propia vocación. Quizás por esta razón, todas las CC.GG. desde 31 a 36 se refieren a la pobreza de forma explícita (en forma de decreto) o implícita (expresada al hablar de algo relacionado)¹⁸¹. La pobreza es un tema muy amplio y complejo. Ni Dios ni los jesuitas promueven una especie de pobreza como resultado de la injusticia. La pobreza social es un mal, no una virtud para conseguir. La opción del camino de la pobreza de Cristo pobre de los jesuitas es la opción de estar del lado de los pobres en la sociedad para acompañarlos y ayudarles en todo lo posible, y «esta opción deberá encontrar alguna expresión concreta, directa o indirecta, en la vida de cada jesuita, en la orientación de nuestros trabajos y en la selección de ministerios»¹⁸².

¹⁸⁰ Las CC.GG. dan muchas instrucciones específicas para ayudar a los miembros de la Compañía de Jesús a vivir la pobreza de acuerdo con las exigencias de la Iglesia y la Orden. Sin embargo, no entraremos en estas disposiciones legales, sino que nos detendremos en las instrucciones espirituales generales relacionadas con el espíritu de la meditación de «Dos Banderas».

¹⁸¹ Por ejemplo, la CG 31 tiene el decreto 18; la CG 32 tiene el decreto 12; la CG 33 tiene el decreto 2; la CG 34 tiene el decreto 9. Las CC.GG. 35-36, aunque no tiene ningún decreto que trata directamente de este tema, mencionan la pobreza como un elemento para un servicio eficaz a los pobres, especialmente, en la CG 36 [Cf. CG 36, d.1, n.6; d.2, n.18]. En el diálogo del Papa Francisco con los jesuitas reunidos en la última CG (la 36), hay una pregunta al Papa Francisco: «¿Desea el Papa Francisco una Compañía pobre para los pobres? ¿Qué consejo nos da para caminar en esa dirección?». El Papa responde refiriéndose a San Ignacio y critica el clericalismo.

¹⁸² CG 33, d.1, n.48.

En esta línea, la CG 32 recuerda a los jesuitas que «la pobreza religiosa voluntaria es un esfuerzo del hombre pecador en el seguimiento radical de Cristo humilde y pobre para conquistar, contra todo afecto desordenado, aquella libertad que es condición de un amor intenso y libre a Dios y al prójimo»¹⁸³. La misma CG también invita a los jesuitas a rechazar «los ídolos que el mundo está siempre tentado de adorar: dinero, placer, prestigio, poderío»¹⁸⁴ para poder «ayudar a los hombres a abrirse a Dios y servir según todas las exigencias e interpelaciones del Evangelio»¹⁸⁵. No podemos olvidarnos que «nosotros debemos predicar en pobreza»¹⁸⁶ y «la centralidad del trabajo en solidaridad con los pobres de acuerdo con nuestro carisma ignaciano»¹⁸⁷ porque «ser amigos del Señor» significa «ser amigos de los pobres»¹⁸⁸.

En sintonía con el contenido de la meditación de «Dos Banderas», vemos el carácter apostólico de la pobreza de la Compañía de Jesús. En efecto, los jesuitas no ven a la pobreza sólo como un medio de la perfección personal en la abstinencia o la renuncia de los bienes materiales, y mucho menos como una actitud de desprecio por las cosas visibles. El carácter apostólico de la pobreza jesuítica tiene su origen en el mismo carácter apostólico en el auto-vaciamiento (*kenôsis*) y pobreza de Cristo: se hace pobre para enriquecer al hombre con su pobreza (cf. 2Cor 8,9). En otras palabras, la pobreza que viven los jesuitas no tiene valor en sí misma, sino que está dirigida a un fin apostólico: ayudar a las almas, o imitar a Cristo, para enriquecer a la humanidad, especialmente a los pobres. Ser recibido bajo la bandera de Jesús pobre y humillado [cf. *Ej.* 147] es precisamente para vivir este valor apostólico como Jesús. Las CC.GG. también mencionan esta característica: «Nuestra pobreza en la Compañía es apostólica... Norma y medida de nuestra pobreza es, por tanto, nuestro fin apostólico, por lo que todo nuestro apostolado debe estar impregnado del espíritu de pobreza»¹⁸⁹.

La pobreza apostólica de los jesuitas muestra la confianza en la providencia divina. Esto es esencialmente una señal del reino de los cielos. También ayuda a los jesuitas a servir a los demás con el espíritu de gratuidad y con la libertad de corazón.

¹⁸³ CG 32, d.12, n.9.

¹⁸⁴ CG 32, d.4, n.16.

¹⁸⁵ CG 32, d.4, n.18.

¹⁸⁶ CG 34, d.2, n.6. Ignacio también dice que «siempre en estado de predicar en pobreza» [*Epp* I, 96].

¹⁸⁷ CG 34, d.2, n.8; Al inicio, los primeros padres decidieron «dejar totalmente el mundo y meterse en la vía de la pobreza y cruz» [*FN* I, 100].

¹⁸⁸ CG 34, d.2, n.9; cf. *MHSI* I, 572-577.

¹⁸⁹ CG 31, d.18, n.4; cf. CG 32, d.12, n.9; CG 33, d.9, n.4.

Dicho de otra manera, la pobreza «nos hace testigos del amor gratuito de Dios, que entregó a su Hijo por nosotros en el despojo total de la encarnación y de la cruz»¹⁹⁰.

3. La misión del «servicio de la fe y la promoción de la justicia»

Después de tratar de la identidad del compañero de Jesús y el estilo de vida de pobreza que debe tener en el camino del seguimiento de Cristo en la ayuda a las almas, especialmente a los pobres, vamos ahora a examinar la misión concretada por las CC. GG. referentes a la proclamación de la doctrina sagrada en este mundo, tal como se menciona en la meditación de «Dos Banderas».

Si echamos un vistazo a todos los documentos de las CC.GG. 31-36, es fácil reconocer que la misión del «servicio de la fe y la promoción de la justicia» se repite muchas veces y se considera central para toda la misión que los jesuitas tienen que llevar a cabo. De hecho, la *Fórmula Instituto* declara que nuestra misión es la defensa y propagación de la fe y al provecho de las almas en la vida y doctrina cristiana¹⁹¹. Basado en la misma idea, la CG 32 trata del servicio de la fe y la promoción de la justicia en el decreto 4 porque piensa que «el servicio de la fe y de la promoción de la justicia no puede ser para nosotros un simple ministerio más entre otros muchos. Debe ser el factor integrador de todos nuestros ministerios; y no sólo de éstos, sino de nuestra vida interior, como individuos, como comunidades, como fraternidad extendida por todo el mundo»¹⁹². Ante muchas injusticias en el mundo en casi todos los campos que afectan en gran medida la vida de tantas personas, nuestra misión es hacer que el mundo sea «más justo»¹⁹³. Pero, ¿qué es esto y cómo los jesuitas llevan a cabo esta misión?

a. El contexto

Todas misiones comienzan con la observación apostólica que ayuda a la planificación y a realizarla. La observación ayuda a ver el contexto, comprender el problema y guiar la acción. En los *Ejercicios*, Ignacio invita al ejercitante a contemplar a las Tres Personas Divinas mirando el mundo que está en caos¹⁹⁴ para poder tener una mirada como la

¹⁹⁰ CG 34, d.9, n.6.

¹⁹¹ FI 1550, 1.

¹⁹² CG 32, d.2, n.9.

¹⁹³ CG 32, d.4, n.27. La CG 35 lo repite afirmando que «el servicio de la fe y la promoción de la justicia, indisolublemente unidos, siguen estando en el corazón de nuestra misión» [CG 35, d.2, n.15].

¹⁹⁴ cf. *Ej* 102.

Trinidad¹⁹⁵ en las misiones y para que puedan servir más eficazmente. Ignacio nunca dejó de observar las situaciones sociales en su época para poder ofrecer iniciativas adecuadas. Él contempla constantemente los cambios del mundo para ver cómo Dios labora y trabaja [Ej 236].

Aunque no es descrito de modo tan explícitamente como en la contemplación de la Encarnación, la meditación de «Dos Banderas», a través del escenario esbozado, nos da una imagen del mundo desde la perspectiva de Ignacio. Es un mundo lleno de engaños de los enemigos de la naturaleza humana. En ese mundo, están presentes no sólo Cristo, sus discípulos y los que aman y siguen su camino de pobreza y humillación, sino también «innumerables demonios» que esparcen su doctrina mortal en todas partes, «no dejando provincias, lugares, estados ni personas algunas en particular» [Ej 141]. Lo triste es que muchas personas ya han caído en sus sutiles engaños y han perdido la salvación eterna. Esto es exactamente lo que vio la Trinidad en su eternidad que el ejercitante contempló en la contemplación de la Encarnación¹⁹⁶.

En esta línea, la CG 32 dice que: «... es preciso que ‘contemplemos’ nuestro mundo de la manera que San Ignacio miraba el de su tiempo»¹⁹⁷. Por eso, aconseja a los jesuitas que siempre practiquen el discernimiento ignaciano¹⁹⁸ para que la «nuestra inserción en el mundo» sea un testigo «del Evangelio en situaciones difíciles»¹⁹⁹. El mundo en cada CG tiene sus problemas con los «nuevos desafíos»²⁰⁰, pero lo que nos llama la atención es el tema de ateísmo que trató en la CG 31: «las diversas formas del ateísmo, bien sean sistemáticas bien prácticas»²⁰¹, que se mencionó de nuevo en la CG 32 al hacer referencia a la alocución del Papa Pablo VI (3 de diciembre de 1974) que se refiere a «la misión de hacer frente a las múltiples formas del ateísmo contemporáneo»²⁰². El resultado del ateísmo es que más de dos mil millones de hombres y mujeres no conocen

¹⁹⁵ cf. CG 35, d.2, n.15: ... «mirando al mundo con sus ojos».

¹⁹⁶ «en tanta diversidad, así en trajes como en gestos; unos blancos y otros negros, unos en paz y otros en guerra, unos llorando y otros riendo, unos sanos, otros enfermos, unos naciendo y otros muriendo...» [Ej 106]; «cómo hablan unos con otros, cómo juran y blasfemina...» [Ej 107]; «así como herir, matar, ir al infierno...» [Ej 108].

¹⁹⁷ CG 32, d.4, n.19.

¹⁹⁸ cf. CG 32, d.4, n.10: «Esto exige discernimiento: el discernimiento espiritual que San Ignacio nos enseña en la experiencia de los *Ejercicios*». También la meditación de las «Dos Banderas» exige una actitud de discernimiento.

¹⁹⁹ cf. CG 32, d.4, n.35.

²⁰⁰ CG 32, d.4, n.3. El Papa Juan Pablo II dice en *Redemptoris Missio*, n.41 que: «La misión es una realidad unitaria, pero compleja, y se desarrolla de diversas maneras».

²⁰¹ CG 31, d.3, n.2.

²⁰² CG 32, d.4, n.19.

a Dios, los humanos -dominados por los poderes de la razón humana- pierden el sentido de Dios y el misterio del último sentido de su existencia²⁰³.

Estas descripciones reflejan la situación de muchas personas que han caído en los engaños del enemigo y abandonan el camino de Cristo del que hablan la meditación de «Dos Banderas». El ateísmo aboga por un modo de vida que basa en la razón científica y empírica, por lo que seguramente será difícil aceptar el camino de auto-vaciamiento de Dios y así no puede entender por qué el camino de la pobreza y humillación es el camino que lleva a la vida verdadera. El ateísmo contrapone entre la felicidad humana y la existencia de Dios, sin saber que estas dos cosas no sólo no son intrínsecamente opuestas, sino que están íntimamente ligadas. La misión del «servicio la fe y de la promoción la justicia» que los jesuitas están llamados a realizar es proclamar la doctrina sagrada de Cristo y ayuda a las personas a reconocer los engaños de mal caudillo de ateísmo para poder guardarse y conocer la vida verdadera que muestra el sumo y verdadero capitán para seguirle [cf. *Ej* 139].

b. Fe y justicia

La mirada de la Trinidad al mundo dio origen a la misión de Cristo, y Cristo envía a sus «apóstoles, discípulos» [cf. *Ej* 145] y sus «siervos y amigos» [cf. *Ej* 146] al mundo para continuar su misión. A los ojos de la CG 32, los jesuitas encuentran esa misión principalmente en el servicio de la fe y la promoción de la justicia en el mundo. De hecho, dos elementos «fe» y «justicia» han sido mencionados muchas veces en los documentos de la Iglesia como la encíclica *Rerum Novarum* (1891) de León XIII o la constitución *Gaudium et Spes* (1965) o en muchos documentos de las CC.GG. anteriores. Sin embargo, en la CG 32, «lo verdaderamente nuevo es que la unión entre el servicio de la fe y la promoción de la justicia se convierte en la misión de toda la Compañía»²⁰⁴.

La fe, según Catalá, «no es cualquier fe, es una fe en la Trinidad Santa que mira el mundo para hacer redención»²⁰⁵. La misión de los jesuitas es «revelar a los hombres el amor de Dios nuestro Padre, amor que se hace promesa de vida eterna»²⁰⁶. Ese amor y esa

²⁰³ cf. CG 32, d.4, n.4-6: «...sufriendo la división por la injusticia tanto al nivel individual como institucional...»

²⁰⁴ F. FERNÁNDEZ FRANCO, «Fe-Justicia», en DEI I, 880.

²⁰⁵ V. A. CATALÁ, «Fe», en DEI I, 876.

²⁰⁶ CG 32, d.4, n.13.

promesa se expresan en la obra salvífica de Cristo, que, para llevarla a cabo, requiere una apertura a Dios y una respuesta a las exigencias del Evangelio de parte de los hombres. En otras palabras, los jesuitas están llamados a ayudar a las personas a ir contra el ateísmo con las armas de la fe para instaurar el Reino de Dios, el Reino de amor, de justicia y de paz²⁰⁷. Así pues, la fe de la que aquí se habla no es una actitud emocional, sino una inculcación de los valores del Evangelio que es el camino del abajamiento de Cristo y el compromiso de proclamar esos valores. La doctrina sagrada que se menciona en la meditación de «Dos Banderas» no es más que este contenido del Evangelio.

Además, la CG 32 también destaca que la evangelización (la proclamación la fe) «no puede realizarse verdaderamente sin promoción de la justicia»²⁰⁸. Por esta frase, se refiere a la relación inseparable entre la fe (la dimensión vertical hacia Dios) y la justicia (la dimensión horizontal hacia el hombre). No hay la fe cristiana verdadera que no haga felices a las personas; y tampoco el hombre puede tener la verdadera felicidad sin Dios en su vida. En efecto, el Evangelio o sagrada doctrina proclamada por los jesuitas es un «Evangelio que liga indisolublemente amor de Dios y servicio del hombre»²⁰⁹. Como hemos dicho antes, esta idea es completamente contraria al ateísmo que sostiene que existe un antagonismo entre Dios y la felicidad del hombre, y se eligen al hombre rechazando a Dios. Sabemos también que el camino de la cruz de Cristo, el de pobreza-menospresios-humildad, que menciona la meditación de «Dos Banderas», no promueve una especie de desprecio por la dignidad humana, sino que ayuda al hombre a ser más libre y a vivir la dignidad de hijo de Dios mejor; mientras que el camino del diablo de la riqueza y la vanagloria, que parece ser el camino de la felicidad, en realidad lleva a las personas al orgullo y otros vicios que por su propia naturaleza es la autosuficiencia y al mismo tiempo, es «una negación de Dios»²¹⁰.

Por su parte, la justicia de la que estamos hablando es la justicia del Reino de Dios que se muestra a través de la defensa y la promoción de la dignidad y los derechos humanos, especialmente de los más débiles y vulnerables, y apunta al mismo tiempo a la reconciliación y perdón. El esfuerzo por hacer esta justicia proviene de las tristes circunstancias que están presentes en nuestro mundo que contienen una injusticia

²⁰⁷ CG 32, d.4, n.21.

²⁰⁸ CG 32, d.4, n.28.

²⁰⁹ CG 32, d.4, n.31.

²¹⁰ CG 32, d.4, n.29.

estructural que ha sido la causa de que «millones [personas] sufren pobreza y hambre, el desigual e injusto reparto de los bienes y recursos, las consecuencias de la discriminación social, racial y política...»²¹¹ o «la explotación de los individuos y las colectividades y los pueblos en orden a un reparto equitativo de los recursos del planeta»²¹². Por eso, la CG 32 afirma que la promoción de la justicia es una opción «que no constituye para nosotros sólo un campo apostólico entre otros [...], sino que debe ser una preocupación de toda nuestra vida y constituir una dimensión de todas nuestras actividades apostólicas»²¹³.

Concretamente, la CG 32 también invita a los jesuitas a realizar esta misión a través del diálogo que se considera un medio o una condición indispensable para la evangelización en un mundo rico en culturas y tradiciones religiosas diferentes. La CG 32 habla de la inculturación de la fe y de la vida cristiana en el decreto 5 y quiere que los jóvenes jesuitas tengan capaces del diálogo con los hombres²¹⁴. Se les debe ayudar a «entablar un diálogo crítico entre la teología y la cultura humana»²¹⁵. Además, como describe Ignacio en la meditación de «Dos Banderas», Jesús envía a «tantas personas» (no pocos individuos separados) al campo la misión, entonces, para poder ganar la guerra contra la brutalidad del enemigo, necesitamos desesperadamente la cooperación²¹⁶. Por eso, la CG 32 dice que «la inserción deseada será verdaderamente apostólica en la medida en que nos conduzca a una colaboración más estrecha con los otros miembros de las Iglesias locales, con los cristianos de otras confesiones, con los creyentes de otras religiones, con todos aquellos que tienen hambre y sed de justicia y quieren hacer de nuestro mundo una tierra de hombres...»²¹⁷, es decir, hace que nuestro mundo sea más humano.

c. En las Congregación Generales siguientes

La misión del servicio a la fe y la promoción de la justicia se continuaron tratando las siguientes CC.GG. en varios aspectos, según la situación de la Iglesia y del mundo en ese

²¹¹ CG 32, d.4, n.20.

²¹² CG 32, d.4, n.27.

²¹³ CG 32, d.4, n.47; cf. CG 32, d.2, n.9.

²¹⁴ Cf. CG 32, d.6, n.6.

²¹⁵ CG 32, d.6, n.26.

²¹⁶ Véase: U., VALERO AGÚNEZ, «Colaboración en misión compartida, identidades diferentes-propósito común», *Manresa* 90 (2018), 225-235.

²¹⁷ CG 32, d.4, n.37.

momento. No entraremos en detalles aquí, pero sería bueno repasar algunos elementos destacados, comenzando con una breve mirada del contexto de cada Congregación.

La CG 33 se dio cuenta que «los sistemas políticos, económicos, sociales y culturales y las ideologías imperantes dificultan frecuentemente, tanto en el ámbito nacional como internacional, que se satisfagan las necesidades esenciales de los hombres»²¹⁸. Mientras una de las preocupaciones de la CG 34 es el tema de posmodernidad que hace que la gente piense que «el cristianismo y todo compromiso religioso están superados, lo cual dificulta particularmente el diálogo»²¹⁹ porque «la humanidad puede encontrar en la ciencia muchas respuestas que nuestros antepasados buscaban en la religión»²²⁰. Además, la cultura modernista, científico-tecnológica... puede ser destructiva de los valores humanos y espirituales como podemos ver en la meditación de «Dos Banderas» en la que Ignacio nos muestra la contradicción irreconciliable entre valores de Cristo y los de una vida centrada en sí mismo²²¹.

El Papa Benedicto XVI ayuda a los delegados de la CG 35 a ver la situación del mundo de entonces, diciendo que «vuestra Congregación se celebra en un período de profundos cambios sociales, económicos, políticos; de acuciantes problemas éticos, culturales y medioambientales y de conflictos de todo tipo»²²². Los miembros de esta Congregación se dieron cuenta también de las «tensiones y paradojas crecientes»²²³ que hay «en este nuevo mundo de comunicación inmediata y de tecnología digital, de mercados globales y de aspiraciones universales de paz y bienestar»²²⁴, y al mismo tiempo, la CG afirma que «el servicio de la fe y la promoción de la justicia, indisolublemente unidos, siguen estando en el corazón de nuestra misión»²²⁵. Y al final, la CG 36 reconoce que el mundo hasta ahora «está gimiendo con dolores de parto»²²⁶ en lo cual «vemos que nuestro mundo enfrenta hoy múltiples carencias y desafíos. En nuestras mentes permanecen las imágenes de poblaciones humilladas, golpeadas por la violencia, excluidas de la sociedad y marginadas. La tierra soporta el peso del daño que

²¹⁸ CG 33, d.1, n.35.

²¹⁹ CG 34, d.4, n.19.

²²⁰ CG 34, d.4, n.22.

²²¹ CG 34, d.4, n.24.

²²² Discurso de su Santidad Benedicto XVI a los miembros de la Congregación General 35 (21 de febrero de 2008), n.2.

²²³ CG 35, d.3, n.11.

²²⁴ *Ibid.*

²²⁵ CG 35, d.2, n.15.

²²⁶ CG 35, d.1, n.1; cf. Rm 8,22.

le hemos causado los seres humanos. Nuestra misma esperanza está bajo amenaza y su lugar han venido a ocuparlo el miedo y la rabia»²²⁷. La CG 36 concretiza todos problemas a sola una palabra: crisis.

Ante esta situación, aprovechando las oportunidades que nos ofrece nuestro tiempo²²⁸, las CC.GG. expresan la misión de servir a la fe y promover la justicia a través de la reconciliación²²⁹. De hecho, la frase «reconciliación» muestra plenamente el significado de la misión de Cristo²³⁰ y de los jesuitas²³¹. Cristo vino a esta tierra para hacer un sacrificio de reconciliación entre el hombre y Dios. Si la pérdida de la fe en Dios rompe las relaciones y hace que el mundo se fragmente, entonces construir el Reino de Dios es ayudar a las personas a arreglar esas relaciones recuperando esa fe. Los jesuitas llevan a cabo esta misión como amigos de Dios y amigos de los pobres²³². La palabra «reconciliación» se menciona muchas veces en la CG 35, inspirada por la misión de Cristo de reconciliación entre Dios y el mundo. Como estamos llamados a luchar bajo la bandera de Cristo, también nosotros compartimos esta misión. Según la CG 35, la reconciliación se lleva a cabo en tres dimensiones, separadas, pero estrechamente relacionadas: reconciliación con Dios, reconciliación de unos con otros, reconciliación con la creación²³³. La reconciliación también fue mencionada por la CG 36 con el mismo espíritu²³⁴.

Al igual que la CG 32, las siguientes Congregaciones también enfatizan el diálogo y la cooperación. El decreto 2 de la CG 34 ya se habla mucho del diálogo como medio eficaz de obra de la evangelización²³⁵, aunque no es siempre fácil por las influencias de la cultura crítica posmoderna²³⁶, y en el decreto 5, se trata de la relación entre la misión y

²²⁷ *Ibid.*

²²⁸ Las CC.GG. no ven al mundo con los problemas, sino también las oportunidades, las cosas positivas que nos da esperanza para continuar trabajando para construir el Reino de Dios [Cf. CG 32, d.4, n.8; CG 33, d.1, n.36; CG 34, d.2, n.2; CG 36, d.1, n.1].

²²⁹ Para más detalles, se puede leer: J., CARLOS COUPEAU, «Reconciliación», en DEI II, 1534-1538.

²³⁰ Cf. Rm 5,10-11; 2Cor 5,18-20. Véase más: J. M., ALEMANY, «El servicio de la Reconciliación», *Sal Terrae* 90 (2002), 783-794.

²³¹ En la *Fórmula* 1550, se menciona «reconciliar a los desavenidos» como una de las obras de los jesuitas. Desde el principio, los primeros jesuitas realizaron esta misión muchas veces con éxitos y también fracasos (cf. J., O'MALLEY, *op.cit.*, 211-214).

²³² Cf. CG 34, d.2, n.11.

²³³ Cf. CG 35, d.3, n.19-36.

²³⁴ Cf. CG 36, d.1, n.3.22-30.

²³⁵ CG 34, d.2, n.15.20.

²³⁶ Cf. CG 34, d.4, n.19; CG 36, d.1, n.24.

el dialogo interreligioso²³⁷. El diálogo en la evangelización muestra respeto por otras culturas y religiones. Esto es lo que muchos jesuitas han hecho y han logrado con gran éxito. Hoy, este espíritu de diálogo debe fomentarse aún más para apoyar la evangelización de la Iglesia en general y de la Compañía en particular²³⁸.

En cuanto a la cooperación, la CG 34 pone en relieve el papel de los laicos en la evangelización en el decreto 13 («Cooperación con los laicos en la misión»), insistiendo que la colaboración es posible debido a «una conciencia creciente de la interdependencia de todos los pueblos en una herencia común»²³⁹. La colaboración se menciona en manera especial en la CG 36 al confirmar que «la colaboración con otros es la única manera que tiene la Compañía de realizar la misión que se le ha encomendado»²⁴⁰. La cooperación incluye también el apoyo mutuo entre los miembros de la Compañía como un cuerpo apostólico sólo y el discernimiento comunitario, como se ve de la experiencia de los primeros padres²⁴¹. El padre Sosa habla también de una posibilidad de cooperación en la misión compartida con personas de otras religiones, agnósticas o ateas, porque «todos somos humanos y podemos dialogar, ser solidarios, servir a los demás, hacernos cargo de situaciones de emergencia, construir una sociedad mejor y cuidar del medioambiente. La humanización abre un espacio para la colaboración»²⁴².

El énfasis en la cooperación muestra la solidaridad de la Compañía con todos los demás en la construcción del Reino de Dios. Al mismo tiempo, también se considera la mejor solución para resolver la tensión entre las grandes necesidades de la humanidad y la pequeñez de la Orden tanto en cantidad como en capacidad. Sin embargo, de un modo más profundo, la cooperación recuerda la identidad cristiana y la responsabilidad de cooperar con Dios para construir el Reino según las diferentes circunstancias y

²³⁷ Véase también: J. J., ALEMANY, «Diálogo interreligioso», en DEI I, 588-591.

²³⁸ Además del dialogo interreligioso (d.5 de la CG 34), vale la pena también mencionar la carta del padre Arrupe sobre la inculturación (14 de mayo de 1978). En esta carta, Arrupe define que «inculturación es la encarnación de la vida y mensaje cristianos en un área cultural concreta, de tal manera que esa experiencia no sólo llegue a expresarse con los elementos propios de la cultura en cuestión (lo que no sería más que una superficial adaptación), sino que se convierta en el principio inspirador, normativo y unificador que transforme y re-cree esa cultura, originando así ‘una nueva creación’». Así pues, Arrupe reconoce la presencia activa de Dios en muchas otras culturas y el deber de «salvar la proposición del prójimo» [Ej 22], porque este es «el pórtico de un auténtico diálogo» (cf. P. ARRUPÉ, «Carta sobre la inculturación (14/V/78)», en *La identidad del Jesuita en nuestros tiempos*, Sal Terrae, Santander 1981, 95-102).

²³⁹ CG 34, d.3, n.7.

²⁴⁰ CG 36, d.1, n.36.

²⁴¹ Cf. CG 36, d.1, n.4-5.7-16.

²⁴² A, SOSA, *En camino con Ignacio*, Sal Terrae, España 2021, 272.

capacidades de cada persona, de tal manera que ahora se usa el término «misión compartida» que se basa en la idea que todos juntos formamos un solo cuerpo apostólico en el que cada uno tiene su propia y única posición, insustituible, pero al mismo tiempo, también se apoyan mutuamente para llegar al fin con la guía del Espíritu Santo, y no se refiere simplemente a cooperar con otras personas para hacer algo juntos por falta de recursos humanos o materiales²⁴³.

Sin duda, el corazón de la misión de los jesuitas hoy se expresa en las cuatro preferencias apostólicas universales para los próximos diez años (2019-2029) anunciadas por el padre General Arturo Sosa el 19 de febrero de 2019, y confirmadas por el Santo Padre Francisco²⁴⁴. Estas cuatro preferencias expresan las preocupaciones de la Compañía de Jesús en relación con Dios, el hombre y la naturaleza. Invitan a todos, especialmente a los jesuitas, a volver a la fuente de inspiración que son los *Ejercicios* como la experiencia espiritual fundamental de Dios, para poder comprometerse en la construcción de un mundo justo acompañando a los más necesitados, así como construir juntos la creación de Dios en el mundo natural, en otra palabra, llegar a una reconciliación. Y todo esto se puede llevar a cabo sólo a través del diálogo y la cooperación como hemos hablado antes.

Conclusión

Desde el momento en que su intelecto se iluminó en la orilla del río Cardoner, se suscita fuertemente en san Ignacio la sensibilidad apostólica y con la impredecible guía del Señor, se le lleva a pasar muchos caminos diferentes y culminando todo este proceso en la fundación - juntos con sus compañeros - una orden religiosa en la que la misión está en el centro de todo con la confirmación de la visión de *La Storta* espiritualmente y la aceptación del vicario de Cristo – quien, por aquel entonces, era el Papa Pablo III legalmente. Desde entonces, los jesuitas se han esforzado constantemente para llevar a cabo las misiones que Dios les ha dado a través de la Iglesia en muchas diferentes áreas y tierras a pesar de las penurias y penalidades, incluso a costa de la sangre de muchos misioneros.

²⁴³ Cf. D. MOLINA, «Misión compartida y espiritualidad ignaciana», *Manresa* 90 (2018), 213.

²⁴⁴ Los cuatros son: (1) Mostrar el camino hacia Dios mediante los *Ejercicios Espiritual* y el discernimiento, (2) Caminar con los excluidos, (3) Acompañar a los jóvenes en la creación de un futuro esperanzador, (4) Cuidar de nuestra casa común.

La preocupación por la misión se hace aún más urgente ante los cambios de los tiempos y las renovaciones del Concilio Vaticano II, que exige a la Compañía de Jesús también las adaptaciones apropiadas. La Compañía continúa cooperando con Él en la obra de construir el Reino de los Cielos en este mundo, inmerso todavía, en gran manera, en el caos. Los documentos de las recientes Congregaciones Generales nos muestran una vez más el modelo del soldado de Cristo, siempre haciendo todo lo posible para trabajar con Él. Ante la inmensidad de la misión, la Compañía, al impulso del Espíritu Santo, es invitado a ir a la profundidad de su fuente espiritual, por un lado, y a estar más abierta al mundo para dialogar, cooperar y llevar a cabo juntos la misión reconciliadora de Cristo bajo su bandera.

APÉNDICE

¿Cómo ayudar al ejercitante a orar con esta meditación?²⁴⁵

Como hemos dicho desde el principio, aunque Ignacio ha especificado los pasos a seguir a la hora de orar con esta meditación, no es fácil para el ejercitante adentrarse en ella y sacar provecho. Por un lado, su contenido es muy rico. Por otro lado, hay personas que no están muy familiarizadas con imágenes de guerra como Sumo Capitán, caudillo, o imágenes simbólicas como la cátedra de humo y fuego, Babilonia, Lucifer, demonio ... Por lo tanto, es muy necesario ofrecer una adaptación del lenguaje y en el modo de presentar este ejercicio.

Muchas personas han usado pasajes bíblicos similares para ayudar a los ejercitantes. Por ejemplo, Mt 4,1-11 o Lc 4,1-13, que hablan de las tentaciones del Señor (para enfatizar la lucha de Jesús contra los engaños del demonio), o el texto de las Bienaventuranzas (Mt 5,1-12; Lc 6,20-23) para apreciar la pobreza evangélica. Esto tiene la ventaja de facilitar que los ejercitantes, especialmente los principiantes, oren y obtengan mociones espirituales. Sin embargo, también tiene la desventaja de que solo reflejan una parte y no todo el contenido profundo de esta meditación. Otros eligen presentar esta oración con un enfoque teológico, antropológico o psicológico para ayudar al ejercitante a reflexionar. Pueden presentar los puntos en la secuencia ofrecida por Ignacio, o puntos paralelos (*Ej* 140.144; *Ej* 141.145; *Ej* 142.146) para resaltar el contraste entre el camino de Satanás y el de Cristo.

Sea como sea, lo que hay que evitar es la prisa y la impaciencia, como dice Maurizio Costa²⁴⁶. Lo principal que hace el ejercitante al orar con este ejercicio es considerar, «pensar bien las cosas, reparando en ellas» (Sebastián de Covarrubias) o «pensar, discurrir, meditar y advertir alguna cosa con cuidado, atención y vigilancia» (DiccAut)²⁴⁷. Hay que evitar la ilusión de que después de 4 horas de oración con este ejercicio, el ejercitante haya ya adquirido plenamente la capacidad del discernimiento, haya alcanzado la humildad o haya sido aceptado bajo la bandera del Señor. La consideración ayuda a aclarar, a comprender el asunto, para que el ejercitante sienta la necesidad de pedir a Dios las gracias sugeridas en el *Ej* 139 o 147.

²⁴⁵ Cf. COSTA, M., «Banderas», en DEI I, 219-220.

²⁴⁶ COSTA, M., *op.cit.*, 219.

²⁴⁷ cf. J., GARCÍA DE CASTRO, «Consideración», en DEI I, 410-413; IBID., «¿Qué hacemos cuando hacemos Ejercicios? La actividad del ejercitante a través de sus verbos», *Manresa* 74 (2002), 11.

Finalmente, conviene que ahora se presenten al ejercitante las reglas de discernimiento de espíritus de la segunda semana con énfasis en ser cuidadoso ante las consolaciones recibidas porque quizás allí hay los engaños del enemigo²⁴⁸. También hay que conectar el preámbulo para considerar estados presentado en *Ej* 135 con la elección que hará el ejercitante, porque como sabemos, el contenido de las «Dos Banderas» está muy relacionado con estos dos temas.

²⁴⁸ Véase: J. GIMÉNEZ MELIÁ, «Discernir la consolación», *Manresa* 94 (2022), 17-26.

CONCLUSIÓN

Las explicaciones ofrecidas no agotan todo el sentido profundo de la meditación de «Dos Banderas», pero pueden ayudarnos a comprender mejor lo que Ignacio quiere transmitir a los ejercitantes y a cada uno de nosotros. Esta breve meditación nos ha revelado la visión de Ignacio sobre Dios, sobre Cristo, sobre el jesuita y sobre todo el mundo en que vivimos. Todo ello está interrelacionado, formando el núcleo de la espiritualidad y está expresado a lo largo del proceso de los *Ejercicios Espirituales* en otras meditaciones o contemplaciones que no podemos desarrollar en este pequeño estudio.

Estas reflexiones me llevan al pequeño pueblo de Manresa y al río Cardoner, donde Ignacio «recibió una grande claridad en el entendimiento» y «le parecían todas las cosas nuevas» [*Ej* 30], y allí nace «la sustancia»²⁴⁹ de los *Ejercicios* y también la espiritualidad ignaciana que hemos visto en las «Dos Banderas». Esta nueva mirada que recibe Ignacio aquel momento de gracia, le ayuda a mirar el mundo con la mirada nueva de Dios, suscitando en él un cambio radical en su comportamiento y el deseo de hacer lo que Cristo hizo para ser más conforme a él. Ignacio descubre a Dios como el Viviente, la fuente de la vida, en el que siempre hay algo nuevo, que siempre da lugar a nuevas esperanzas: «Lo antiguo ya ha sucedido, y algo nuevo yo anuncio» (Is 42,9). A partir de ahí Ignacio ya no se contenta con los esfuerzos por una perfección personal, sino que siente un fuerte celo apostólico sin perder la dimensión mística de una relación con Dios.

Se puede ver la dimensión misionera muy claramente expresada en la meditación de «Dos Banderas». Pero no se trata de forma de activismo, o mística monástica, sino de una mística misionera, es decir, que apunta a una unión íntima y personal con Cristo que lleva la cruz en su camino misionero. De hecho, los jesuitas no están llamados sólo a realizar ciertas obras, por grandes que sean, o a unirse con Dios dentro las paredes de un convento separado del mundo, sino que están llamados a estar unidos con Dios bajo la bandera de Cristo llevando la cruz y trabajando constantemente por la salvación del mundo.

²⁴⁹ Según Lainez: «Cerca de este tiempo hizo confesión general de toda su vida y vino, cuanto a la sustancia, en estas meditaciones que decimos Ejercicios» [*FN* I, 82]; Ribadeneria: «En este mismo tiempo, escribió el libro que llamamos Ejercicios Espirituales» [*FN* IV, 135, Vida lib. I, cap. VIII]; Polanco dice que después «el uso y la experiencia de muchas cosas le hizo más perfeccionar su primera invención» [*Sumario* 24; *FN* I, 163].

Así pues, en la espiritualidad ignaciana, los dos elementos «contemplación» y «acción» ya no son dos cosas separadas, sino que están entrelazados mutuamente: contemplación en la acción. La contemplación es la fuente de toda acción, y en la acción se está contemplando. Utilizando las propias palabras de Ignacio, se trata de «buscar y encontrar a Dios en todas las cosas». El hombre debe mirar siempre a Dios como el fin de su vida y usar todo lo que Dios le ha dado como el medio para llegar a Dios. En otras palabras, el hombre debe tratar siempre de unirse con Dios haciendo Su voluntad. En todo lo que haga, dondequiera que esté, pase lo que pase, siempre dirige toda la mente, todo el corazón a Dios, para que toda su vida se convierta en una oración constante a Dios.

Al hablar del «estar bajo la bandera de Cristo», no podemos pasar por alto la visión de *La Storta* en la que Ignacio recibe la confirmación del Padre de ser el servidor de Cristo cargado con la cruz. Según Nadal, esta gracia la recibe Ignacio no sólo para sí mismo, sino en él, Dios la da también a toda la Compañía, a cada jesuita²⁵⁰. Esta es una gracia muy grande que, en la experiencia de Ignacio, no sólo hay que pedir con todo corazón, sino que también hay que esperar firmemente para recibir la confirmación. Así que, con esta gracia, los jesuitas se consideran los servidores del Reino de Dios. Son soldados del Rey Eternal que le siguen en el camino de la humildad, luchando contra los enemigos de la natura humana bajo de su Bandera para la salvación de toda la humanidad. Para eso, los jesuitas deben «morir si mismos» todos los días para revestirse de la nueva vida de Dios [cf. *Co.* 101], dedicándose al servicio de los demás sin tener en cuenta sus propios intereses, renunciando a su propio juicio por el bien de la misión y, en particular, entregando toda su libertad, memoria, entendimiento, toda su voluntad, todo su haber y poseer a Dios [cf. *Ej* 234].

Finalmente, no se puede obtener por parte de Dios la confirmación al deseo de estar bajo la bandera de Cristo sin la intercesión de nuestra Madre. Así que los jesuitas no sólo se acercan a María para rogarle que les ponga con su Hijo y que les proteja de todas las dificultades en el camino misionero, sino también para aprender de ella la manera de ser buenos discípulos de Cristo. Los jesuitas creen firmemente que ella será un gran apoyo para ellos porque ella misma es un ejemplo y un testigo de lo que han prometido ante Dios cuando pronunciaron los votos. Confiados en la constante intercesión de María, y por amor de Jesús, los jesuitas están dispuestos a viajar por todas partes del mundo a

²⁵⁰ «...en él [Ignacio] se ve la primera forma y gracia que el Señor dio a la Compañía» [cf. *MNad* V, 51, 287, 268].

predicar el Evangelio a pesar de las muchas dificultades, de las incomprendiones, de las persecuciones incluso a costa de su sangre, para que la bandera de Jesús se extienda por toda la tierra, porque creen que «los que siembran con lágrimas, cosecharán con cantos de alegría. Aunque lloren mientras llevan el saco de semilla, volverán cantando de alegría, con manojos de trigo entre los brazos» (Sal 126,5-6).

BIBLIOGRAFÍA

1. Fuentes primarias

- El Peregrino. Autobiografía de San Ignacio de Loyola*, RAMBLA, J.M. (ed.), Mensajero-Sal Terrae-UPCO, Bilbao-Santander-Madrid 2015.
- Fontes Narrativi de S. Ignacio de Loyola et de Societatis Iesu initii*, vol. I, Roma 1943-1965 (MHSI 66).
- CURIA DEL PREPÓSITO GENERAL DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS, *Constituciones de la Compañía de Jesús anotadas por la Congregación General XXXIV y Normas Complementarias* aprobadas por la misma Congregación, Bilbao y Santander 1996.
- Monumenta Natalis. Epistolae Hieronymi Nadal Societatis Iesu ab anno 1546 ad 1577 (et alia scripta)* (5 vols.), Madrid-Roma 1898-1962 (MHSI 13,15,21, 27, 90).
- Obras*, I. IGNACIO IPARRAGUIRRE - C. DE DALMASES Y M. RUIZ JURADO (ed.), BAC Maior, Madrid 2021.
- DECRETA CONGREGATIONIS GENERALIS XXXI, A RESTITUTA SOCIEATE XII, ANNIS 1965-1966, Roma 1996.
- Congregación General 32*, Razón y Fe, Madrid 1975.
- Congregación General 33*, Mensajero, Bilbao 1983.
- Congregación General 34 de la Compañía de Jesús*, Mensajero – Sal Terrae, Bilbao 1995.
- Congregación General 35 de la Compañía de Jesús*, Mensajero – Sal Terrae, Bilbao 2008.
- PROVINCIA DE ESPAÑA – COMPAÑÍA DE JESÚS, *Congregación General 36*, Grupo de Comunicación Loyola, Bilbao 2017.
- NADAL, J., *Las prácticas del P. Jerónimo Nadal. La globalización ignaciana*, M. Lop (ed.), Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander 2011.
- _____, *Orationis observationes*, (ed. Por Miguel Nicolau), Institutum Historicum Societatis Iesu, Roma 1964.
- POLANCO, J. A. DE, *Vida de Ignacio de Loyola*, ALONSO ROMO, E. J., (ed.), Mensajero-Sal Terrae, Bilbao 2021.

2. Fuentes secundarias

- ALEMANY, J. M., «El servicio de la Reconciliación», *Sal Terrae* 90 (2002), 783-794.
- ALPHONGSO, H., «Jesuit Constitutions: Aim and Recapitulation (Part X)», en S.ABRIL (ed.), *The Constitutions of the Society of Jesus, Incorporation of a Spirit*, Anand Press, India 1993, 381-397.

- ANN HOMZA, L., «The religious milieu of the young Ignatius», en TH. WORCESTER (ed.), *The Cambridge companion to the Jesuits*, Cambridge University Press, Cambridge 2008.
- ARMENDÁRIZ, L.M., «Juntamente contemplando su vida...» (La cristología de los «Ejercicios Espirituales»): *Manresa* 63 (1991), 125-161.
- ARZUBIALDE, S., *Ejercicios Espirituales de San Ignacio – Historia y Análisis*, Mensajero – Sal Terrae, Bilbao – Santander 2009.
- BRODERICK, J., *The Origin of the Jesuits*, Loyola Press, Chicago 1997.
- CALVEZ, J-Y., *Fe y Justicia. La dimensión cosial de la evangelización*, Sal Terrae – Santander, España 1985.
- CAMACHO, I., «La opción fe-justicia como clave de la evangelización en la Compañía de Jesús y en el Generalato del Padre Arrupe», *Manresa* 62 (1990), 219-246.
- CODINA, V., «Dos banderas como lugar teológico», Cuadernos EIDES «Ayudar» 56, Barcelona, 2009.
- CORELLA, J., «Qué es la Fórmula del Instituto y cómo se hizo», en *Constituciones de la Compañía de Jesús. Introducción y notas para su lectura*, Bilbao – Santander 1993.
- , «Dos Banderas y maneras de humildad como experiencia unitaria de pobreza de espíritu», en GARCÍA LOMAS, J. M. (ed.), *Ejercicios espirituales y mundo de hoy*, Mensajero-Sal Terrae, Bilbao 1993, 155-164.
- CEBOLLADA, P., «Dos Banderas», *Manresa* 90 (2018), 181-184.
- DALMASES, C., *El Padre Maestro Ignacio, Breve biografía ignaciana*, BAC, Madrid 2006.
- DE JAER, A., *Together for Mission, A Spiritual Commentary on The Constitutions of The Society of Jesus*, The Institute of Jesuit Sources, St. Luis 2001.
- DE ALDAMA., A., *An Introductory Commentary on the Constitutions*, The Institute of Jesuit Sources, St. Louis 1989.
- , *Notas para un comentario a la Fórmula del Instituto de la Compañía de Jesús*, Centrum Ignatianum Spiritualitatis (CIS), Roma 1981.
- , «La composición de las Constituciones de la Compañía de Jesús», en AHSI, Vol. 42, Roma 1973, 201-245.
- DE ROSA, G., *Gesù di Nazaret, la Vita, il Messaggio, il Mistero*, Elledici, Torino 1996.
- ECHARTE, I. (ed.), *Concordancia ignaciana*, Mensajero – Sal Terrae – The Institute of Jesuit Sources, Bilbao – Santander – St. Louis 1996.
- ENDEAN, P., *Who do you say Ignatius is? Jesuit Fundamentalism and Beyond*, Studies in Spirituality of the Jesuits, St. Louis 1987.
- ERRANDONEA, I., «Sobre la meditación de ‘Dos Banderas’», *Manresa* 14 (1928), 157-160.
- FESSARD, G., *La dialéctica de los ejercicios espirituales de san Ignacio de Loyola*, Mensajero-Sal Terrae, Bilbao 2010.

- FIORITO, M. A., *Busca y hallar la voluntad de Dios. Comentario práctico de los Ejercicios Espirituales de san Ignacio de Loyola*, Paulitas-Mensajero, Bilbao 2013.
- GARCIA DE CASTRO, J., *El Dios emergente. Sobre la consolación sin causa precedente*, Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander 2001.
- _____, «Éranse una vez Dos Banderas. Observaciones lingüísticas al texto ignaciano (EE 136-147)», *Manresa* 67 (1995), 149 -164.
- _____, «¿Qué hacemos cuando hacemos Ejercicios? La actividad del ejercitante a través de sus verbos», *Manresa* 74 (2002), 11- 40.
- GARCÍA DOMÍNGUEZ, L. M^a, *Las afecciones desordenadas. Influjo del subconsciente en la vida espiritual*, Mensajero-Sal Terrae-UPC, España 2015.
- GARCÍA HERNÁN, E., *Ignacio de Loyola*, Taurus, Madrid 2013.
- GARCÍA MATEO, R., «La formación castellana de Ignacio de Loyola y su espiritualidad», *Manresa* 58 (1986), 375-383.
- GIMÉNEZ MELIÁ, J., «Proponer la meditación del infierno [Ej 65-71]», *Manresa* 92 (2020), 87-90.
- _____, «Discernir la consolación», *Manresa* 94 (2022), 17-26.
- GONZALES, L., «La deliberación de los primeros compañeros», *Manresa* 61 (1989), 131-148.
- GUIBERT, J. M., *Diccionario de liderazgo ignaciano*, Mensajero, Bilbao 2014.
- GIULIANI, M., *Las meditaciones fundamentales de la Segunda Semana*, en *Bibbia, Teologia ed Esercizi*, CIDE III, Roma 1972.
- GUEVARA LLAGUNO, M. J – MOLINA D.M., «Desafíos teológicos y pastorales de la misión compartida», *Sal Terrae* 99 (2001), 469-482.
- IGLESIAS, I., «Bajo la bandera de la cruz. Los jesuitas y el Crucificado», *Manresa* 78 (2006), 313-332.
- JAER DE, A., *Together for Mission, A Spiritual Commentary on The Constitutions of The Society of Jesus*, (translated by FRANCIS C. BRENNAN), The Institute of Jesuit Sources, St. Luis 2001.
- KASPER, W., *Gesù il Cristo*, Queriniana, Brescia 2010.
- _____, *Jesus The Christ*, T & T Clark International, London 2011.
- LOSADA, J., «El contenido teológico de la meditación de Dos Banderas, combate espiritual y combate escatológico», *Manresa* 58 (1986) 41-55.
- MARGERIE, B. de, «El cuarto voto de la Compañía de Jesús, según Nadal», *Manresa* 42 (1970), 359-376.
- MELLONI, J., *La mistagogía de los ejercicios*, Mensajero-Sal Terrae, Bilbao 2020.
- MOLINA, D., «Misión compartida y espiritualidad ignaciana», *Manresa* 90 (2018), 213-223.
- MUSSNER, F., *Il Messaggio delle Parabole di Gesù*, Queriniana, Brescia 1971.
- NAULT, D.J-C., *El demonio del Mediodía. La acedia, el oscuro mal de nuestro tiempo*, BAC, Madrid 2014.

- O'MALLEY, J.M., *Los primeros Jesuitas*, Mensajero–Sal Terrae, Bilbao 1993 [orig.: *The first Jesuits*, Harvard University Press, Cambridge 1993].
- , *The Jesuits. A History from Ignatius to the present*, Rowman & Littlefield Publishers, Lanham 2014.
- , *Los jesuitas y los papas. Cinco siglos de historia*, Mensajero, Bilbao 2017.
- RAHNER, H., *Génesis y teología del libro de los Ejercicios*, Apostolado de la Prensa, Madrid 1966.
- RAHNER, K., «Las dos Banderas», en *Meditaciones sobre los Ejercicios de san Ignacio*, Herder, Barcelona 1971, 136-147.
- RAMBLA BLANCH, J.M., *Una manera de estar en el mundo. Relectura de los Ejercicios Espirituales de san Ignacio de Loyola*, Mensajero, Bilbao 2020.
- RIERA, J. M^a Y DE LOS RÍOS, A., «Formación para la misión compartida», *Manresa* 90 (2018), 265-275.
- RODRÍGUEZ, J. A. G., «El hombre es creado para...». Carácter vectorial y auto-trascendente del ser humano, *Manresa* 80 (2008), 5-17.
- ROVIRA, J., «Las dos banderas y los dos bandos», *Manresa* 16 (1928), 329-333.
- , «Cómo se entiende que la primera tentación es la de codicia de riqueza», *Manresa* 14 (1928), 120-132.
- RUIZ JURADO, M., *Jerónimo Nadal, El teólogo de la gracia de la vocación*, BAC, Madrid 2011.
- , «Dios 'Padre Eternal' en la espiritualidad de san Ignacio», *Manresa* 72 (2000), 363-376.
- SALVAT, I., *Servir en misión universal*, Mensajero – Sal Terrae, Bilbao 2002.
- , *Constituciones de la Compañía de Jesús*, Mensajero-Sal Terrae, Bilbao 1993.
- SAÍZ, J. R. B., «La antropología teológica ignaciana», en R. M. PEÓN (Dir.), *El sujeto, reflexiones para una antropología ignaciana*, Mensajero, Bilbao 2019, 31-37.
- SCHNACKENBURG, R., *Signoria e Regno di Dio*, Mulino, Bologna 1971.
- SIEVERNICH, M., *La Misión y las Misiones en la Primitiva Compañía de Jesús* en MCCOOG, TH. (ed.), *Ite Inflamate omnia*, IHSI, Roma 2010
- SOBRINO, J., «El seguimiento de Jesús pobre y humilde. Cómo bajar de la cruz a los pueblos crucificados», en GARCÍA LOMAS, J. M. (ed.), *Ejercicios espirituales y mundo de hoy*, Mensajero – Sal Terrae, Bilbao 1993, 77-94.
- , *El Cristo de los Ejercicios de san Ignacio*, Aquí y Ahora, Sal Terrae, Bilbao 1990.
- SOSA A., *En camino con Ignacio*, Sal Terrae, España 2021.
- THIÓ DE POL, S., *La Intimidación del Peregrino*, Mensajero – Sal Terrae, Bilbao 2021.
- TRIGO, P., *El carisma Ignaciano ayer y hoy. Claves para una lectura actualizada*, Mensajero, Bilbao 2022.

VALERO AGÚNEZ U., «Colaboración en misión compartida, identidades diferentes-propósito común», *Manresa* 90, 225-235.

3. Dictionarios

GRUPO DE ESPIRITUALIDAD IGNACIANA, *Diccionario de Espiritualidad Ignaciana* (2 vols.), Mensajero-Sal Terrae, Bilbao 2007.

ALEMANY, J. J., «Diálogo interreligioso», en DEI I, 588-591

ALPHONGSO, H., «La Storta», en DEI II, 1091-1100.

ARRANZ, Í., «Arévalo», en DEI I, 192-195;

BUCKLEY, M. J., «Discernimiento», en DEI I, 607-611.

CATALÁ A.V., «Fe», en DEI I, 872-876.

CODINA, V., «Jesucristo», en DEI II, 1071-1077.

CONWELL, J., «Deliberación 1539», en DEI I, 549-553.

COSTA, M., «Banderas», en DEI I, 212-221.

COUPEAU, J., C., «Viña», en DEI II, 1770-1773.

_____, «Reconciliación», en DEI II, 1534-1538.

EMONET, P., «Indiferencia», en DEI II, 1015-1021.

FERNÁNDEZ FRANCO, F., «Fe-Justicia», en DEI I, 877-885.

GARCÍA DOMÍNGUEZ, L. M^a, «Afección desordenada», en DEI I, 91-95.

JOSÉ RUIZ PÉREZ, F., «Hombre», en DEI II, 942-947.

LÉCRIVAIN, P., «Montmartre», en DEI II, 1287-1291.

LUCCHETTI BINGEMER, M^a. C., «María», en DEI II, 1195-1200

MARTÍNEZ-GAYOL, N., «Vanagloria», en DEI II, 1749-1754.

MARTINEZ DE LA ESCALERA, J., «Congregaciones», en DEI I, 397-399.

MELLONI, J., «Cardoner», en DEI I, 279-286 y «Manresa», en DEI II, 1192-1195.

MERCIECA E., «Discernimiento comunitario», en DEI I, 611-615.

SALVAT, I., «Misión», en DEI II, 1239-1246.

SÁNCHEZ-GIRÓN, L., «Cuenta de conciencia», en DEI I, 520-529.

MOLINER, M., *Diccionario de uso del español* (2 vols.), Gredos, Madrid 1998.

PETER EICHER (Dir.), *Diccionario de Conceptos Teológicos*, tomo II, Barcelona, Herder 1990.

WACKER, M-T, «Reino de Dios», 346-362.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, *Diccionario de Autoridades (1767)* [3 vols.], Credos, Madrid 1964.